

# EL CLUB DE LOS INCOMPRENDIDOS

(CUATRO GRANUJAS SIN TACHA)

*Gilbert Keith Chesterton*

Ale  andriæ  
.org

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
EL ASESINO MODERADO	12
EL CHARLATÁN HONRADO	41
EL LADRÓN ABSORTO	71
EL TRAJIDOR LEAL	100

## INTRODUCCIÓN

El señor Asa Lee Pinion, del *Chicago Comet*, había cruzado la mitad de América, todo el Atlántico y, por último, hasta Picadilly Circus, en persecución de la notable, ya que no notoria, persona del conde de Raoul de Marillac. El señor Pinion deseaba conseguir eso que se llama «una información» para publicarla en su diario. Y lo consiguió, pero no pudo publicarla en el periódico porque era demasiado exagerada para el *Comet*. Acaso sea cierto este calificativo en más de un aspecto, pues la historia lo era tanto como la aguja de una iglesia o como una torre que subiera hasta las estrellas, por lo cual estaba tan lejos de poder ser comprendida como de poder ser creída. Lo cierto es que el señor Pinion deseó no arriesgarse a la crítica de sus lectores, pero esto no es una razón para que el presente escritor, que escribe para más exaltados, espiritual y divinamente, y crédulos lectores, imite su silencio.

En realidad, la anécdota que oyó era totalmente increíble, y eso que el señor Pinion no era un hombre intolerante. Mientras el conde pintaba la ciudad con rojos colores y a sí mismo de negro, se podía creer que no era tan negro como se pintaba. Después de todo, su extravagancia y su fausto, jactancioso, sin duda, no causaba particular perjuicio a nadie, como no fuera a él mismo, porque si se reunía con gentes disipadas y degradadas, nunca se le había visto, en cambio, mezclarse con personas inocentes y honradas. Sin embargo, el que pudiera creerse perfectamente que el aristócrata no era tan negro como se le pintaba no quiere decir que se le pudiera creer tan blanco como se le presentó en la historia que contó aquella tarde un amigo del conde: un amigo demasiado servicial, pensó el señor Pinion; servicial hasta un extremo de idiotez. Y juzgando que podía causar desilusión a sus lectores o parecerles una burla, decidió que, en cualquiera de los dos casos, no debía publicarla en su periódico. Pero a causa de esta historia tan poco verosímil, el conde de Marillac aparece al comienzo de este libro como introductor de las cuatro historias que se relataron como paralelas a la suya.

Existía un hecho, sin embargo, que llamó la atención del periodista, aunque sólo en los primeros momentos, como cosa extraña. Comprendía perfectamente que sería difícil entrevistarse con el conde en un sitio cualquiera cuando rodaba de un compromiso social a otro de una manera que podemos llamar perfectamente «invariable», y por eso no le ofendió lo más mínimo el que Marillac le dijera que solamente podía disponer de diez minutos en su club de Londres antes de asistir a un estreno teatral y a otras diversiones posteriores. Durante aquellos diez minutos, sin embargo, Marillac estuvo muy cortés; contestó a las tal vez superficiales preguntas sociales que el *Comet* le solicitó que respondiera, y muy cordialmente presentó al periodista a cuatro de sus compañeros o compinches que estaban con él en aquella ociosidad, en la que continuaron después de que el conde hiciera su brillante y relampagueante salida.

-Me parece -dijo uno de ellos- que este mal camarada se va a ver esa nueva obra deleznable en compañía de esas gentes improvisadas y perversas.

-Sí -gruñó un hombre corpulento que estaba de pie junto al fuego-. Ha ido con la peor persona de todas: con el autor, la señora Prague. Creo que ella se llamaría la autora, porque, aunque es culta, no es educada.

-Siempre va a los estrenos de esas obras -asintió el otro-. Acaso tema que no se

representen la segunda noche si la Policía entra en el local.

-¿Qué obra es? -preguntó el americano con amable voz. Era un hombrecillo pequeño, con la cabeza muy grande y un refinado perfil de halcón.

-*Almas desnudas*- dijo el primer hombre con un débil gruñido-. Una versión dramática de la sensacional novela mundial *La flauta de Pan*. Luchas espantosas con la realidad de la vida.

-Y también procaz, excitante y contranatura -añadió el hombre que estaba cerca del fuego-. Precisamente acabamos de oír unas cuantas cosas sobre *La flauta de Pan*, y me parece que son demasiado atrevidas.

-Ya sabe usted -dijo el otro- que la señora Prague es tan moderna que va contra el mismo Pan. Dice que no puede resignarse a creer que haya muerto.

-Y yo creo -dijo el hombre fuerte, como si hiciera un penoso esfuerzo- que no solamente está muerto, sino podrido, y hiede en medio de la calle.

Aquellos cuatro amigos de Marillac confundían al señor Pinion. Indudablemente eran sus amigos más íntimos, pero, en conjunto, no eran de una amistad tal como para descargarle de sus culpas. El mismo Marillac era distinto de lo que podía creerse de él, más inquieto e indómito de lo que le atribuían sus descripciones más liberales y bastante en contradicción con sus escapadas nocturnas y lo avanzado de su edad. Su rizado cabello estaba todavía oscuro y poblado, pero su puntiaguda barba gris blanqueaba de prisa; sus ojos estaban un poco hundidos y tenían una expresión más cansada de lo que podía deducirse, a distancia, de sus vivos ademanes y de su ligera conversación. En conjunto, todos parecían armonizar en carácter, pero aisladamente se diferenciaban. Uno solo de los cuatro podía pertenecer en algún sentido al mundo de Marillac, pues tenía cierto aspecto de militar con un ligero matiz que denunciaba que era un oficial extranjero. Poseía un rostro regular, impassible y bien rasurado, y aunque estaba sentado cuando saludó al extranjero, algo en su saludo dio la sensación de que, si hubiera estado de pie, habría hecho sonar secamente sus tacones. Los otros eran totalmente ingleses y totalmente distintos. Uno de ellos era un hombre verdaderamente grande, de grandes espaldas vencidas, pero fuertes, y una gran cabeza, aún no calva, aunque desprovista en parte de su fino y moreno cabello. Lo que más llamaba la atención en su persona era esa indescriptible sugestión de polvo o telarañas que se encuentra en todo hombre fuerte que lleva una vida sedentaria, tal vez de laboratorio, pero desde luego oscura en sus procedimientos, si no en sus efectos. Esa especie de hombres de la clase media con su chifladura, de la que parecen salir como de una fosa. Difícilmente se imaginaría una contradicción más completa con semejante meteoro de costumbres como era el conde. El hombre que estaba junto a él, aunque más vivo, era igualmente macizo y serio y desprovisto de pretensiones de elegancia: un hombre bajo y cuadrado, de rostro anguloso, con gafas, y que parecía lo que era: un vulgar empleado del arrabal, un médico o un abogado. El cuarto de los incongruentes íntimos de Marillac se mostraba en el mayor desaseo. Un traje gris andrajoso colgaba flaccidamente de su cuerpo inclinado, y su pelo oscuro y su descuidada barba podía, en el mejor de los casos, disculpársele a un bohemio. Tenía unos ojos extraordinarios, profundamente hundidos en las órbitas, pero que resultaban paradójicamente saltones. El visitante se sentía constantemente atraído por ellos como si fueran imanes. En conjunto, el grupo le molestaba y aturdía. No había entre ellos, en realidad, una gran diferencia de categoría social, y producían como una atmósfera de sobriedad, de trabajo y de mérito que parecía pertenecer a otro mundo. Los

cuatro eran amigos de una forma algo embarazada y falta de confianza. Se entregaron con el periodista a una conversación igual que lo hubieran hecho con un individuo cualquiera en el tranvía o en el metro, y cuando, después de una hora de charla, le rogaron que compartiera con ellos su cena en el club, no sintió ninguna violencia, como acaso hubiera podido sentirlo frente a uno de los fabulosos banquetes luculíneos de su amigo el conde de Marillac.

Porque por muy en serio que Marillac tomara o dejara de tomar el importante drama entre Sexo y Ciencia, no había duda de que se tomaba con mayor cuidado aún lo referente a la comida. Era famoso como epicúreo de la clásica y legendaria especie, y todos los gourmets de Europa envidiaban su reputación. El hombrecillo de las gafas tuvo en cuenta, al parecer, esta realidad al sentarse a la mesa.

-Espero que le satisfará nuestra sencilla comida, señor Pinion -dijo-. Hubiera tenido usted un menú mucho más cuidadosamente elegido de hallarse aquí Marillac.

El americano le tranquilizó con expresiones corteses acerca de la cena del club, pero añadió:

-Creo, efectivamente, que hace de la comida un verdadero arte.

-¡Oh, sí! -dijo el hombre de las gafas-. Siempre hace las cosas debidas en las horas indebidas. Éste es el ideal, a mi juicio.

-Creo que se toma muchas molestias y cuidados -dijo Pinion.

-Sí -contestó el otro-. Elige su alimento con mucho cuidado desde mi punto de vista, pero es que yo soy médico.

Pinion no podía apartar sus ojos de la magnética mirada del hombre de las ropas raídas y el pelo hirsuto, que miraba fijamente hacia la mesa con curiosa atención, y en el silencio que siguió a aquellas palabras intervino inesperadamente:

-Todos saben que es muy especial en la elección de su comida, pero apostaría que un solo hombre de cada millón conoce la causa por la cual la elige.

-Debe usted tener en cuenta -dijo Pinion suavemente- que yo soy un periodista, y que por esa razón me gustaría ser ese hombre entre el millón.

El hombre que tenía enfrente le miró con fijeza y algo extrañamente durante un momento, y luego contestó:

-Me parece a mí... Señores, ¿han visto ustedes curiosidad comparable a la de un periodista? Quiere ser nada menos que el hombre que lo sepa, aunque el resto del millón no llegue a saberlo nunca.

-¡Oh, sí! -replicó el periodista-. Soy muy curioso incluso para aquellas cosas que se me dicen en confianza. Pero es que no consigo comprender la razón de que sea tan confidencial el gusto de Marillac en lo que se refiere al champán o a las hortalizas.

-Entonces -repuso el otro gravemente-, ¿por qué se cree usted que los elige?

-Acaso diga una majadería-dijo el americano-, pero supongo que si lo elige es porque le gusta.

-*Au contraire* -como dijo el otro gourmet cuando le preguntaron si comía en el buque.

El hombre de los ojos extraños se dispuso a intervenir; se hundió por unos momentos dentro de un profundo silencio y luego resumió con un tono de voz tan diferente, que fue como si de pronto hablase otro hombre en la mesa:

-Cada época tiene su fanatismo, que es como una pantalla para cubrir alguna particular necesidad de la naturaleza humana: los puritanos para cubrir la necesidad de la alegría; la escuela de Manchester para cubrir la necesidad de la belleza, y así sucesivamente. Existe una necesidad en el hombre, o por lo menos en muchos hombres, que no es elegante admitir o consentir en estos tiempos. Muchas gentes han tenido un atisbo de ella en las emociones más raras de la juventud; en algunos hombres ardió como una llama hasta consumirlos, como sucede aquí. Los cristianos, y especialmente los católicos, han sido censurados por imponerla; pero, en realidad, casi regulaban y aun restringían la pasión más que violentarla. Esto existe en todas las religiones, y hasta de una manera salvaje y frenética en varias de las de Asia. Allí los hombres se atacan con cuchillos o se cuelgan con garfios, o andan a través de la vida con sus secos brazos rígidamente levantados, como crucificados sobre el vacío. Es el deseo por el que uno hace lo que no quiere. Y Marillac lo tiene.

-Sobre la tierra... -empezó a decir el asustado periodista, pero el otro continuó:

-Para ser breve, eso es lo que las gentes llaman ascetismo, y uno de los errores modernos es no admitir su existencia cierta en raras, pero absolutamente reales personas. Vivir una vida de incesante austeridad y abnegación, como hace Marillac, está rodeada de extraordinarias dificultades y equívocos en la sociedad moderna. Ésta puede comprender alguna particular manía puritana, como la prohibición, especialmente si está impuesta en otro pueblo, y sobre todo si es a un pueblo pobre. Pero un hombre como Marillac, imponiéndose él mismo, no la abstinencia de vino, sino la abstinencia de mundanos placeres de cualquier clase...

-Perdóneme -dijo Pinion con su tono más cortés-. Creo que no he tenido jamás la descortesía de sugerir que usted haya perdido el juicio, por eso tengo que pedirle que me diga francamente si soy yo quien lo ha perdido.

-Muchas personas -replicó el otro- se preguntan también si Marillac ha perdido el juicio. Acaso lo haya perdido; de todos modos, si se supiera la verdad, él seguiría, ciertamente, pensando así. Pero no es solamente para evitar que le encierren en un manicomio por lo que oculta su ideal de ermitaño y pretende hacerse pasar por un hombre alegre. Esto es parte de la idea total en su única forma tolerable. Lo peor de aquellos faquires de Oriente que se cuelgan de los garfios es que son demasiado conspicuos, lo que puede hacerles precisamente algo vanidosos. Yo no niego que Simón el Estilita y algunos de los primeros ermitaños pudieran ser tentados idénticamente, pero nuestro amigo es un anacoreta cristiano y comprende el consejo: «Cuando ayunes, unge tu cabeza y purifica tu rostro». A él no se le ve con hombres que ayunen, sino, por el contrario, con los que celebran festines. Pero es que usted no sabe que él ha inventado una nueva manera de ayunar.

El señor Pinion, del *Comet*, rió de pronto con una brusca y asustada risa, porque era muy inteligente y había comprendido ya la broma.

-Usted no pensará realmente... -empezó a decir.

-Sí. Es sencillísimo, ¿no es verdad? -replicó su informador-. Se festeja con todas las cosas más lujosas y dispendiosas que no le gustan, y especialmente con aquellas que detesta. Y bajo esta cubierta nadie puede, a buen seguro, acusarle de virtud. Permanece impenetrablemente protegido detrás de una muralla de ostras repugnantes y de desagradables *aperitifis*. Para ser breve, el ermitaño puede ahora ocultarse en cualquier parte menos en la ermita, y si lo hace generalmente en los novísimos, lujosos y

resplandecientes hoteles es por la razón de que allí tienen la peor cocina.

-Es un cuento muy extraordinario -dijo el americano arqueando sus cejas.

-¿Empieza usted a comprender la idea? -indicó el otro-. Si tiene veinte *hors d'oeuvre* distintos delante de él y elige aceitunas, ¿quién va a saber que odia las aceitunas? Si examina meditabundo toda la lista de vinos y acaba por seleccionar un desconocido vino del Rin, ¿quién creerá que toda su alma se subleva con sólo pensar en el vino del Rin, y que él sabe que ha elegido el más desagradable de los vinos de esta región? Mientras que si fuera a pedir guisantes secos o un mendrugo de pan mohoso en el Ritz, probablemente llamaría la atención.

-Lo que no acabo de comprender-dijo con impaciencia el hombre de las gafas- es qué beneficio puede reportarle todo eso.

El otro hombre bajó sus magnéticos ojos algo embarazado. Al fin dijo:

-Yo creo que sí puedo comprenderlo, pero me parece que no podré expresarlo. Una vez yo también tuve un chispazo en ese sentido, en una dirección espacial, y veo que es casi imposible explicarlo. Pero existe una prueba de real misticismo y ascetismo en esta sola cosa: en que le basta hacerlo únicamente para sí. Preguntará a todos los demás qué vinos y cigarrillos necesitan, y hará registrar el Ritz para encontrarlos. Es el momento que necesita para intimidar a los demás, y cuando el místico se hunde dentro de un cenagal de degradación y se convierte en el reformador moral.

Hubo una pausa, y luego dijo de pronto el periodista:

-Bueno, dejemos esto a un lado. No solamente malgastando su dinero es como Marillac ha conseguido su mala fama. Es en todas las demás cosas. ¿Por qué va de un lado a otro entre esas podridas y eróticas comedias y otros acontecimientos? ¿Por qué se pasea con una mujer como la señora Prague? Esto, se mire como se mire, no lo presenta como un ermitaño.

El hombre que estaba frente a Pinion sonrió, y el otro más grueso, a su derecha, medio se volvió, con una especie de gruñido de hilaridad.

-Bueno -dijo-, es muy natural que lo piense usted así, porque no ha estado nunca cerca de la señora Prague.

-¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? -preguntó Pinion. Y esta vez hubo en la mesa como una carcajada general.

-Algunos dicen que es una tía soltera, y que es su deber ser amable con ella -empezó a decir el primer hombre; pero el segundo le interrumpió gruñendo:

-¿Por qué la llama usted tía soltera, si ella parece una...?

-Basta, basta-cortó el primer hombre algo precipitadamente-. ¿A qué conduce decir que ella «parece»...?

-¡Y su conversación!... -gruñó su amigo-. Pues Marillac la resiste a pie firme varias horas.

-¡Y su comedia!... -asintió el otro-. Marillac escucha sentado los cinco mortales actos que tiene. ¡Si esto no es ser un mártir!...

-¿Lo está viendo usted? -gritó el hombre andrajoso con una especie de excitación-. El conde es un hombre culto, y hasta inteligente; además es latino, y lógicamente su rasgo característico es la impaciencia. A pesar de todo, persiste y soporta cinco o seis actos de un drama realista, moderno, intelectual e incisivo. Un primer acto en el que se dice que la

mujer no quiere estar puesta por más tiempo sobre un pedestal; el segundo acto, en el que se dice que la mujer no quiere continuar bajo una urna; el tercer acto, en el que la mujer se niega a ser un juguete para el hombre, y el cuarto, en el que ella asegura que quiere dejar de ser como un mueble; todos los tópicos. Y todavía le quedan dos actos por delante en los que ella no quiere ser ni una esclava en el hogar ni una paria arrojada del hogar. Y se le ve escuchando los seis actos sin mover un solo cabello, y no se observa siquiera que apriete los dientes. ¡Y la conversación de la señora Prague!... Que su primer marido no podía comprenderla nunca, que su segundo marido parecía como si pudiera comprenderla, que solamente su tercer marido parecía que realmente la comprendiera, y así sucesivamente, como si no hubiera nadie en el mundo capaz de entenderla. Usted sabe que un egoísta completamente loco es así. Y Marillac soporta también esas locuras de buena gana.

-En efecto -dijo a su vez el hombre grande con su habitual gruñido-, se puede decir de él que ha inventado la moderna penitencia del aburrimiento. Las camisas de estameña y las cuevas de los ermitaños en un agrio desierto no serían tan terribles como esto para los nervios modernos.

-Según estos informes -reflexionó Pinion-, yo he estado buscando a un cultivador de placeres que bailase sobre la punta de los pies, y me encuentro con un ermitaño de cabeza bien firme.

Y, después de un silencio, dijo bruscamente:

-¿Es realmente cierto? ¿Cómo lo descubrió usted?

-Es una historia muy larga de contar -replicó el hombre que estaba sentado enfrente de él-. La verdad es que Marillac se permite un festín al año, el día de Navidad, y entonces come y bebe lo que realmente le gusta. Lo encontré bebiendo cerveza y comiendo callos con cebolla en un bar tranquilo de Hoxton, y en cierto modo nos vimos obligados a entrar en conversación confidencial. Usted comprende, sin duda, que esta conversación también lo es.

-Que seguramente no publicaré -contestó el periodista-. Me tomarían por lunático si lo hiciera. La gente no comprende esta especie de locura de nuestros tiempos, y a mí me maravilla un poco también que usted dé a eso tanta importancia.

-Como le decía -contestó el otro-, le expuse mi propio caso. Porque a mí, sabe usted, me ocurre en cierto modo algo parecido a lo que a él le ocurre. Luego le presenté a mis amigos, y de esta manera pasó a ser una especie de presidente de nuestro pequeño club.

-¡Oh! -exclamó Pinion algo desconcertado-. No sabía yo que formaban ustedes un club.

-Sí, somos cuatro hombres unidos por un lazo común. Todos nosotros hemos tenido ocasión, como Marillac, de parecer algo peores de lo que éramos.

-Sí -gruñó sordamente el hombre fuerte-nosotros hemos sido incomprendidos. Lo mismo que la señora Prague.

-El Club de los Incomprendidos es algo más alegre que ella, sin embargo -continuó su amigo-. Todos nosotros estamos aquí contentos, considerando, que nuestras reputaciones fueron difamadas por negros y repugnantes crímenes. La verdad es que nosotros nos hemos consagrado a una nueva clase de historia detectivesca, o servicio detectivesco, si prefiere usted. No nos vemos perseguidos por crímenes, sino por ocultas virtudes. Algunas veces, como en el caso de Marillac, estas virtudes son encubiertas muy artísticamente. Y como usted, sin duda, querrá replicarme, le diré que logramos ocultar



nuestras virtudes con fortuna.

La cabeza del periodista empezó a dar vueltas, a pesar de creerse medianamente acostumbrado a frecuentar tanto a los dementes como a los criminales.

-Pero me parece que han dicho ustedes -objetó- que sus reputaciones fueron empañadas con crímenes. ¿Qué clase de crímenes?

-El mío fue un asesinato -dijo el hombre que estaba próximo a él-. La gente que me difamó lo hizo porque desaprobaba aparentemente el asesinato. Es verdad que yo era más bien un moderado del asesinato, así como de las demás cosas.

La mirada de Pinion vagó con algún azoramiento hacia el siguiente hombre, que respondió con alegría:

-El mío fue solamente un fraude vulgar. Un fraude profesional de la misma clase que esos por los que les echan a ustedes a puntapiés de su profesión algunas veces. Algo semejante al fingido descubrimiento del Polo Norte por el doctor Cook.

-¿Qué quiere decir todo esto? -preguntó Pinion. Y miró interrogativamente al hombre que tenía enfrente, que era quien le estaba dando las explicaciones.

-¡Oh, lo mío fue un hurto! -dijo con indiferencia el hombre que estaba enfrente-. La causa por la cual fui realmente detenido fue una insignificante ratería.

Hubo un profundo silencio durante el cual pareció extenderse de manera misteriosa un montón de nubes sobre el rostro del cuarto miembro del club, que no había dicho hasta entonces la menor palabra. Estaba sentado, tieso, con una extraña tiesura elegante; su rostro distinguido e inexpresivo permanecía inmutable, y sus labios nunca se habían movido ni para emitir un murmullo. Pero en aquel momento, cuando el repentino y profundo silencio parecía desafiarle, su rostro se endureció, como si de madera pasara a ser de piedra, y cuando habló, por fin, su acento extranjero pareció algo más que extraño, como si no fuera humano.

-Yo he cometido el pecado imperdonable -dijo-. Para este pecado, Dante reserva su último y más profundo infierno. ¿Es el círculo de hielo?

Como nadie habló, contestó a su propia pregunta con el mismo tono cavernoso:

-La traición. Traicioné a los cuatro compañeros de mi grupo y los entregué al Gobierno que me sobornó.

Algo se enfrió dentro del sensible extranjero, y por primera vez sintió realmente a su alrededor un aire siniestro y extraño. El silencio se prolongó durante otro medio minuto, y luego los cuatro prorrumpieron en grandes y tumultuosas carcajadas.

Las historias que contaron para justificar sus baladronadas o sus confesiones se vuelven a contar aquí de manera distinta, y por eso ellos aparecen en la periferia más bien que como centro de los acontecimientos. Pero el periodista, que quería reunir todas las cosas curiosas de la existencia, se sintió interesado para poder recordarlas, y luego, más tarde, reproducirlas reformadas. Comprendió que en realidad había conseguido algo, si bien no era lo que esperaba, fuera de su empeño sobre el arrojado y extravagante conde Raoul de Marillac.

El ladrón, el charlatán, el asesino y el traidor hicieron la confesión de sus crímenes al señor Pinion, del *Comet*, un poco más breve y personalmente de como se han reproducido aquí. Sin embargo, emplearon un tiempo bastante largo desde que empezaron hasta que acabaron, y durante él el señor Pinion conservó un aspecto de cortés

atención y no interrumpió ni para decir una sola palabra.

Cuando terminaron tosió ligeramente y dijo:

-Bueno, señores: les aseguro que me han interesado mucho sus notables relatos, pero me parece que la mayoría de nosotros conseguimos de cuando en cuando desfigurarnos un poco. Espero, señores, que me harán ustedes el honor de reconocer que no les he sonsacado ni incitado a hablar, ni tampoco en modo alguno me he mezclado en su conversación, sino que he gozado de su hospitalidad sin buscar ningún beneficio de ella.

-Yo estoy seguro -dijo el doctor con lentitud- de que posiblemente nadie hubiera sido más paciente y considerado que usted.

-Pero debo preguntarles -continuó el señor Pinion con su tono cortés- por qué razón soy conocido en el mundo de la Prensa de mi patria como el «Ariete encarnizado», también el «Arruinahogares» y el «Escudriñador de la tierra», y ocasionalmente como «Jack el Destripador» a causa de mis pocos escrúpulos en destripar los más sagrados secretos de la vida privada. Títulos como «El perro de presa de Pinion sujeta al Presidente», o «El Arruinahogares descubrió lo que había en el cerebro del ministro», son corrientes en las más brillantes páginas de los diarios de mi ciudad natal. Todavía se cuenta la historia de cómo agarré por una pierna al juez Grogan cuando estaba subiendo a un aeroplano.

-¿Sí? -dijo el doctor-. No hubiera sospechado yo esa actitud en usted. Nadie pensaría que fuera capaz de hacer una cosa así.

-Jamás la hice -indicó el señor Pinion tranquilamente-. El juez Grogan y yo tuvimos, a ruego suyo, una conversación amistosa en su propia residencia. Pero cada uno de nosotros ha conseguido conservar siempre su reputación profesional, ya sea como asesino, como ladrón o como reportero.

-¿Quiere decir usted -preguntó el hombre grande interviniendo en la conversación- que usted realmente no acometió, ni arruinó, ni destripó nada ni a nadie?

-Eso es; del mismo modo que usted no asesinó a nadie -contestó el americano en su tono cauteloso-. Pero tengo que admitir que he sido horripilante, descortés con todo el mundo, pues si no, hubiera perdido mi reputación profesional, y acaso mi trabajo. Es un hecho que yo he buscado si podía conseguir las cosas que necesitaba por procedimientos corteses. Tengo la experiencia -añadió suave y gravemente- de que la mayor parte de las gentes solamente están dispuestas a hablar de sí mismas.

Los cuatro hombres que le rodeaban se miraron unos a otros y rompieron a reír.

-Esto va seguramente por nosotros -dijo el doctor-. Usted nos ha arrancado nuestras historias, y lo ha hecho procediendo con perfecta corrección. ¿Quiere usted decir realmente que si las publicase tendría que aparentar que sólo lo había podido lograr de manera descortés?

-Lo creo así -contestó el señor Pinion moviendo gravemente la cabeza-. Si publicase su historia tendría que decir que derribé la puerta de la clínica del doctor Judson en el momento que estaba vendando a un individuo que tenía el cuello cortado, y que no le dejé terminar hasta que me contó la historia de su vida. Tendría que decir que el señor Nadoway iba a reunirse con su madre moribunda cuando yo asalté su automóvil y conseguí su opinión acerca del capital *versus* trabajo. Estaría obligado a escalar la casa del tercer caballero o a hacer descarrilar el tren del cuarto, o a hacer algo para demostrar a mi director que tengo dinamismo de reportero. Sin duda, no es necesario hacer eso realmente, y la mayor parte de las cosas pueden hacerse por medios decentes y hablando

a las personas en términos adecuados. O, más bien -y de nuevo retuvo una sonrisa-, dejándoles hablar a ustedes.

-¿Cree usted -preguntó el hombre grande pensativamente- que esa clase de sensacionalismo impresiona realmente al público?

-No lo creo -dijo el periodista-. Más bien creería que no le impresionan. Pero impresiona al director, y en eso es en lo que tengo que pensar.

-Pero, y permíteme que se lo diga, ¿no piensa usted mismo? -continuó el otro-. ¿No piensa usted en que todo el mundo, desde Maine a Méjico, le llama el «Ariete encarnizado», cuando en realidad es usted un caballero bien educado y perfectamente normal?

-Sí -contestó el periodista-; pero creo, como se lo digo, que la mayor parte de nosotros somos incomprendidos de una manera o de otra.

Hubo un momento de silencio en la mesa y luego el doctor Judson se movió en su silla dando una especie de respingo y dijo:

-Señores, tengo el gusto de proponer al señor Lee Pinion como miembro del Club.

## EL ASESINO MODERADO

### 1. - EL HOMBRE DEL PARAGUAS VERDE

El nuevo gobernador era lord Tallboys, comúnmente llamado Top-hat<sup>1</sup> Tallboys a causa de su apego a esta severa y erecta prenda, que continuaba llevando en equilibrio sobre su cabeza tan tranquilamente entre las palmeras de Egipto como entre las farolas de Westminster. Ciertamente, la llevaba con demasiada tranquilidad en tierras donde varias coronas estaban seguras de venirse abajo. El distrito que había ido a gobernar puede describirse aquí, con diplomática vaguedad, como una faja de terreno en la frontera de Egipto y llamado por nuestra conveniencia Polybia. Hoy es ya una historia vieja, pero muchas personas la recordaron perfectamente durante muchos años y en su tiempo fue un acontecimiento imperial. Un gobernador fue asesinado, otro estuvo a punto de perecer: pero en esta historia vamos a referirnos solamente a una catástrofe personal, y hasta privada.

Top-hat Tallboys era soltero; no obstante, llevaba consigo una familia. Tenía un sobrino y dos sobrinas, una de las cuales estaba casada con el vicegobernador de Polybia, el hombre a quien llamaron a gobernar allí durante el interregno que sucedió al asesinato del anterior gobernador. La otra sobrina era soltera; se llamaba Bárbara Traill, y puede ser muy bien la principal figura que atravesase por esta historia.

Era verdaderamente una figura un poco aislada y notable, de cabello negro brillante y rica en colorido y con una muy hermosa, aunque algo altiva silueta cuando cruzaba los espacios arenosos e iba a guarecerse bajo una larga y baja pared que tan solo proyectaba una franja de sombra bajo el sol, que caminaba oblicuamente hacia el horizonte desierto. La pared aquella era un curioso ejemplo de pintoresco carácter de esta tierra limítrofe entre Oriente y Occidente. Había en aquel tiempo una hilera de pequeños hoteles, contruidos para empleados y pequeños funcionarios públicos y levantados allí por un contratista especulador, cuyos negocios se extendían a todos los confines de la tierra. Era un trozo de Streatham en medio de las ruinas de Heliópolis. Semejantes rarezas no eran desconocidas desde que las regiones más antiguas se habían trasladado dentro de las colonias más modernas. Pero en este caso la joven, que no carecía de imaginación, era consciente del total fantástico contraste. Cada una de aquellas casas de muñecas tenía unos arbustos como de juguete, sus plantas y su estrecho y oblongo jardín posterior, cerrado al final por la común y continua pared del jardín, detrás de la cual empezaba precisamente el terreno agreste, orlado con algunos blanquecinos y arrugados olivos. Y aquella orla se desvanecía a lo lejos dentro de la infinita y monstruosa soledad de arena. Solamente allí podía aún descubrirse en la lejana línea del horizonte una apagada figura triangular, una especie de símbolo matemático, cuya artificial simplicidad había puesto en movimiento a todos los poetas y peregrinos durante cinco mil años. Alguno, al verla realmente por primera vez, como ocurre con las muchachas, no podía evitar el proferir este grito: «¡Las pirámides!»

Apenas lo había dicho ella, una voz deslizó en sus oídos, no muy alto, pero con alarmante claridad y muy exacta pronunciación: «Los cimientos fueron trazados con sangre, y con

---

<sup>1</sup> *Top-hat*: sombrero de copa.

sangre serán trazados de nuevo. Estas cosas fueron escritas para nuestra instrucción».

Ya hemos dicho que Bárbara Traill no carecía de imaginación, y sería más exacto decir que más bien poseía demasiada. Pero estaba completamente segura de que ella no había inventado aquella voz, aunque, desde luego, no podía suponer de dónde venía. Aparentemente, estaba sola sobre el pequeño pedazo de terreno que corría junto al muro y que dominaba todo el jardín que rodeaba la casa del gobernador. Entonces se acordó de la pared, y mirando rápidamente por encima de su hombro imaginó ver por un momento una cabeza que atisbaba fuera de la sombra de un sicómoro, que era el único árbol de algún tamaño en una gran extensión de terreno desde que ella se había separado del final de los pequeños y desparramados olivos, doscientos metros más allá. Pero, fuera lo que fuera aquello, se había desvanecido instantáneamente, y de pronto se sintió asustada, más asustada de la desaparición que de la aparición. Y empezó a andar de prisa a lo largo del sendero que conducía hacia la residencia de su tío, con una manera de andar que era poco menos que una carrera. Seguramente fue durante esta repentina aceleración de sus movimientos cuando, al parecer, se dio cuenta, algo bruscamente, de que un hombre marchaba cerca de ella, siguiendo la misma senda en dirección a la casa del gobernador.

Era un hombre muy ancho, que parecía llenar completamente el estrecho sendero, y ella sintió un poco la sensación, con la cual estaba ya ligeramente familiarizada, de andar a la zaga de un camello a través de las estrechas y torcidas calles de las ciudades de Oriente. Pero aquel hombre ponía sus pies en el suelo con firmeza, como un elefante, y podía decirse de él que andaba con relativa ceremonia, como si fuese en una procesión. Llevaba una larga levita, y su cabeza estaba cubierta por una torre escarlata, un fez rojo muy alto, algo más que el sombrero de copa de lord Tallboys. La combinación del rojo sombrero oriental y del traje occidental negro es bastante corriente entre la clase «effendi» de aquellas regiones, pero tenía algo de nuevo y de incongruente en este caso, porque el hombre era muy blanco y lucía una gran barba rubia, que la brisa hinchaba alrededor de su cara. Podía servir de modelo a los idiotas que hablan del tipo nórdico o europeo, pero había algo en él que no le presentaba como un inglés. Llevaba enganchado en uno de sus dedos un paraguas o quitasol verde algo grotesco, que hacía girar ligeramente, como si fuera una chuchería. Como andaba lenta y cachazudamente, y Bárbara andaba presurosa y deseaba ir aún más de prisa, apenas pudo contener una exclamación de impaciencia y algo como una súplica de que la dejara espacio para pasar. El hombre ancho y barbudo inmediatamente giró, haciéndole frente, y clavó en ella la mirada; luego levantó un monóculo, la contempló e instantáneamente sonrió, disculpándose. Ella se dio cuenta de que debía de ser corto de vista y de que hasta un momento antes había sido para él una nueva sombra, pero existía alguna otra cosa en el cambio de su rostro y de sus modales, algo que ella había visto antes, pero a lo que no podía poner nombre.

Él explicó con la más formal cortesía que iba a dejar una nota para un funcionario de la casa del Gobierno, y realmente no había ninguna razón para que ella le negara crédito y conversación. Anduvieron juntos un trozo de camino, hablando de las cosas en general, y apenas habían cambiado unas cuantas frases cuando se dio cuenta de que estaba hablando con un hombre notable.

Oímos decir muchas cosas en estos tiempos acerca de los peligros de la inocencia, bastantes de ellas falsas y algunas ciertas. Pero los argumentos están casi exclusivamente aplicados a la inocencia sexual. Y hay una gran cantidad de cosas que necesitan decirse acerca de los peligros de la inocencia política. Que la más necesaria y más noble virtud del patriotismo es con mucha frecuencia llevada a la desesperanza y la destrucción,

completamente en balde y prematuramente, por la insensatez de educar a las clases acomodadas en un falso optimismo acerca de los antecedentes y la seguridad del Imperio. Las jóvenes como Bárbara Traill seguramente no han oído nunca una sola palabra acerca de la otra faceta de la Historia, tal como sería contada por un irlandés, un indio y hasta por un canadiense francés. Y es culpa de sus padres y de sus textos si pasan con frecuencia bruscamente de un estúpido britanismo a un igualmente estúpido bolchevismo. La hora de Bárbara Traill había llegado, aunque ella, probablemente, no se diese cuenta.

-Si Inglaterra mantiene sus promesas -dijo el hombre de la barba frunciendo el entrecejo-, hay aún alguna posibilidad de que las cosas puedan ser apaciguadas.

Y Bárbara había contestado como un colegial:

-Inglaterra mantiene siempre sus promesas.

-El Waba no lo ha observado -contestó él con aire de triunfo.

El omnisciente es con frecuencia ignorante. Y es con más frecuencia aún ignorante de la ignorancia. El extranjero se imaginaba que acababa de dar una réplica aplastante, como acaso lo hubiera sido para quien no conociese lo que él quería decir, pero Bárbara no había oído nunca hablar del Waba.

-El Gobierno británico -continuó diciendo el hombre- se comprometió definitivamente hace dos años a dar un plan completo de autonomía local. Si así es, todo irá bien. Si lord Tallboys ha venido aquí con un proyecto incompleto, con un compromiso, las cosas estarán muy lejos de ir bien. Y yo lo lamentaré bastante por todos, pero especialmente por mis amigos ingleses.

Ella contestó, con una juvenil e inocente mirada de desprecio:

-¡Oh, sí! Me figuro que es usted un gran amigo de los ingleses.

-Sí -contestó el hombre tranquilamente-. Un amigo, un sincero amigo suyo.

-¡Ya sé yo todo lo que eso quiere decir! -contestó ella con ardorosa sinceridad-. Ya sé lo que ellos se figuran que es un sincero amigo. Siempre he encontrado que quería decir un sincero puerco, escarnecedor, servil y traidor.

Él pareció un momento picado, pero contestó:

-Sus políticos no necesitan aprender traiciones de los egipcios.

Y añadió bruscamente:

-¿Sabe usted que, cuando la razzia de lord Jaffray, fusilaron a un niño? ¿Sabe usted alguna cosa verdaderamente? ¿Sabe usted acaso cómo Inglaterra ha añadido Egipto a su Imperio?

-Inglaterra tiene un glorioso Imperio -añadió el hombre-. Así lo tuvo Egipto.

Habían llegado, un poco simbólicamente, al final de su terreno común, y ella se dirigió indignada hacia la puerta que conducía dentro de los jardines privados del gobernador. Según andaba hacia adelante, él levantó su paraguas verde y señaló con un gesto momentáneo a la oscura línea del desierto y a la pirámide distante. La tarde se había teñido de rojo en el crepúsculo y el sol poniente extendía largas bandas de ardiente carmesí a través de la purpúrea desolación de aquel seco mar de tierra interior.

-Un glorioso Imperio -dijo-. Un Imperio en el que nunca se pone el sol. Mire... el sol se oculta entre sangre.

Ella cruzó como el viento a través de la puerta de hierro y la empujó tras sí. Mientras fue por la avenida hacia los jardines interiores perdió un poco de la impaciencia de sus movimientos y empezó a caminar de una manera algo más lánguida, más natural en ella. Los colores y las sombras de este escenario más apacible parecían estar más cerca de su manera de ser, y en el fondo de la amplia perspectiva de los alegremente coloreados paseos del jardín podía ver a su hermana Olive cortando flores.

El espectáculo la agradaba, pero se encontraba un poco turbada de necesitar algo agradable. Tenía una profunda sensación de desasosiego, como si hubiera tocado algo extraño y terrible, algo feroz y totalmente extranjero, como si hubiera tropezado con algún animal salvaje del desierto. Pero los jardines que la rodeaban y la casa que estaba más allá habían tomado ya un tono o un tinte indescriptiblemente inglés, a pesar de su reciente instalación y del cielo africano. Y Olive estaba allí bien patentemente, cogiendo flores para ponerlas en floreros ingleses o para adornar inglesas mesas de comer, cargadas de botellas y almendras saladas.

Pero, conforme se acercaba más a aquella distante figura, crecía más su confusión. Los capullos que tenía su hermana en la mano le parecían simples andrajos o manojos arrancados desordenadamente, como si una persona tendida sobre el verde arrancara la hierba mientras estaba distraída o colérica. Había algunos tallos caídos sobre el suelo, y parecía como si las corolas hubieran sido arrancadas por un chico. Bárbara no comprendió por qué se fijó en todos aquellos detalles con una mirada lenta y deslumbrada antes de ver la figura central que rodeaban. En aquel momento levantó Olive la mirada y mostró su rostro cadavérico. Podía creerse que era la cara de Medea cuando cogía en el jardín las flores venenosas.

## **2. - EL MUCHACHO QUE HIZO UNA ESCENA**

Bárbara Traill era una muchacha que tenía mucho de muchacho. Esto mismo se dice comúnmente de todas las heroínas modernas. Y si no se dijera de ésta sería una engañosa heroína moderna. Pero, desgraciadamente, los novelistas que llaman masculinizadas a sus heroínas, evidentemente no saben nada en concreto acerca de los muchachos. La muchacha que describen, ya nos la presenten como una joven bulliciosa o como una pequeña y descarada necia, es, por alguna razón, en todos sus actos, completamente contraria a un muchacho. Es sublimemente cándida, ligeramente superficial, uniformemente jovial, totalmente desenvuelta; en una palabra: es todo lo que no es un muchacho. Es decir, era algo tímida, oscuramente imaginativa, propicia a las amistades intelectuales, y al mismo tiempo de cerebro impresionable, tendente a las morbosidades y por todos los conceptos incapaz de reserva. Tenía esa sensación de no encajar bien que embaraza a tantos muchachos; la sensación de que la virtud es demasiado elevada para ser vista o declarada, y la tendencia a ocultar las no desarrolladas emociones bajo un convencionalismo. Uno de los efectos de todo esto era que le turbaba la duda, que pudo ser religiosa, pero que en aquel momento era una especie de duda patriótica, aunque ella habría negado furiosamente que pudiera tenerla en ese aspecto. Le turbó la visión de los alegados perjuicios de Egipto o los alegados crímenes de Inglaterra, y el rostro del extranjero, el blanco rostro, con la dorada barba y el deslumbrador monóculo, había venido a hacer las veces del tentador o el espíritu de lo que ella negaba. Pero el rostro de

su hermana ahuyentó de pronto todos aquellos sencillos problemas políticos y la devolvió a problemas mucho más íntimos, indudablemente mucho más secretos, porque ella nunca se los había confesado a nadie.

Los Traill tenían una tragedia, o mejor acaso, algo que Bárbara en sus cavilaciones había llegado a mirar como el alborear de una tragedia. Su hermano más joven era aún un muchacho, o más propiamente dicho, era aún un niño. Su mente no había llegado jamás a una normal madurez, y aunque las opiniones diferían acerca de la naturaleza de esta deficiencia, ella se inclinaba, en su negro estado de ánimo, a admitir la opinión más sombría y dejar que oscureciera completamente la casa de los Tallboys. Por esta razón dijo rápidamente al ver la extraña expresión de su hermana:

-¿Le pasa algo malo a Tom?

Olive levantó la cabeza ligeramente y luego dijo, con algo de enojo:

-No, nada de particular... El tío le ha puesto un tutor, y dicen que adelanta y mejora... ¿Por qué lo preguntas? No ha ocurrido nada raro con él.

-Entonces creeré -dijo Bárbara- que con quien ha pasado algo es contigo.

-Bueno -contestó su hermana-. ¿Y no nos ha ocurrido también alguna cosa extraña a todos nosotros?

Después de decir estas palabras se volvió bruscamente y echó a andar hacia la casa, dejando caer las flores que había estado cogiendo, como si el cogerlas hubiera sido un pretexto, y su hermana la siguió con la imaginación hondamente turbada aún.

Cuando llegó cerca del pórtico y de la galería oyó la fuerte voz de su tío Tallboys, que estaba medio tendido en su mecedora y hablando con el marido de Olive, el subgobernador. Tallboys era un hombre delgado, con una gran nariz y unas orejas sobresalientes. Como muchos hombres de este tipo, tenía una nuez prominente y hablaba de una manera engolada y pretenciosa. Pero lo que decía merecía ser escuchado, aunque tenía la costumbre de arrojar unos párrafos tras otros con movimientos alternos de sus anchas y sueltas manos, lo que algunas personas encontraban de una irritante frivolidad. Además, era fastidiosamente sordo. El subgobernador, sir Harry Emythe, formaba divertido contraste: un hombre cuadrado con el rostro algo congestionado, vivo color encendido de la tez, los ojos muy brillantes y claros, dos barras negras paralelas que eran las cejas y el bigote, lo que le daba algo de parecido con Kitchener, comparación que era imposible continuar en cuanto se ponía en pie. Su cara le daba también un engañoso aspecto de mal genio, pues era un cariñoso marido y un camarada de buen humor, si bien como hombre político era muy obstinado. Por lo demás, su conversación bastaba para demostrar que tenía un punto de vista militar, lo que es bastante corriente, y hasta común, entre los civiles.

-En resumen -estaba diciendo el gobernador-. Yo creo que el plan del Gobierno está admirablemente adaptado para hacer frente a una situación algo difícil. Los extremistas de ambos tipos pondrán objeciones, pero los extremistas lo rechazan todo.

-Exactamente -repuso el otro-. La cuestión no es tanto el que ellos lo censuren como que puedan hacerse censurables.

Bárbara, con su nuevo y vigoroso interés político, se encontró violentada en su propósito de escuchar la conversación al comprobar con desagrado que había otras personas allí presentes. Se veía a un joven caballero elegantemente vestido, con el pelo brillante como seda negra y que parecía ser el secretario del gobernador. Su nombre era Arthur Meade.



Estaba un hombre viejo con una peluca muy clara de color castaño y un rostro amarillo claro de rasgos indefinidos, que era un eminente financiero conocido por el nombre de Morse. Estaban también varias señoras del elemento oficial, convenientemente esparcidas entre aquellos caballeros. Parecía el final de un té de la tarde, lo que hacía más extraordinaria y sospechosa la conducta de la señora de la casa errando por el jardín y arrancando flores. Bárbara se encontró sentada al lado de un agradable anciano sacerdote, de brillante y plateado cabello y también brillante y argentina voz que le hablaba de la Biblia y de las Pirámides. Y se vio forzada a la desagradabilísima obligación de iniciar una conversación mientras trataba de escuchar otra distinta.

Esto era muy difícil, a causa de que el reverendo Ernest Snow -así se llamaba el sacerdote en cuestión- tenía, con toda su mansedumbre, una terquedad poco cortés. Bárbara recibía la confusa impresión de que el sacerdote poseía muy sólidas opiniones sobre el significado de ciertas profecías en relación con el fin del mundo, y especialmente con el destino del Imperio británico. Tenía la costumbre, además, de hacer repentinas preguntas, lo que resultaba muy duro a la poco atenta interlocutora. De esta manera, tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para oír un fragmento de la conversación que mantenían los dos gobernadores de la provincia. El gobernador decía, acompañando sus sentencias con el balanceo de sus oscilantes manos:

-Hay dos consideraciones que por este procedimiento las reunimos nosotros. Por una parte, es enteramente imposible repudiar nuestras promesas. Por otra, es absurdo suponer que el salvaje crimen reciente no hace necesario modificar la naturaleza de esas promesas. Podemos, pues, estar seguros de que nuestra proclamación es una proclamación de razonable libertad. Por esta razón, hemos acordado...

Y entonces, en aquel preciso momento, el pobre sacerdote quiso penetrar en su pensamiento con esta patética pregunta:

-Entonces, ¿cuántos codos de altura cree usted que puede tener?

Un poco más tarde, ella se las arregló para oír a Smythe, que hablaba mucho menos que su compañero y que decía concretamente:

-Por mi parte, no creo que haya mucha diferencia después de que haga usted su declaración. Ha habido aquí motines cuando no teníamos tropas suficientes, pero no hay motines cuando las tenemos. Esto es todo.

-¿Y cuál es nuestra situación en los momentos presentes? -preguntó gravemente el gobernador.

-Nuestra situación es detestablemente mala, si quiere que le hable con sinceridad -rezongó el otro con voz profunda-. No se ha hecho nada para adiestrar a los nombres, porque, a mi juicio, los ejercicios de fusil que han realizado han sido como una especie de juego de salón con una cerbatana unas dos veces al año. Yo he puesto unos blancos detrás de la valla de olivos que hay allí, pero pasan otras cosas. Las municiones no son...

-Y en este caso -sonó la suave pero penetrante voz del señor Snow-, en este caso, ¿qué les ocurrirá a los Sunamitas?

Bárbara no tenía la menor idea de lo que iba a ser de ellos, pero creyó que podía tratarlo como una cuestión retórica. Se esforzaba por escuchar un poco más atentamente al venerable místico, pero solamente oía nuevos fragmentos de la conversación sobre política.

-¿Necesitamos realmente todos esos preparativos militares? -preguntó lord Tallboys con

alguna ansiedad-. ¿De manera que usted cree que los necesitamos?

-Puedo decirle -contestó Smythe con cierta aspereza- que los necesitaremos cuando usted haga pública su proclamación de razonable libertad.

Lord Tallboys hizo un brusco movimiento en su silla, como si interrumpiera aquella conferencia con alguna irritación; luego se desvió un poco, levantando un dedo y haciendo señas a su secretario, el señor Meade, quien se inclinó hacia él, y después de un breve coloquio se deslizó dentro de la casa. Liberada del esfuerzo de los asuntos del Estado, Bárbara volvió una vez más al turno de la Iglesia y de la misión de los Profetas. Tenía solamente una idea confusa de lo que el viejo sacerdote estaba diciendo, pero empezó a darse cuenta de que había en ello un indeterminado elemento poético. Por lo menos estaba lleno de cosas que agradaban a su fantasía, como los oscuros dibujos de Blake, prehistóricas ciudades y ciegos e incommovibles adivinos y reyes que aparecían cubiertos de piedras, como en sus sepulcros de las Pirámides. De una manera confusa comprendió por qué todos aquellos pétreos y rutilantes desiertos habían sido campo de juego de tantos cretinos. Y se enterneció un poco por el clérigo mentecato, y aún aceptó la invitación que la hizo de ir a su casa dos días después para ver los documentos y la prueba definitiva acerca de los Sunamitas. Pero aceptó sin tener más que una idea muy vaga sobre lo que él se proponía demostrarle.

El sacerdote le dio las gracias y dijo gravemente: -Si la profecía se realiza ahora, ocurrirá una gran calamidad.

-Yo creo -contestó ella con un poco de melancólica pedantería- que si la profecía no se realiza ocurrirá una calamidad aún mayor.

Todavía estaba hablando cuando hubo una agitación detrás de algunas de las palmas del jardín, y la pálida y débil cara de bobo de su hermano apareció en medio de las hojas de palmera. Un momento después vio, precisamente detrás de él, al secretario y al tutor: era evidente que su tío había mandado a buscarlo. Tom Traill daba la sensación de ser demasiado grande para sus trajes, lo cual no es extraño en quien en otras cosas está sin desarrollar. Se parecía, sin embargo, a las demás personas de su familia en el pelo negro y lacio, que llevaba torcidamente peinado, y en su hábito de mirar por el rabillo de los ojos al extremo de la alfombra. Su tutor era un hombre grande, de un aspecto exterior desvaído y polvoriento y que, al parecer, tenía el nombre de Hume. Sus anchas espaldas estaban un poco arqueadas, como las de un cargador, aunque todavía no había llegado a la media edad. Su franco y severo rostro tenía una expresión un poco cansada, como puede comprenderse, teniendo en cuenta que enseñar los verbos defectivos no es siempre un regocijado juego de salón.

Lord Tallboys tuvo una breve y amable conversación con el tutor, al que hizo varias preguntas sencillas, y dio una pequeña disertación sobre educación, siempre muy amablemente, pero acompañado del movimiento giratorio de sus manos. Por una parte, la facultad de trabajar era una necesidad de la vida, y no podía nunca ser totalmente evadida. Por otra parte, sin una razonable proporción de placer y descanso, todo trabajador sufriría. Por una parte... Y entonces llegó el momento en que aparentemente se realizó la profecía, y un accidente lamentabilísimo ocurrió en el té del gobernador.

Porque el muchacho prorrumpió bruscamente en una especie de agudo cacareo y empezó a sacudir sus manos de modo parecido a las aletas de un pingüino, repitiendo una y otra vez: «Sobre una mano. Sobre otra mano. Sobre una mano. Sobre otra mano. Sobre una

mano. Sobre otra mano...» ¡Bravo!<sup>2</sup>

-¡Tom! -gritó Olive con un agudo acento de agonía. Y sobre todo el jardín se extendió por unos segundos un silencio espantoso.

-Vamos a ver -dijo el tutor con un razonable tono bajo, pero que en aquel silencio resonó como una campana-. No creerá usted que posee tres manos. ¿Puede usted tenerlas?

-¿Tres manos? -repitió el muchacho, y añadió después de un silencio-: ¿Cómo podría tenerlas?

-Tendría que ser en el medio, entre las otras dos, como la trompa de un elefante -continuó el tutor con el mismo tono de conversación-. ¿Le agradecería a usted tener la nariz tan larga como un elefante, que pudiera moverla a este lado y a este otro y coger cosas de la mesa del almuerzo sin necesidad de soltar el cuchillo y el tenedor?

-¡Oh, está usted loco! -exclamó Tom con una especie de explosión, en la que había un extraño matiz de triunfo.

-No soy la única persona que hay en el mundo, querido amigo -replicó el señor Hume.

Bárbara estaba de pie, con la vista fija, como si escuchase esta extraordinaria conversación en aquel mortal silencio y en aquel altamente inadecuado marco social. Pero lo más extraordinario de todo lo que ocurría era que el tutor decía aquellas extravagancias y aquellas incongruencias sin que su rostro se alterara.

-¿Y qué no le diría yo -añadió con la misma profunda e indistinta voz- del experto artista que pudiese arrancar sus propias muelas con su nariz? De eso le hablaré mañana.

Continuaba siendo confuso y serio, pero había logrado con su treta lo que se proponía. El muchacho fue distraído de la burla de su tío con una absurda imagen, lo mismo que un chico se distrae de su rabieta con un nuevo juguete. Tom contemplaba en aquellos momentos a su tutor y le seguía a todas partes con la mirada. Y tal vez no era el único miembro de su familia que así lo hacía, porque el tutor, pensaba Bárbara, era ciertamente una persona muy original.

Aquel día ya no se habló más de política, pero al día siguiente hubo algunas noticias referentes a ella.

A la mañana siguiente fueron colocadas las proclamas por todas partes, anunciando el justo, razonable y aun generoso compromiso que el Gobierno de Su Majestad ofrecía como una serena y última liquidación de los importantes problemas sociales de Polybia y Egipto Oriental. Y a la tarde siguiente corrió a través de la ciudad la noticia de que el vizconde Tallboys, gobernador de Polybia, había sido asesinado de un tiro al final de la hilera de olivos, en la esquina del muro.

### **3.- EL HOMBRE QUE NO ABORRECÍA**

Inmediatamente después de abandonar el pequeño grupo del jardín, Tom y su tutor fueron a prepararse para la comida de la noche, porque mientras el primero vivía en la

---

<sup>2</sup> El autor hace un juego de palabras intraducible. Lord Tallboys tiene la muletilla: «On the hand, on the other hand», que se traduce: «Por una parte, por otra parte», aunque su traducción literal sería: «Sobre una mano, sobre otra mano». Y esto es lo que imita su sobrino.

casa del Gobierno, el segundo tenía una especie de pabellón o pequeño «bungalow» levantado en la colina, detrás de los árboles más elevados. El tutor decía en privado lo que todo el mundo había esperado con indignación que dijera en público, y reconvenía al joven para poner de manifiesto su espíritu de imitación.

-Bueno, yo no quería hacer como él -dijo Tom escarmentado-. Quería darle en las narices.

-Difícilmente podrá usted darle en la nariz -dijo el señor Hume suavemente-. Esto me recuerda una vieja historia de un hombre a quien le pegaron en la nariz.

-¿Una historia? -preguntó el muchacho con espíritu infantil.

-Puede que se la cuente mañana -replicó el doctor, y empezó a trepar por el escarpado sendero que conducía a su morada.

Era un pabellón construido en su mayor parte con bambú y ligero maderaje, con una galería que le rodeaba en el exterior, desde la cual se podía ver todo el distrito extendido como un mapa; los rectángulos grises y verdes de la casa del Gobierno y los campos; la senda que iba directamente hacia la baja valla del jardín y paralela a la hilera de hoteles; el solitario sicómoro que rompía la línea en un punto, y más lejos y a lo largo, la apretada fila de los olivos, como un quebrado claustro, y después otra puerta y luego la esquina de la tapia, detrás de la cual se extendían los pardos desniveles del desierto, remendado aquí y allá de verde, donde el terreno parece parte de algunas nuevas obras públicas o de las rápidas reformas del subgobernador en la organización militar. Todo aquello se extendía debajo de él como una nube ampliamente coloreada en el breve resplandor crepuscular de aquella puesta de sol oriental; luego quedó todo esto envuelto rápidamente en una purpúrea oscuridad, en la que las brillantes estrellas se extendieron sobre su cabeza y parecían más cerca de él que las cosas de la tierra.

Permaneció unos momentos en la galería, mirando hacia abajo, al oscuro paisaje, con sus embotadas facciones reunidas en un fruncimiento de curiosa expresión. Luego entró en la habitación donde él y su discípulo habían trabajado todo el día, o, por decirlo mejor, donde lo había hecho él para inducir a su discípulo a que se hiciese a la idea del trabajo. La habitación estaba un poco desnuda, y los escasos objetos que había en ella eran algo extraños y vanados. Varias estanterías mostraban los lomos de anchos y coloreados libros que contenían los versos de los principales poetas franceses y latinos. Un cuelgapipas, del que pendían varias torcidas, daba la inevitable pincelada del cuarto del soltero. Una caña de pescar y una escopeta de dos cañones estaban apoyadas, polvorientas y en desuso, en un rincón, porque hacía mucho tiempo que este hombre, en otros aspectos alejado de los deportes de sus compatriotas, se había consentido aquellas dos chifladuras principalmente por razón de realizarse en soledad. Pero lo más curioso de todo era el escritorio y el entarimado, donde estaban esparcidos en desorden diagramas geométricos tratados de una manera poco frecuente entre los geómetras, porque las figuras estaban adornadas con absurdos rostros y piernas saltarinas, como acostumbra a añadir los colegiales a los cuadros y triángulos que pintan en la pizarra. Pero los diagramas estaban pintados con mucha exactitud, como si el dibujante tuviera un ojo muy seguro y sobresaliese en todo cuanto dependiera de este órgano.

John Hume se sentó en su escritorio y empezó a dibujar más diagramas. Poco después encendió una pipa y se puso a estudiar lo que había dibujado, sin abandonar su escritorio ni sus preocupaciones. Así pasaron las horas, en medio de un impenetrable silencio que rodeaba esta ermita de la colina, hasta que las distantes melodías de una ruidosa banda

llegaron desde abajo, como señal de que había empezado ya un baile en la casa del Gobierno. Él sabía que se bailaba allí aquella noche, pero no puso ninguna atención. No era sentimental, pero algunas de las tonadas agitaban en él casi mecánicos recuerdos. La familia de los Tallboys era un poco chapada a la antigua, aun en aquellos tiempos algo avanzados, y no pretendían ser más demócratas de lo que eran. Trataban bien a sus dependientes, pero no se llamaban liberales porque arrastrasen a sus sicofantes dentro de su sociedad. Por esta razón nunca había cruzado por la mente del secretario ni del tutor que el baile de la casa del gobernador tuviera nada que ver con ellos. También ellos estaban chapados a la antigua en cuanto al baile mismo, y el tiempo tampoco había pasado en balde. Precisamente los nuevos bailes habían empezado en sus tiempos a abrirse paso, y nadie había soñado en la primitiva y variada soledad de nuestras nuevas modas, por las que una persona tenía que bailar toda la noche con la misma pareja una idéntica danza. Todo este sentido material y moral de la distancia en los antiguos lánguidos valeses danzaba a través de su subconsciencia, y tuvo que admitir las nuevas danzas comprendiendo pronto que correspondían a la época.

Le pareció por un momento como si, levantándose a través de la niebla, la tonada tomara perfiles y color y saltara violentamente dentro de su habitación con la corpórea presencia de un cantar; los azules y verdes del dibujo de su traje eran como notas de música que fueran a condensarse en un grito, un grito de su lejana juventud, que él había perdido o no conoció nunca. Una princesa que volase desde la tierra de los encantos no le habría parecido más irreal que aquella muchacha que venía de la sala de baile, aunque conocía perfectamente que era la hermana más joven de su discípulo y que el baile estaba a unos cientos de metros de distancia. Su rostro era de idéntica palidez al de los que se consumen a través de un sueño, y él mismo se sentía tan inconsciente como un soñador, porque Bárbara Traill ignoraba curiosamente la máscara de belleza que tenía su alma de muchacho. Se la había considerado siempre como la menos atractiva de las hermanas, y su disgusto la había hecho creerse el patito feo.

Pero como nada expresaba en el sólido hombre que estaba ante ella el choque que sufriría en su mente, la joven apenas sonrió. Esto, por otra parte, era característico en ella, como lo era hablar sin consideraciones, lo que hizo en aquel momento refiriéndose algo cruelmente a su hermano:

-Tengo miedo de que Tom sea muy rudo con usted -dijo-. Y lo siento mucho. ¿Cómo cree usted que progresa?

-Yo pienso lo que dice la mayoría de la gente -replicó lentamente al cabo de un momento-. Pero necesita disculparse por su educación más que usted por su familia. Siento lo que ha ocurrido por su tío, aunque ustedes sabrán comprender. Tallboys es un hombre muy distinguido y puede considerar lo ocurrido desde el punto de vista de la dignidad, pero yo tengo que mirarlo desde el puesto que ocupo. No deben atormentarse por él. Irá todo perfectamente bien si lo comprenden, y todo se reduce a perder un poco de tiempo.

Ella escuchaba, o no, con su característico ceño de preocupación. Había tomado la silla que él le ofreció sin darse aparentemente cuenta de ello, y tenía clavada la mirada en los cómicos diagramas, aunque, al parecer, no los veía. Indudablemente, él podía suponer muy bien que la joven no le escuchaba por completo, pues sus palabras siguientes se referían totalmente a otro asunto; pero era con frecuencia en ella un hábito el mostrar de este modo fragmentos de su pensamiento, y había más método en aquel zig-zag embrollado de lo que mucha gente creía. De cualquier forma, exclamó ella de pronto, sin

levantar sus ojos de los ridículos dibujos que tenía delante:

-Me encontré hoy con un hombre que iba a la casa del Gobierno. Era un hombre grande con una barba rubia larga y un monóculo. ¿Sabe usted quién es? Lanzó toda clase de truculencias contra Inglaterra.

Hume se miró los pies y metió las manos en los bolsillos con la expresión del hombre que va a ponerse a silbar. Luego clavó su mirada en la muchacha y dijo lentamente:

-¡Vamos! ¿Ha vuelto otra vez? Sí, le conozco; le llaman el doctor Gregory, pero creo que viene de Alemania, aunque con frecuencia pase por inglés. Es un hombre turbulento, y dondequiera que va hay una revuelta. Algunos dicen que nosotros mismos lo hemos utilizado alguna vez, y creo, en efecto, que él ofreció sus servicios un día a nuestro Gobierno. Es un tipo muy hábil y sabe una cantidad enorme de cosas acerca de estas regiones.

-¿Se imagina usted -dijo ella ásperamente- que yo creo en ese hombre y en las cosas que dice?

-No -dijo Hume-. Yo no creeré tampoco en ese hombre, ni aunque usted crea las cosas que él dice.

-¿Qué piensa usted? -preguntó la joven.

-Francamente, yo pienso que es un mal hombre -dijo el tutor-. Ha conseguido una reputación bastante mala respecto a las mujeres. Y no entraré en detalles, pero ha ido dos veces a la cárcel por soborno y perjurio. Solamente le diré que no crea nada de lo que pueda decirle.

-Se atrevió a decir que nuestro Gobierno falta a sus palabras -dijo Bárbara con indignación.

John Hume quedó callado. Algo en este silencio le pareció violento, y replicó con lógica:

-¡Oh, por Dios santo, dígame usted alguna cosa! ¿Sabe usted que ese hombre se atrevió a decirme que durante la expedición de lord Jaffray alguien mató a un niño a tiros? Yo no creo lo que ellos dicen de que Inglaterra es fría y dura y qué sé yo; me parece que es un prejuicio que tienen. ¿No podríamos evitar esas salvajes y siniestras mentiras?

-Sí-replicó Hume algo fatigosamente-, nadie puede decir que Jaffray fuera frío y duro. La excusa de todas esas cosas es que se encontraba completamente embriagado.

-Entonces, ¿he de creer las palabras de ese embustero? -dijo ella con altivez.

-Es, efectivamente, un embustero -contestó el tutor tristemente-. Y es una situación peligrosa para la Prensa y para el público cuando solamente los embusteros dicen la verdad.

Algo de gran importancia dentro de su malhumor dominó por el momento su desalentado resentimiento, y añadió con tono tranquilo:

-Entonces, ¿usted cree en esta petición de independencia?

-No hago muy bien creyéndolo. Encuentro muy difícil de creer que este pueblo no pueda vivir ni alentar sin sufragio, cuando ha vivido tranquilamente sin él durante cincuenta siglos, en tiempos en que tenían toda la región bajo su sola ley. Un Parlamento puede ser una buena cosa, como un sombrero de copa puede serlo igualmente, y seguramente su tío lo cree así. Nosotros podemos querer o aborrecer nuestros sombreros de copa. Pero si un turco salvaje me dice que tiene un innato derecho al sombrero de copa, yo no podré por

menos de contestarle: «Y entonces, ¿por qué diablos no se compra usted uno?»

-Me parece que no se preocupa usted mucho por los nacionalistas -dijo ella.

-Sus políticos son con frecuencia pérfidos, pero no son los únicos que lo son. He aquí por lo que me veo forzado a adoptar una posición intermedia, una especie de benévola neutralidad. Parece, sencillamente, que se trata de elegir entre un montón de malditos tunantes y un conjunto de bobos condenados y de idiotas. Como usted ve, yo soy un moderado.

Y sonrió un poco por primera vez, y su serio rostro se alteró repentinamente, mejorando. Ella se decidió entonces a decir, con un tono más amistoso:

-Bueno, tenemos que prevenir un ataque violento. No querrá usted que todo nuestro pueblo sea asesinado.

-Únicamente querría que fuera un poco asesinado -contestó él, sonriendo aún-. Sí, así lo creo. No demasiado, sin embargo; es cuestión de tener el sentido de la medida.

-Está usted diciendo cosas disparatadas -dijo ella-, y las personas de nuestra posición no pueden permitirse decir ningún disparate. Harry habla de que podemos vernos en la necesidad de hacer un escarmiento.

-Ya sé -contestó el tutor-. Él hizo varios cuando gobernaba aquí, antes de que viniera lord Tallboys. Era severo, muy severo. Pero me parece que habría algo mejor que hacer un escarmiento.

-¿Como qué?

-Dar el ejemplo -dijo Hume-. ¿Qué me dice usted de nuestros propios políticos?

Ella indicó, sin contestarle:

-¿Y por qué no hace usted algo?

Pasó un rato en silencio. Luego él lanzó un hondo suspiro.

-¡Ah, ahí ve usted! Yo no puedo hacer nada. Yo soy un inútil, natural e inevitablemente inútil. Sufro una mortal debilidad.

Bárbara sintió un terror súbito al tropezar su mirada con los ojos descoloridos y vacíos de él.

-Yo no puedo odiar -dijo-, no puedo encolerizarme.

Había en su ponderada voz algo que parecía lleno de sonoridades, como la caída de una caja de piedra dentro de un sarcófago. Bárbara no protestó, pero en lo más hondo de su subconsciencia se abrió una desilusión. Se daba cuenta a medias de la profundidad de su extraña confianza, y sintió lo mismo que uno que hubiera cavado en el desierto hasta construir un pozo muy profundo y lo encontrara seco.

Entonces Bárbara salió a la galería y se dirigió a su casa, contemplando el jardín y su plantación, que parecían grises a la luz de la luna, y una especie de velo grisáceo se extendió sobre su propio espíritu, una disposición de ánimo de fatalismo y de sordo temor. Por primera vez se dio cuenta de que un occidental en aquellas regiones de Oriente era como la desnaturalización de la Naturaleza. La baja y desmedrada vegetación del higo chumbo no era como la verde vegetación de su patria, en la que colgaban hermosas flores de ligeros tallos como mariposas suspendidas en el aire. Más bien era un mundo de plantas tan planas y lisas como piedras. Ella odiaba la peluda superficie de los raquíuticos y entumecidos árboles de aquel grotesco jardín, con penachos aquí y allí que invitaban a

su fantasía y que cosquilleaban su rostro si pasaba cerca. Sintió que hasta aquellas grandes y arrugadas flores lanzarían si se abrieran un fétido olor. Tenía la sensación latente de un desmayado olor horrible, extendido sobre todas las cosas tan ligeramente como la desmayada luz de la luna. Y como ese pensamiento le hizo sentir un escalofrío muy profundo, levantó la mirada y vio algo que no era planta ni árbol, aunque parecía colgado, silencioso en el silencio y que tenía el sin igual horror de un rostro humano. Era un rostro muy blanco, pero barbado de oro, como las estatuas griegas de oro y marfil, y que tenía en las sienes dos rizos de oro que podían haber sido los cuernos de Pan.

En el primer momento esta inmóvil cabeza podía, sin duda, tomarse como la de una de las estatuas de los dioses del jardín, pero al instante ya tenía piernas y vida y caminaba por el sendero detrás de ella. Bárbara se había separado bastante del pabellón y no estaba lejos de los iluminados terrenos de la casa del Gobierno, desde donde llegaban los acordes de la música, más fuertes a medida que caminaba. No obstante, se volvió e hizo frente al que la seguía, mirándole desesperadamente a la cara, que reconoció. Había abandonado su fez rojo y su negra levita, y estaba completamente vestido de blanco, como muchos tropicales; pero eso le daba a la luz de la luna como una pincelada de plata que le hacía parecer un arlequín espectral. Según avanzaba, ajustó en su ojo el reluciente disco del monóculo, y este gesto fue el que la reveló en un instante lo que había huido ya de su débil memoria. El rostro en reposo de aquel hombre era tranquilo y clásico, y podía ser más bien la máscara de piedra de Jove que la de Pan. Pero el monóculo recogía sus facciones como dentro de un gesto de burla, y parecía unir más sus ojos. De pronto, en aquel mismo momento, Bárbara comprendió que él era tan alemán como inglés, y aunque ella no tenía prejuicios antisemitas, sintió, sin embargo, que en aquella escena había algo tan siniestro entre un cristiano y un judío como pudiera haberlo entre un blanco y un negro.

-Nos hemos encontrado bajo un cielo todavía más hermoso -dijo él, y ella ya no pudo oír lo que siguió hablando. Frases rotas de lo que había oído recientemente daban vueltas en desorden dentro de su imaginación; sencillas palabras sueltas, como «reputación» y «cárcel», y retrocedió para aumentar la distancia, pero dirigiéndose en sentido opuesto al que llevaba al encontrarle. Después, ella recordaba con dificultad lo que había sucedido: él había dicho otras cosas; había tratado de detenerla; una impresión instantánea de fuerza estrujadora y dislocadora, como de un chimpancé, que la hizo lanzar un grito. Luego dio un traspies y corrió, pero no en la dirección de la casa de sus parientes.

El señor John Hume saltó en su silla más rápidamente de lo que era su costumbre y fue a reunirse con alguien que daba traspies en lo alto de la escalera exterior.

-Mi querida niña -dijo, y puso una mano sobre sus hombros estremecidos, dando y recibiendo una extraña y viva emoción, como una apagada descarga eléctrica. Luego dio un salto, y corriendo rápidamente pasó por su lado. Había visto a la luz de la luna alguna cosa que se alejaba, y sin bajar los escalones pasó por encima de la barandilla, rugiendo, y se le vio erguido entre la salvaje y enmarañada vegetación. Entre Bárbara y el rápido drama que siguió había una pantalla de anchas hojas que se movían de un lado a otro, pero ella vio al resplandor de la luna que el tutor se lanzaba a través de la senda contra la figura de blanco, y oyó el choque de los golpes y vio patadas como dadas por catapultas. Vio como una rueda de piernas y brazos, igual que las armas de la Isla de Man, y luego brotó de la oscuridad y del centro de la maleza un chorro de imprecaciones en una lengua que no era inglesa ni alemana, pero que se grita y se habla en todos los «ghettos» del mundo. Una cosa extraña se fijó en su turbada imaginación, y fue que cuando la figura



vestida de blanco se levantó tambaleándose y fue a hundirse, desapareciendo en la falda de la colina, el blanco rostro y los ademanes furiosos de maldición iban dirigidos, no hacia su contrincante, sino hacia la casa del gobernador.

El tutor tenía fruncido gravemente el ceño cuando subió los escalones de la galería, como si estuviera preocupado con alguno de sus problemas geométricos. Ella le preguntó un poco desordenadamente qué es lo que había hecho, y él contestó con su ponderada voz:

-Creo que le he medio matado. Pero ya habrá visto usted que tengo en mi favor unas pulgadas más que él.

Ella sonrió algo nerviosamente y exclamó:

-Decía usted que no podía encolerizarse.

Luego, de pronto, se quedaron hieráticos y callados, y con una necia formalidad la acompañó pendiente abajo hasta las mismas puertas de la sala de baile. El cielo, a través del verde follaje de las pérgolas, era de un lívido color violeta o de una especie de azul que parecía bañado de rojo, y los peludos filamentos de los anchos troncos de los árboles les recordaban a esos monstruos marinos de juguete que se dan a los niños.

Rodeaba a la pareja algo que iba más allá de sus palabras y hasta de su silencio. El aún se arriesgó a decir que hacía una hermosa noche.

-Sí -contestó ella-, es una hermosa noche.

Y sintió instantáneamente como si hubiera traicionado algún secreto.

Atravesaron los jardines interiores y llegaron a la puerta del vestíbulo, que estaba atestado de uniformes y trajes de noche. Se separaron allí con la más extremada formalidad, y aquella noche ninguno de los dos pudo dormir.

#### **4. - EL DETECTIVE Y EL CLÉRIGO**

Hasta la mañana siguiente, como hemos dicho, no se conoció la noticia de que el gobernador había caído por un disparo efectuado por una mano desconocida. Y Bárbara Traill recibió la noticia más tarde que muchos de sus amigos, porque había salido un poco precipitadamente aquella mañana para un largo paseo a través de las ruinas y plantaciones de palmeras de los alrededores. Llevó consigo una especie de cesto de la merienda, pero a pesar de lo ligero que era su equipaje, podía decirse con certeza que fue a desempaquetarlo lejos, después de una larga escala. Iba a desarrollar una especie de invisible impedimenta que tenía acumulada en su memoria, y especialmente sus recuerdos de la noche anterior. Esta clase de impetuoso deseo de soledad era característico en ella, y esta vez tuvo un inmediato efecto venturoso, ya que las primeras noticias fueron muy malas, y cuando ella volvió lo peor había sido ya bastante modificado. Primero se dijo que su tío había muerto; luego, que se moría, y finalmente, que sólo estaba herido y que se tenían grandes esperanzas de salvarle. Bárbara anduvo con su cesto vacío, muy tiesa, por en medio del estruendo de las discusiones acerca de lo ocurrido, y pronto averiguó que las gestiones de la policía para el descubrimiento y persecución del criminal iban ya muy adelantadas. La investigación la llevaba un perspicaz oficial de facciones enjutas llamado Hayter, jefe del grupo de detectives, que era activamente secundado por el joven Meade, secretario del gobernador. Pero se

sorprendió mucho al encontrar a su amigo el tutor, en el centro mismo del grupo, contestando a las preguntas que le hacían acerca de su reciente aventura.

Inmediatamente sintió una oleada de subconsciente molestia cuando se dio cuenta de la materia objeto de estas preguntas. Los interrogadores eran Meade y Hayter, pero era significativo el que ellos acabasen de recibir la noticia de que sir Harry Smythe, con su característica energía, había detenido al doctor Paulus Gregory, el sospechoso extranjero de la gran barba. Preguntaban al tutor acerca de lo sucedido, y Bárbara sintió una furia secreta al encontrarse con que el asunto de la noche anterior se había convertido en un público problema de policía. Sintió lo mismo que si al levantarse aquella mañana se hubiera encontrado a todos los que almorzaban en el comedor hablando sobre un sueño muy íntimo que hubiera tenido en mitad de la noche. Porque, aunque ella llevó aquella visión consigo al dirigirse hacia las tumbas y las verdes malezas, lo sentía como algo tan íntimo suyo que era como si hubiera tenido esa visión en el desierto. El suave y moreno señor Meade estaba con ella particularmente insinuador. Y Bárbara se dijo, de un modo completamente absurdo, que siempre había odiado a Arthur Meade.

-Deduzco -decía el secretario- que tiene usted poderosas razones particulares para mirar a este hombre como a una persona peligrosa.

-Lo miro como una podredumbre, y siempre lo he hecho así -replicó Hume de manera algo huraña y como de mala gana-. Nos hemos dado unos cuantos golpes la noche pasada, pero esto no ha modificado nada mis opiniones, ni creo que tampoco las suyas.

-Pues me parece a mí que puede haber una considerable diferencia -insistió Meade-. ¿No es verdad que, además de a usted, amenazó particularmente al gobernador? Y luego se marchó colina abajo, hacia el lugar donde han disparado contra el gobernador. Es verdad que no dispararon contra él hasta pasado bastante tiempo, y que nadie ha visto al agresor; pero puede haber esperado dentro del bosque y luego, a favor de la oscuridad, escurrirse a lo largo del muro.

-Y haberse servido de un arma de fuego de esas que crecen en los árboles del bosque, me parece a mí -elijo sardónicamente el tutor-. Yo aseguro que no tenía ninguna escopeta o pistola consigo cuando le arrojé dentro de las chumberas.

-Parece que está usted hablando en defensa suya -dijo el secretario con una ligera mirada de desprecio-. Y, sin embargo, usted mismo dice que tiene un carácter del que hay que dudar.

-No lo creo así lo más mínimo -replicó el tutor con su impasibilidad acostumbrada-. No tengo, por lo que a mí se refiere, la menor duda acerca de él. Creo que es un relajado, embustero y depravado bravucón y charlatán, y un truhán sensual y egoísta; pero estoy seguro de que él no ha disparado contra el gobernador, y que ha sido otro el que lo ha hecho.

El coronel Hayter dirigió una mirada perspicaz al declarante y habló a su vez por primera vez:

-¡Ah! ¿Y qué cree usted exactamente acerca de eso?

-Creo lo que he dicho -contestó Hume-. Precisamente porque es un bergante es por lo que no ha cometido esta especie de bellaquería. Los agitadores de su tipo no hacen nunca esas cosas por sí mismos; incitan a otras personas, celebran reuniones, y después se despiden de los concurrentes y se desvanecen y van a hacer la misma cosa en otro sitio. Son personas de otra clase las que se disponen a correr los riesgos de representar el papel de

Bruto o de Carlota Corday. Pero, además, encuentro que hay otros dos signos de patente evidencia, los cuales purifican completamente a ese tipo.

Metió dos dedos en el bolsillo de su chaleco, y lenta y reflexivamente sacó un pedazo de cristal redondo y aplastado con un trozo de cordón roto.

-Recogí esto en el lugar donde luchamos -dijo-; es el monóculo de Gregory, y si miran ustedes con él verán que no se puede ver nada, lo que demuestra que un hombre que necesita una lente tan fuerte como ésta no puede ver sin ella. Seguramente no podría ver lo suficiente para disparar desde una distancia tan lejana como la que hay desde el final de la pared hasta el sicómoro, que es el sitio desde donde se supone que ha partido el disparo.

-Efectivamente, eso puede ser un dato en favor suyo -dijo Hayter-, aunque el hombre podía tener muy bien otra lente consigo. ¿Dice usted que tiene una segunda razón para pensar que ese hombre es inocente?

-La segunda razón -dijo Hume- es precisamente que sir Harry Smythe le ha detenido.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Meade intencionadamente-. Porque ha sido usted mismo quien nos ha traído el mensaje de sir Harry.

-Y tengo miedo de haberlo transmitido algo imperfectamente -dijo el otro con su voz serena-. Es completamente cierto que sir Harry ha detenido al doctor, pero lo ha hecho antes de oír hablar del atentado contra lord Tallboys. Le ha detenido precisamente por celebrar una reunión sediciosa a cinco millas de distancia, en Pentápolis, en la que pronunció un elocuente discurso, justamente en los momentos en que Tallboys era herido ahí, en la esquina del camino.

-¡Buen Dios! -exclamó Meade mirándole fijamente-. Parece como si supiera muchas cosas acerca de este asunto.

El algo adusto tutor levantó su cabeza y miró directamente al secretario con mirada firme, aunque algo contrariada.

-Acaso sepa un poco acerca de él -dijo-; en todo caso, estoy completamente seguro de que Gregory posee una buena coartada.

Bárbara había escuchado esta curiosa conversación con atención confusa y un poco penosa, pero como la acusación contra Gregory parecía desaparecer, una nueva emoción íntima comenzó a abrirse camino hacia el exterior. Empezó a darse cuenta de que había deseado, no por mala voluntad particular hacia él, sino porque ello explicaría y arreglaría por completo el incidente y lo alejaría de su mente junto con otro pensamiento turbador apenas consciente. Y ahora que el criminal se había convertido de nuevo en una sombra innominada, empezó a obsesionar su imaginación con espantosas sugerencias de identificación y tenía espasmos de miedo, en los que la sombría figura poseía de pronto un rostro.

Como ya hemos hecho notar, Bárbara Traill era algo morbosa acerca de su hermano y de la tragedia de los Traill. Devoradora de libros, fue de esa clase de escolares a los que se encuentra siempre en un rincón con un libro. Esto quiere decir, en general, dadas las modernas condiciones de vida, que leía a veces con frecuencia aquello que no podía comprender en lugar de leer lo que sí entendía. Encerraba en su mente una mezcla de ciencia popular acerca de la herencia y del psicoanálisis, y todo el rumbo de su cultura tendía a hacerla completamente pesimista. Las personas que están en esta disposición de ánimo nunca tienen la menor dificultad en encontrar razones para sus peores aprensiones.

Y era suficiente para ella pensar que la misma tarde antes del atentado cometido contra su tío éste había sido públicamente insultado, y aun insensatamente amenazado por su hermano.

Esta clase de venenos psicológicos trabajan cada vez más profundamente dentro del cerebro. Las cavilaciones de Bárbara tenían ramificaciones y espesuras, como un bosque sombrío, y no dejaba de pensar que un muchacho embotado y sin desarrollar era efectivamente un maniático y un asesino. Las absurdas generalizaciones de los libros que había leído le impulsaban cada vez más. Si era así su hermano, ¿por qué no había de serlo su hermana? Y si era así su hermana, ¿por qué no había de serlo ella misma? Su recuerdo exageraba y retorció la conducta distraída de su hermana la tarde anterior en el jardín, hasta llegar casi a imaginar que Olive había destrozado las flores con los dientes. Como ocurre siempre con semejantes desequilibradas inquietudes, toda clase de accidentes toman una terrible significación. Su hermana había dicho: «¿Y no nos ha ocurrido también algo especial a todos nosotros?» ¿Qué quería decir esto sino que la familia estaba atormentada? Hume mismo había dicho que no era él el único loco entre los presentes. ¿Qué otra cosa podía significar? El mismo doctor Gregory había dicho, hablando con ella, que su raza estaba degenerada. ¿No querría decir con ello que su familia también lo estaba? Después de todo, era un médico, aunque fuera un malvado. Cada una de aquellas odiosas coincidencias le producía una sacudida espiritual, hasta tal punto que casi gritaba cuando pensaba en ello. Mientras tanto, el resto de su imaginación daba vueltas dentro del círculo de hierro de su lógica infernal. Se decía una y otra vez que ella era un caso patológico, y eso era, sencillamente, porque estaba loca. Pero no lo estaba ni mucho menos: era solamente muy joven, y hay millares de jóvenes que atraviesan periodos de pesadillas semejantes, y nadie lo sabe ni lo remedia.

Sin embargo, se movía con un curioso impulso en busca de ayuda; el mismo impulso que la había empujado en la fría claridad de la luna hacia la cabaña de madera que estaba en lo alto de la colina. Y en aquellos momentos subía de nuevo la colina cuando se encontró con John Hume, que bajaba.

Bárbara arrojó de sí todos sus temores y sospechas familiares en un desbordamiento, del mismo modo que se había desprendido de todas sus dudas y protestas patrióticas, con una confusa confianza que descansaba sobre un razonamiento no definido, pero del que, sin embargo, estaba segura.

-Así ha sido -dijo ella, como poniendo un final a su impetuoso monólogo anterior-. Empiezo a estar completamente segura de que el autor es el pobre Tom; pero esta vez siento que yo misma podía haberlo hecho.

-Bueno, eso es bastante lógico -admitió Hume-. Es casi tan insensato decir que usted es culpable como que Tom lo es. Y aproximadamente tan razonable decir que el arzobispo de Canterbury es tan culpable como cualquiera de ustedes dos.

Ella intentó explicar sus elevadas sospechas científicas acerca de la herencia, y su impresión era muy marcada hasta el punto de lograr, por lo menos, despertar a aquella considerable y flemática persona a una especie de animación.

-¡Que el diablo se lleve a todos los doctores y hombres de ciencia! -exclamó-. O más bien, que el diablo se lleve a todos los novelistas y periodistas que hablan acerca de lo que ni los mismos doctores entienden. Las gentes regañan a las antiguas nodrizas por asustar a los niños con duendes, que muy pronto se convertían en objeto de burlas. ¿Qué habrá que hacer con las nuevas nodrizas, que dejan que los niños se asusten a sí mismos

con esos negros duendes a los que creen necesario tomar en serio? Querida niña, todo eso tiene tanto que ver con su hermano como con usted. Él es solamente lo que se llama un neurótico protegido, que es una manera un poco más complicada de decir que tiene la piel un poco dura y que el barniz de la escuela no quiere adherirse a ella y se escurre, como se escurre el agua del lomo de los patos. Tanto mejor para él, que a la corta o a la larga es tan apto como cualquier otro. Y, aun suponiendo que se quede un poco más infantilizado que el resto de nosotros, ¿hay algo en un niño que sea especialmente terrible? ¿Se estremece usted cuando piensa en su perro únicamente porque está contento y la acaricia y porque todavía no pueda enunciar la proposición cuarenta y ocho de Euclides? Si eso ocurre en un perro, no hay ningún mal. Si ocurre en un niño, no lo hay tampoco. Aun suponiendo que se quede infantilizado, no habrá mal. ¿No ha deseado usted alguna vez que todos pudiéramos continuar siendo niños?

Ella era de esas personas que se agarran a todas las nociones y sugerencias tal como vienen, una tras otra, y por eso permaneció silenciosa, mientras su imaginación trabajaba como un molino. Fue él quien rompió el silencio, hablando de nuevo y más ligeramente.

-Es como lo que dijimos ayer acerca de un escarmiento. Yo creo que el mundo es demasiado solemne y severo en sus castigos, y sería mucho mejor si estuviera gobernado como un cuarto destinado a los niños. Las personas no necesitan trabajos forzados ni penas de muerte y todo lo demás. Lo más que necesita la gente son unos coscorrónes o que le manden a la cama. ¡Qué broma no sería coger a un millonario poco escrupuloso y ponerlo en un rincón! Sería el castigo apropiado.

Entonces habló ella de nuevo, y en su tono había algo de alivio, de renovada curiosidad.

-¿Qué hace usted con Tom? -preguntó-, ¿y qué significan todos esos cómicos triángulos?

-Me hago el bobo -repuso él gravemente-. Lo que él necesita es tener su atención despierta y fija, y las boberías se han hecho para los niños. ¿Sabe usted lo que les gusta siempre esas imágenes, como la de la vaca que salta hasta la luna? Ése es el efecto educador de los acertijos. Bueno, pues yo tengo que ser el acertijo, y he de mantenerle ansioso de saber lo que pienso o lo que haré más tarde. Ello requiere aparecer estúpido, pero es el único procedimiento.

-Sí -contestó ella lentamente-, hay algo terriblemente excitante en los acertijos... en toda clase de acertijos. Ese mismo viejo clérigo, con todos sus acertijos acerca de las Revelaciones, hace sentir que hay en ello algo vivo... Por cierto, creo que le prometimos ir a tomar el té con él esta tarde. Estoy en un estado que me olvido de todo.

Mientras hablaba vio a su hermana Olive que subía por el sendero ataviada con los inequívocos vestidos de visita y acompañada por su vigoroso marido, el subgobernador, que no acostumbraba a atender frecuentemente esa clase de funciones sociales. Bajaron juntos al camino, y Bárbara se sorprendió aún más al ver delante de ellos, por el mismo sendero, no solamente a la bruñida y charolada figura del secretario, señor Meade, sino también la silueta más angulosa del coronel Hayter. La invitación del sacerdote había sido, evidentemente, una amplia invitación.

El reverendo Ernest Snow vivía de una manera muy modesta en una de las casitas levantadas en hilera para los funcionarios del Gobierno. Por detrás de esta fila de hoteles corría el camino a lo largo de la tapia del jardín, pasaba junto al sicómoro y el grupo de olivos y finalmente por la esquina donde el gobernador había caído por el misterioso disparo. La senda orlaba el abierto desierto y tenía todo el carácter de un camino trazado por los rudos pies de los peregrinos del desierto. Pero yendo por el otro lado, por delante

de la hilera de casas, un viajero podía imaginarse perfectamente en cualquier suburbio de Londres: tan parecidas eran las ornamentales barandillas y tan semejantes los pórticos y los pequeños jardines de delante de las casas. Nada más que un número diferenciaba de las demás la vivienda del clérigo, y la entrada era tan estrecha que el grupo de invitados de la casa del Gobierno tuvo alguna dificultad para entrar por ella.

El señor Snow se inclinó sobre la mano de Olive con una ceremonia que le hizo parecer, con su blanco pelo, un empolvado aparecido del siglo XVIII, y con algo también que parecía en el primer momento un poco más difícil de definir. Algo que iba con la voz baja y con las oraciones de su profesión en determinados momentos. Su rostro estaba tranquilo, pero parecía que tenía una tranquilidad deliberada, y a despecho de su aspecto solemne, sus ojos estaban muy brillantes y fijos. Bárbara se imaginó de pronto que estaba dirigiendo un funeral cercano.

-No necesito decirle a usted, señora Smythe -dijo con el mismo suave acento- cuánta simpatía sentimos por ustedes en esta hora terrible. La muerte de su distinguido tío...

Olive Smythe le interrumpió, mirándole con un poco de insolencia:

-Pero si mi tío no ha muerto, señor Snow. Ya sé que se afirmó así en los primeros momentos, pero sólo ha recibido un tiro en una pierna, y ya trata de andar, aunque cojea.

Una sacudida que le transformó pasó por el rostro del clérigo, y rápidamente por sus ojos después, y a Bárbara le pareció que se le caía la dentadura, y que al reajustarla lo nacía con una mueca de congratulación completamente artificial.

-Mi querida señora -dijo sin aliento-, por este consuelo...

Y miró a su alrededor, a los muebles, con una mirada un poco vacía de sentido. Mientras tanto, no parecía comprobarse que el reverendo Ernest Snow se hubiera acordado de preparar el té, y más bien parecía que los preparativos que había hecho eran de otro orden tranquilizador. Las mesitas estaban cargadas con anchos libros, muchos de los cuales estaban abiertos, y en su mayor parte aparecían cubiertos de planos y dibujos, la mayoría arquitectónicos o arqueológicos, y algunos, al parecer, astronómicos y astrológicos, pero que en conjunto daban la impresión confusa de hechizos mágicos o de proceder de una librería de magia negra.

-Estudios apocalípticos -tartamudeó-. Es una de mis manías. Yo creía que mis cálculos... porque estas cosas han sido escritas para instruirnos.

Bárbara sintió en aquel momento una última punzada de asombro y de alarma, porque dos detalles se grabaron instantánea y simultáneamente en su conciencia. El primero era que el reverendo Ernest Snow había creído en la muerte del gobernador con una especie de solemne satisfacción, y que oía la noticia de su mejoría de modo muy diferente a la satisfacción. El segundo detalle es que hablaba con la misma voz que pronunciara una vez idénticas palabras desde la sombra del sicómoro, voz que sonaba en los oídos de Bárbara como un grito salvaje que pidiera sangre.

## **5.- LA TEORÍA DEL ASESINATO MODERADO**

El coronel Hayter, jefe de la policía, se dirigió hacia las habitaciones interiores con un movimiento que era casual, pero no accidental. Bárbara estaba, indudablemente, algo

sorprendida de que semejante personaje les hubiera acompañado a una visita puramente de sociedad, y en el mismo instante empezó a pensar en oscuras y algo increíbles posibilidades. El clérigo se había dirigido a uno de los libros que estaban abiertos y volvía las hojas del volumen con excitación febril, al mismo tiempo que rezongaba palabras incomprensibles. Parecía un hombre que estuviera buscando una cita sobre cuya exactitud hubiera sido desafiado.

-He oído decir que tiene usted un jardín muy agradable, señor Snow -dijo Hayter-. Me gustaría verlo.

Snow le miró por encima del hombro con cara espantada, y en los primeros momentos pareció incapaz de apartar su imaginación de lo que le tenía preocupado. Luego dijo agriamente, aunque un poco tembloroso:

-No hay nada que ver en mi jardín, absolutamente nada. Precisamente me asombraba...

-Le asombraba verme aquí, ¿verdad? -preguntó Hayter con indiferencia, encaminándose hacia la puerta cerrada. Había en su actitud tal resolución que los demás, inconscientemente, echaron a andar detrás de él; Hume, que precisamente estaba detrás del detective, le dijo en voz baja:

-¿Qué espera usted encontrar en el jardín del viejo?

Hayter le miró por encima del hombro con torva afabilidad.

-Espero encontrar tan sólo una especie de árbol del que nos ha hablado usted últimamente -dijo.

Pero cuando salieron a la limpia desnudez del estrecho jardín, el único árbol que vieron fue el sicómoro que se levantaba en medio del desierto trozo de terreno, y Bárbara recordó con otro inconsciente estremecimiento que éste era el lugar desde el cual calculaban los peritos que había sido hecho el disparo.

Hayter cruzó a grandes zancadas por el césped y se le vio detenerse junto al enmarañamiento de plantas tropicales que crecía al lado del muro y agacharse sobre ellas. Cuando se enderezó, se le vio que tenía en las manos un largo y pesado objeto cilíndrico.

-Aquí hay algo que ha caído del árbol que produce armas, y que usted nos dijo que crecía en estos lugares -dijo torvamente-. ¿No es gracioso que se encuentre un arma en el jardín posterior de la casa del señor Snow? Especialmente si se trata de una escopeta de dos cañones con uno de ellos descargado.

Hume miraba de hito en hito el arma que tenía en sus manos el detective, y por primera vez se reflejó en su impassible rostro una expresión de asombro, y aun de consternación.

-¡Demonio! -dijo suavemente-. Se me había olvidado eso. ¡Qué loco soy!

Algunos de los presentes, menos Bárbara, oyeron su extraña exclamación, pero ninguno pudo comprender su significado. De pronto giró en redondo y se dirigió al grupo en voz casi tan alta como si estuviera en una conferencia:

-Miren ustedes aquí -dijo-. ¿Saben lo que significa esto? Esto significa que el pobre viejo Snow, que está aún probablemente ajetreado con sus jeroglíficos va a ser acusado de intento de asesinato.

-Eso es un poco prematuro -dijo Hayter-, y tengo que decirle a usted, señor Hume, que se está entrometiendo en lo que es nuestra obligación. Pero le estoy agradecido por habernos llevado al buen camino cuando nos demostró que estábamos equivocados respecto del

otro individuo.

-Estaban ustedes equivocados acerca del otro individuo y lo está usted también acerca de éste -dijo Hume bárbaramente enfurecido-. Pero yo pude darles una prueba en el otro caso. ¿Qué prueba pueden darme ustedes ahora?

-¿Y por qué tenemos que darle ahora ninguna prueba? -preguntó el detective bastante turbado.

-Bueno, ya sé -dijo Hume-, y me regocija mucho ver que no necesitan dárme-la.

Transcurrió un momento de silencio, y Hume lo rompió al fin, diciendo con una especie de furia:

-¡Qué demonios! ¿No pueden ver ustedes que es necio ocuparse de este viejo loco? ¿No han visto ustedes que sólo le preocupan sus profecías de catástrofes, y que no hizo apenas caso cuando vio que antes no se le confirmaba lo que había supuesto?

-Hay circunstancias sospechosas mucho mejores que esos razonamientos -dijo Smythe brevemente-. Aquí hay una escopeta que estaba en el jardín, y precisamente al lado del sicómoro.

A estas palabras siguió un silencio, durante el cual Hume permaneció con la espalda inclinada y mirando a sus pies con el entrecejo fruncido y como agraviado. Luego, de pronto, levantó la cabeza y habló con una especie de explosión:

-Bueno, está bien; pero yo sí puedo darles a ustedes una prueba -dijo con una sonrisa alegre-. El que ha disparado contra el gobernador he sido yo.

Sobrevino un silencio, como si todos los presentes se hubieran convertido en estatuas, y durante unos segundos nadie se movió ni habló. Luego, Bárbara oyó su propia voz, que exclamaba en medio de aquel silencio:

-¡Oh, usted no lo ha hecho!

Y un momento después el jefe de Policía hablaba con una voz nueva y mucho más difícil:

-Quiero saber si está usted bromeando -dijo- o si en realidad se propone declararse autor del intento de asesinato de lord Tallboys.

Hume levantó una mano con un gesto de interrupción, algo así como lo que hace un orador en público. Todavía sonreía ligeramente, pero su actitud era ahora mucho más seria.

-Perdone usted-dijo-. Perdóneme. Déjeme que haga una distinción de gran importancia para mi propia estimación. Yo no traté de asesinar al gobernador, sino tirarle un tiro en la pierna, y se lo tiré.

-¿Qué quiere usted decir con eso? -exclamó Smythe con impaciencia.

-Lamento mucho parecer puntilloso -dijo Hume tranquilamente-. Tengo que aguantar reproches acerca de mi moral, como todos los demás miembros del mundo criminal, pero reproches acerca de mi puntería no puedo tolerarlos: es el único deporte en el que sobresalgo.

Recogió la escopeta de dos cañones antes de que nadie pudiera detenerle, y continuó diciendo rápidamente:

-¿Me permiten ustedes que llame su atención acerca de un punto técnico? Esta escopeta tiene dos cañones, y uno de ellos está aún sin descargar. Si un loco hubiera tirado contra



Tallboys a esta distancia sin matarlo, ¿no creen ustedes que, aun estando loco, hubiera disparado de nuevo, si era eso lo que se proponía hacer? Pero ahí tienen ustedes: no era eso lo que él se proponía.

-Me parece que fantasea usted mucho acerca de su puntería -dijo rudamente el subgobernador.

-¡Ah, es usted escéptico! -replicó el tutor con el mismo tono ligero-. Muy bien, sir Harry, usted mismo ha suministrado los aparatos para la demostración, y quiero aprovecharlos. Los blancos que debemos a su patriótica actividad están ya levantados, según creo, en el talud, precisamente detrás del final del muro.

Y antes de que nadie pudiera moverse había saltado a horcajadas sobre el pequeño muro del jardín, exactamente debajo de la sombra del sicómoro. Desde aquella altura podía ver la hilera de blancos que se extendía a lo largo de los límites del desierto.

-Supongamos que yo digo -dijo alegremente, con el tono de un orador popular-, que pongo esta bala en la diana del segundo blanco, pulgada más o menos.

El grupo pareció despertar de la sorpresa que le paralizaba. Hayter corrió hacia delante y Smythe reventó en una maldición:

-¡Ah, el condenado mentecato!...

Su voz se ahogó dentro de una sorda explosión, y en medio de los ecos de ella, el tutor saltó serenamente del muro.

-Si alguno quiere tomarse el trabajo de ir a ver -dijo-, creo que encontrará la demostración de mi inocencia, no, indudablemente, de haber disparado contra el gobernador, sino la de no haberle querido dar en ningún otro lado de donde le di.

Hubo otro silencio, y después, esta comedia de inesperados acontecimientos fue coronada con otro que lo era aún más, porque venía de una persona de la que, naturalmente, todos se habían olvidado.

La alta voz cacareante de Tom se oyó de pronto sobre el tumulto:

-¿Quién va a verlo? -decía-. ¿Por qué no van ustedes a verlo?

Fue casi como si hubiera hablado un árbol del jardín. Indudablemente, la excitación de aquellos sucesos había trabajado sobre este vegetativo cerebro desarrollándolo rápidamente, como ocurre con algunos vegetales ante las manipulaciones de la química. Y no fue esto todo, pues un momento después aquel vegetal tomó una gran fuerza animal y se lanzó a través del jardín. Todos vieron como un remolino de delgados miembros destacarse sobre el cielo cuando Tom Traill saltó el muro del jardín y fue corriendo sobre la arena hacia los blancos.

-¿Es que este lugar es una casa de locos? -exclamó sir Harry Smythe con el rostro más congestionado y una ráfaga de tristeza en la mirada, como si una enorme y oculta templanza se estuviera abriendo camino hacia la superficie.

-Venga usted, señor Hume -dijo Hayter con su más fría voz-. Todos le creen un hombre muy sensato. Se propone usted decirme seriamente eso de que alojó una bala en la pierna del gobernador sin ninguna razón concreta, y mucho menos por asesinarle...

-Lo hice por una excelente razón -contestó el tutor, cuya actitud era aún desconcertante-. Lo hice precisamente porque soy un hombre sensato. En efecto: soy un asesino moderado.

-¿Y qué demonios es eso?

-La filosofía de la moderación en el asesinato -continuó el tutor suavemente- es una cosa a la cual he prestado alguna atención. El otro día, sin ir más lejos, decía yo que muchas personas necesitan ser en parte asesinadas, especialmente aquellas que ocupan una posición política de responsabilidad. Así como decía que el castigo por ambas partes era en extremo severo. El más ligero matiz o «soupçon» de asesinato es cuanto se requiere para conseguir una corrección. Un poco más, y ya sería mucho; un poco menos, y el gobernador de Polybia habría muerto, como dice Browning.

-¿Pero de veras me pide usted que crea -bufó el jefe de Policía- que usted hace una profesión de disparar sobre las piernas izquierdas de los hombres públicos?

-No, no -dijo Hume con una especie de precipitada solemnidad-. El procedimiento, se lo aseguro a usted, está observado con particular atención. Si hubiera sido el canciller del Echiquier, habría elegido tal vez un sitio junto a su oreja izquierda, Y en el caso del presidente del Consejo, el lugar de la nariz era el indicado. Pero el objetivo es el principio general de que les ocurra «algo» a esas personas, para levantar sus dormidas facultades con un pequeño problema personal. Ahora bien: nunca ha habido un hombre -y repitió estas palabras con énfasis, como si se tratara de una demostración científica-, nunca ha habido un hombre más significado y señalado por la Naturaleza para ser algo asesinado que lord Tallboys. Con mucha frecuencia han sido asesinados otros hombres eminentes, y todos reconocieron que el hecho había sido justo, y el asunto quedó zanjado. Los habían asesinado, y ya no se volvió a pensar acerca de eso. Pero Tallboys es un caso notable; es mi jefe, y le conozco muy bien. Es realmente una buena persona. Es un caballero, es un patriota y, lo que es más importante aún, es verdaderamente un hombre liberal y razonable. Pero, por estar perpetuamente en el puesto que ocupa, deja que las costumbres aparatosas vayan en él de mal en peor, y hasta parece que crecen en él, como su inconfundible sombrero de copa. ¿Qué se necesitaba en este caso? Yo he decidido que bastaba con varios días de cama. Varias saludables semanas apoyándose en una sola pierna y meditando sobre la diferencia que hay entre él y el Altísimo, meditación que es tan agradable de hacer.

-No escuchemos más a este lunático -exclamó el subgobernador-. Si dice que disparó contra Tallboys, supongo que no hay más que hacer que detenerlo. Así debe comprenderlo también él.

-Al fin ha acertado usted, sir Harry -dijo Hume cordialmente-. Estoy despertando unas cuantas inteligencias dormidas esta tarde.

-No queremos oír más tiempo sus bromas -gritó Smythe con repentino enfurecimiento-. Le detengo a usted por intento de asesinato.

-Creo -contestó el sonriente tutor- que es usted el que bromea.

En ese momento Tom saltó el muro y rebulló nuevamente junto al sicómoro y penetró en el jardín jadeando y gritando alegremente.

-Era verdad. Era exactamente lo que él decía.

Durante el resto de la conversación, y hasta que el extraño grupo se dispersó por el jardín, el muchacho continuó mirando fijamente a Hume, tan fijamente como sólo un muchacho puede mirar a quien ha hecho alguna cosa notable en un juego. Pero cuando él y Bárbara volvieron juntos a la casa del Gobierno, aquélla, que estaba indescriptiblemente aturdida y confusa, encontró a su compañero curiosamente convencido con cierta opinión propia

que difícilmente lograba describir. No era exactamente que no creyera a Hume. Era más bien como si creyera lo que éste no había dicho, pero que él sospechaba.

-Es un acertijo -repetía Tom con terca solemnidad-. Es excesivamente aficionado a los acertijos. Dice tonterías precisamente para hacerte pensar. Esto es lo que nosotros hemos conseguido hacer. Y él no hace como tú, que todo lo das por perdido.

-¿Qué es lo que hemos conseguido hacer? -repitió Bárbara.

-Pensar lo que realmente significan las cosas -respondió Tom.

Tal vez había algo de verdad en la suposición de que el señor John Hume era muy aficionado a los acertijos, pues planteó uno más al jefe de la Policía cuando este oficial lo tomó bajo su custodia.

-Bueno-dijo alegremente-, ustedes no pueden hacer más que ahorcarme a medias, puesto que yo soy solamente un medio asesino. Supongo que habrá usted ahorcado a muchas personas.

-De vez en cuando, y lamento tenerlo que decir -contestó el coronel Hayter.

-¿Y ahorcó usted a algún hombre para prevenirle de que iba a ser ahorcado? -preguntó el tutor con interés.

## 6. - LO QUE REALMENTE OCURRIÓ

No es verdad que lord Tallboys hubiera puesto su sombrero de copa en la cama durante su breve enfermedad. Ni tampoco es cierto, como se dijo menos absurdamente, que mandase a buscarlo tan pronto como pudo ponerse en pie, y que lo llevara como una pincelada final a su traje, consistente en un batín verde y rojas zapatillas. Pero sí fue completamente cierto que recobró su sombrero y su alta dignidad oficial en la primera oportunidad que se le presentó, con cierto disgusto, según se dijo, de su subordinado el subgobernador, que se veía, por segunda vez, atajado en algunas de aquellas vigorosas medidas militares que podían realizarse más fácilmente después de la conmoción del atentado político. En otras palabras: el subgobernador estaba algo ceñudo. Había caído en un irritable silencio, y estaba su rostro congestionado, y cuando rompía el silencio era para exponer a sus amigos sus deseos, después de lo cual volvía a callar. Si le recordaban al excéntrico tutor, a quien tenía bajo su custodia en su departamento, estallaba con una especie de impaciencia y disgusto:

-¡Oh, por Dios bendito, no me digan nada acerca de ese demente brutal y mentecato! -exclamaba con voz que parecía expresar una tortura, como si no fuera capaz de tolerar por más tiempo la humana locura-. ¿Por qué hemos de estar castigados en este mundo con semejantes locos?... «Le tiré a una pierna!... ¡Soy un asesino moderado!...» ¡Cerdo!

-No es un cerdo -dijo Bárbara Traill enfáticamente, como si se tratara de puntualizar la exactitud de un término de la Historia natural-. Yo no creo ni una palabra de lo que la gente dice contra él.

-¿Crees que hay alguien que hable en contra de él? -preguntó su tío mirándola de reojo y con burlona expresión.

Tallboys estaba apoyado sobre una muleta, y, en marcado contraste con el malhumor de

sir Harry Smythe, llevaba su contratiempo de una manera animosa y hasta alegre. La necesidad de atender al interrumpido ritmo de sus piernas había detenido, al parecer, la rotación oratoria de sus manos. Su familia no recordaba haberle visto así desde hacía mucho tiempo. Parecía como si hubiera algo de verdad en la teoría del asesinato moderado.

En cambio, sir Harry Smythe, habitualmente de mucho mejor humor en la intimidad de la familia, parecía cada vez más malhumorado. El rojo oscuro de su cutis se acentuaba, hasta llegar a alcanzar, por el contraste que ofrecía, la brillantez de sus ojos claros.

-Yo me refiero a todos esos cochinos entrometidos -empezó a decir.

-Y yo le digo que no sabe usted nada acerca de esto -insistió su cuñada-. Él no es uno de tantos; es...

Pero en este punto, por alguna oculta razón, fue Olive quien intervino rápidamente y sin ruido. Estaba un poco pálida e inquieta.

-¿Queréis dejar ya esa conversación? -dijo con precipitación-. Harry tiene muchas cosas que hacer...

-Ya sé lo que voy a hacer yo -dijo Bárbara con terquedad-. Voy a preguntarle a lord Tallboys, como gobernador de este lugar, si quiere dejarme visitar al señor Hume, para ver si puedo lograr saber lo que significa lo ocurrido.

Parecía violentamente excitada por alguna causa, y su propia voz le sonaba extrañamente. Sintió la rapidísima impresión de los ojos de Harry Smythe clavándose en su cabeza con colérica mirada, y que el rostro de Olive, destacándose del fondo de la habitación, estaba cada vez más pálido y más inquieto, y que flotando sobre todo esto, con algo que parecía una burla traviesa, destacaba la benévola diversión de su tío. Sintió como si hubiera perdido muchas cosas, o más bien como si hubiera ganado una nueva sutileza en su percepción.

Entretanto, John Hume estaba sentado en su celda, mirando fijamente al blanco muro con un rostro igualmente blanco. Acostumbrado como estaba a la soledad, no tardó en encontrar algo en qué pensar los dos o tres días y noches de la inhumana soledad de la prisión. Acaso el hecho más vívido en su inmediata sensación era el estar privado de tabaco. Pero tenía algo más, eso que algunos llaman fundamentos más graves de depresión. No sabía qué clase de sentencia dictarían contra él por estar confeso de un atentado con propósito de herir al gobernador, pero conocía lo suficiente las condiciones políticas y los expedientes legales para saber que le sería inmediatamente infligido un severo castigo, en relación con el escándalo público del delito. Había vivido en aquella avanzada de la civilización durante los últimos diez años, hasta que Tallboys le encontró en El Cairo. Recordaba la violenta reacción después del asesinato del anterior gobernador, la manera en que el subgobernador se había convertido en un déspota y castigado la región con actos coercitivos y expediciones de castigo, hasta que su impulsivo militarismo se moderó un poco con la llegada de Tallboys con instrucciones del Gobierno patrio. Tallboys estaba aún vivo, y aunque algo modificado, sobre sus dos pies. Pero probablemente seguía bajo las órdenes del doctor y difícilmente podía ser juez en su propia causa, de manera que el autocrático Smythe tendría probablemente otra oportunidad de manejar el rayo y dirigir la tormenta. Pero la verdad es que existía en lo más profundo de la imaginación del prisionero algo que le asustaba más que la prisión. El punto de pánico que había empezado a atormentar y a consumir hasta la pétrea impasibilidad de su mente y de su cuerpo era el temor de que su fantástica explicación

hubiera dado a sus enemigos otra especie de oportunidad. Y lo que más le asustaba personalmente era que dijeran que estaba loco y lo pusieran bajo más humano e higiénico tratamiento.

No cabe duda de que a quien hubiera observado su conducta en las horas siguientes al hecho le estaría justificado mantener dudas y suposiciones sobre este punto. Miraba hacia lo que tenía delante de una manera extraña, pero no lo hacía fijamente, como quien no ve nada, sino más bien como si viera algo en aquel momento. Le parecía a él mismo que, como un ermitaño en su celda, estaba viendo visiones.

-Bueno. Creo, luego existo, después de todo -dijo en voz alta, con voz fría y clara-. ¿No dijo San Pablo algo parecido?... Porque, ¡oh, rey Agripa!, yo no fui desobediente a la celestial visión... Yo he visto esta visión celestial entrar por la puerta varias veces, y algo me hacía desear que fuera realidad. Pero las personas reales no pueden entrar de esa manera a través de las puertas de la prisión... Una vez llegó y pareció que la habitación se llenaba de sonidos de trompetas, y otra vez lo hizo como un grito en el viento y hubo allí una lucha, y yo supe que podía odiar y que podía amar. Dos milagros en una noche. ¿Pensó usted que tenía que ser eso un sueño, suponiendo que no lo fuera usted y pudiera pensar alguna cosa? Pero yo tenía, al menos entonces, la esperanza de que fuera usted real.

-¡Qué dice! -dijo Bárbara Traill-. Soy una persona real.

-¿Se propone usted decirme a sangre fría que no estoy loco -preguntó Hume mirándola aún fijamente-, y que está usted aquí?

-Es usted la única persona sana que he conocido -contestó ella.

-¡Dios santo! -dijo él-. Entonces he hablado con demasiada claridad para decir precisamente lo que sólo debe ser dicho en una casa de locos o hablando con visiones celestiales.

-Ha dicho usted tanto -dijo ella en voz baja-, que yo necesito que diga mucho más. Lo que piensa acerca de todo este jaleo. Después de lo que ha dicho usted, ¿no cree que puede permitírseme saberlo todo?

Miró ceñudo hacia la mesa, y replicó, algo más brusco:

-La turbación obedecía a que yo pensaba que era usted la última persona que debía saberlo. Está su familia, y usted puede sentirse preocupada y tener que callar su lengua en defensa de alguien hacia quien sienta afecto.

Hizo una pausa, que duró un momento, y continuó:

-Los demás nunca han hecho nada por mí. Habrían dejado que mi desvarío me llevara a la locura y terminara en un manicomio... ni siquiera se habrían preocupado si hubiera puesto fin a mi vida con láudano. En realidad, no he hablado con nadie hasta este momento, ni ahora lo necesito tampoco.

Él miraba fijamente a sus pies; algo como un temblor de tierra le había lanzado al fin fuera de su constante incredulidad acerca de la felicidad. Le cogió ambas manos y brotaron de él palabras que nunca habría imaginado que llevara dentro. Y ella, que era más joven que él, le miraba fijamente, con una firme sonrisa y los ojos centelleantes, como sí él fuera más viejo y más sabio. Al cabo de un rato pudo decir: -Ahora me hablará usted.

-Debe comprender-dijo él al fin más juiciosamente- que cuanto he dicho era verdad. No

estaba inventando un cuento de hadas para salvar a un hermano perdido en Australia, ni cualquier otro asunto de esos que se leen en las novelas. La verdad es que puse una bala en el cuerpo de su tío y que pensaba ponerla allí.

-Lo sé -replicó ella-, y porque lo sé estoy segura de que no sé todo. Tengo la seguridad de que detrás de esto hay alguna historia extraordinaria.

-No -contestó Hume-, no hay ninguna historia extraordinaria. Hay más bien una historia extraordinariamente ordinaria.

Hizo una pausa durante un momento, reflexionando, y luego continuó:

-En realidad, se trata de una historia particularmente llana y sencilla. Me maravilla que no haya ocurrido antes cientos de veces, y me asombra que no se haya contado en centenares de historias. Porque es algo que puede ocurrir en todas partes donde se den ciertas circunstancias. En este caso ya sabe usted un poco acerca de las circunstancias. Usted sabe que hay una especie de balcón que rodea mi pabellón, y que mirando desde él se ve todo el paisaje como si fuera un mapa. Bueno. Yo miraba desde allí, y vi toda la lisa llanura de este lugar: la hilera de hoteles y el muro y el sendero que corre detrás de él, y el sicómoro, y más lejos los olivos y el término del muro, y los dos lados de la vertiente, cubiertos de césped, y todo lo demás. Pero vi algo que me sorprendió: que se había levantado ya una hilera de blancos de tiro. Debió ser una orden urgente, y los peones habían trabajado toda la noche. Mientras miraba, a pesar de la distancia, vi un puntito, que correspondía a un hombre que estaba de pie junto al blanco más próximo, como si diese en él los últimos toques. Luego hizo una especie de seña a uno que estaba lejos, al otro lado, y se separó rápidamente de aquel lugar. A pesar de lo pequeña que era aquella figura, cada gesto me decía algo. Seguramente se había separado de allí porque el tiro al blanco iba a empezar, y casi al mismo tiempo vi algo más. Bueno, antes había visto una cosa. Había comprendido la causa de que la señora Smythe esté inquieta y de que vague distraída por el jardín.

Bárbara le miró asombrada, pero él continuó:

-Caminando a lo largo del sendero desde la casa del Gobierno, y hacia el sicómoro, vi una figura familiar que se mostraba precisamente sobre el largo muro del jardín con un agudo contorno, como una figura en una pantomima de sombras chinescas. Era el sombrero de copa de lord Tallboys. Entonces me acordé de que acostumbraba a dar un paseo por este sendero hasta las cuevas que hay detrás, y sentí la abrumadora sospecha de que él no sabía que el espacio que había detrás del muro era ya un campo de tiro. Yo sé que es algo sordo, y algunas veces dudo que oiga todas las cosas que le dicen oficialmente, y algunas veces también temo que se las digan de manera que no las pueda oír. Entretanto, demostraba seguir rectamente por su habitual camino, y entonces se derrumbó sobre mí como una catarata otra sólida y abrumadora certeza. No diré ahora mucho sobre esto. Y diré lo menos que pueda en el resto de mi vida. Pero ocurrían cosas que yo sabía y usted probablemente no, entre los políticos de aquí, y que habían conducido a aquel espantoso momento. Yo tenía razones suficientes para temer. Pensando vagamente en que si las cosas se torcían podía tener que luchar, eché mano a mi escopeta y me lancé cuesta abajo hacia el sendero, corriendo desatinadamente y tratando de gritar para llamarle la atención. Él no me vio y no pudo oírme. Corrí detrás de él a lo largo del camino, pero me llevaba demasiada ventaja. Al llegar yo junto al sicómoro comprendí que era demasiado tarde. Estaba ya a mitad de camino del grupo de olivos, y ningún corredor humano podría alcanzarle antes de que llegara a la esquina.

» Sentí rabia contra aquel hombre que iba hacia su destino. Vi su inclinada y pomposa figura con el absurdo sombrero de copa puesto en lo más alto de ella y las anchas orejas despegadas de la cabeza... esas anchas e inútiles orejas. Había algo angustiosamente grotesco en aquella inconsecuente espalda que se destacaba sobre la llanura mortífera. Porque yo estaba seguro de que en el momento en que pasase la esquina del muro, aquel espacio sería barrido por las balas, que partirían en ángulo recto al sentido de su marcha. Yo no podía hacer más que una cosa, y la hice. Hayter pensaba que yo estaba loco cuando le pregunté si él había ahorcado alguna vez a un hombre para prevenirle de que iba a ser ahorcado. Eso es lo que yo hice. Disparé sobre un hombre para prevenirle de que iban a disparar sobre él.

» Le metí una bala en la pantorrilla, y fue a caer unos dos metros antes de llegar a la esquina. Esperé un momento y vi que acudía gente de las últimas casas en su auxilio. Y entonces hice lo que realmente lamento. Tenía una vaga idea de que la casa del sicómoro estaba vacía, y lancé la escopeta sobre el muro dentro del jardín, lo que ha estado a punto de causar una perturbación a ese pobre viejo maniático de clérigo. Entonces me fui a la casa y esperé hasta que me llamaron a declarar acerca de Gregory.

Terminó de hablar con su habitual serenidad, pero la muchacha seguía mirándole fijamente, con una atención anormal y hasta alarmante.

-Pero, ¿qué quería decir todo eso? -preguntó-. ¿Qué habría...?

-Era una de las cosas mejor planeadas que he visto -contestó él-. No creo que hubiera podido probarse nada, y la cosa hubiese quedado como un accidente.

-¿Y usted cree -dijo ella- que no lo habría sido?

-Como he dicho antes, no se debe hablar mucho acerca de esto ahora, pero... Mire, usted es de esas personas a quienes les gusta pensar acerca de lo que oyen. Yo voy a pedirle a usted únicamente que escuche dos cosas y que piense acerca de ellas, y después, como consecuencia, se formará una idea propia, a su manera. La primera es ésta: Yo soy moderado, como le he dicho, y realmente estoy contra todos los extremistas. Pero cuando los periodistas y otros individuos alegres hablan de esto en los clubs, se olvidan en realidad de que hay dos clases distintas de extremistas. En la práctica no creen más que en los extremistas revolucionarios, pero créame, los reaccionarios extremistas están igualmente dispuestos a recurrir a los extremos. La historia de las luchas facciosas mostrará actos de violencia lo mismo entre los patricios que entre los plebeyos, entre gibelinos igual que entre güelros, entre orangistas y entre fenianos, entre fascistas como entre bolcheviques, y en el Ku-Klux-Klan como entre la Mano Negra. Y cuando llega un político de Londres con un compromiso en el bolsillo, no son solamente los nacionalistas los que ven frustrados sus planes. El otro punto es más personal, especialmente para usted. Me dijo una vez que tenía miedo por la salud de la familia, por la sencilla razón de que tenía sueños malos y reflexionaba acerca de cosas que imaginaba. Créame, no son las personas imaginativas las que se vuelven dementes. No son ellas las locas, aunque estén enfermas. Pueden despertar siempre de sus malos sueños con más amplias perspectivas y más brillantes inspiraciones, solamente por ser imaginativas. Los hombres que enloquecen no son los imaginativos. Los hombres tercamente severos, que tienen solamente cabida en su cerebro para una idea y la siguen al pie de la letra. Esa clase de hombres que parecen taciturnos, pero henchidos hasta reventar, congestionados...

-Ya sé -dijo ella precipitadamente-; no necesita usted decir más, porque creo comprenderlo todo ahora. Déjeme que yo también le diga dos cosas; son muy cortas, pero

se refieren a esto mismo. Mi tío me manda aquí con un oficial que tiene una orden para ponerle en libertad... y el subgobernador regresa a la patria... Ha dimitido porque estas tierras le sientan mal a la salud.

-Tallboys no está loco -dijo John Hume-. Ha adivinado.

Ella sonrió con aire un poco embarazado.

-Tengo miedo de que haya adivinado una cosa mejor -dijo.

Lo que era la otra cosa no es parte necesaria en esta historia, pero Hume empezó a hablar acerca de ella largamente durante el resto de la conversación, hasta que la joven inició una protesta algo tardía, indicándole que no creía que fuera, después de todo, un moderado.



## EL CHARLATÁN HONRADO

### 1. - EL PRÓLOGO DEL ÁRBOL

El señor Walter Windrush, el eminente y excéntrico pintor y poeta, vivía en Londres y tenía un curioso árbol en el jardín de detrás de su casa: Esto sólo no daría motivo a los absurdos sucesos narrados aquí, ya que muchas personas, sin necesidad de ser poetas, habían plantado árboles raros en los jardines traseros de sus casas. Los dos hechos raros acerca de esta curiosidad eran: primero, que él lo creía tan notable como para atraer a las multitudes desde los confines más alejados de la tierra para contemplarlo, y segundo, que si esas multitudes acudían a verlo, él no lo dejaría ver.

Debemos decir para empezar que él no lo había plantado. Y, cosa extraña, tanto parecía que hubiera intentado plantarlo y se le frustrase, como que hubiera intentado extirparlo y fracasado igualmente. Los rígidos críticos clásicos decían que se explicaban mejor lo de extirpar que lo de plantar, porque era un objeto grotesco, una cosa indescriptible si se tenía en cuenta su falta de desarrollo o su desmochamiento a la manera de las hayas de Burnham, aunque no era tan fácil de clasificar como vegetal... Era tan corto de tronco que las ramas parecían brotar de las raíces, y éstas salir de las ramas. Las raíces corrían descubiertas sobre el suelo, de manera que se veía la luz a través de ellas igual que a través de las ramas, porque la tierra fue arrastrada por el agua de un manantial que nacía precisamente detrás de él. Pero en conjunto era muy ancho, y el objeto parecía más bien un pólipo, un pulpo que irradiase sus tentáculos en todas las direcciones. Algunas veces parecía como si una inmensa mano salida de los cielos, semejante a la del gigante «Jack y el Haba que habla», hubiera tratado de arrancar el árbol de la tierra tirándole de los pelos de la cabeza.

Indudablemente, nadie había plantado nunca este curioso árbol en el jardín. Había crecido como la hierba, como la hierba salvaje de las praderas más silvestres. Era, con toda seguridad, la cosa más vieja, con mucho, de aquellos parajes: no había nada que probara que no era más viejo que Stonehenge. No había sido nunca plantado en el jardín de nadie; más bien todas las demás cosas habían sido plantadas a su alrededor. El jardín, la tapia, la casa, la calle, así como el suburbio, y por así decirlo hasta el mismo Londres lo fue. Porque aunque el suburbio en cuestión estaba ahora tan profundamente sumergido en la metrópoli que nadie pensaba que pudiera ser más que metropolitano, pertenecía a un distrito donde la expansión urbana fue relativamente reciente y rápida, y no hacía mucho tiempo que el extraño árbol permanecía de pie, solitario y expuesto al viento, sobre un matorral inextricable.

Las circunstancias de esta reciente preservación o cautividad fueron como se relata a continuación. Próximo a la mitad del curso de su vida, sucedió que Windrush, entonces un estudiante de arte, cruzaba por el espacio abierto con dos compañeros, uno de su misma edad, estudiante, pero agregado a la sección médica y no a la artística, de su propia escuela, y el otro un amigo un poco más viejo, un hombre de negocios a quien el joven deseaba consultar sobre varios asuntos. Se proponían discutir (lo que no era incompatible con la general incapacidad de los jóvenes estudiantes a ser negociantes) en el interior del Three Peacocks, al lado de aquel lugar público. El más viejo de los tres

mostraba alguna impaciencia por llegar a resguardo, pues se levantaba viento y el polvo caía sobre aquel paisaje algo desolado.

Fue en este lugar donde su impaciencia se vio retrasada por la exasperante conducta de Walter Windrush. Éste marchaba tan rápidamente como los demás, cuando la extraña silueta del árbol pareció detenerle en seco. Entonces levantó las manos, no sólo con un gesto de asombro insólito en los hombres de su raza, sino con movimientos que podían haber sido tomados como alguna manifestación de culto pagano. Habló con voz sosegada, señalando el árbol, como si llamara la atención de sus compañeros sobre algún funeral o un motivo de espanto. Su científico amigo admitió que la forma en que el árbol salía de la tierra era, ciertamente, una curiosidad botánica, pero que no se necesitaba ser un hombre de ciencia para descubrir la causa en el arroyo o fuente que manaba un poco más arriba, detrás de él, y que se había abierto camino a través de las hendiduras de las raíces. Tuvo la curiosidad de levantar una de las raíces más altas, la elevó por encima de las ramas más bajas, y luego, después de hacer notar que el árbol parecía estar medio hueco, volvió a reanudar su marcha. El negociante deseaba ya con alguna impaciencia echar a andar, pero Walter Windrush no podía ser arrancado de su admiración. Continuó dando vueltas alrededor del árbol, mirando fijamente los diseminados charcos y luego arriba, en la ancha copa o nido que formaban las coronas de las ramas.

-Al principio -dijo por fin- no sabía lo que me ocurría. Ahora lo comprendo.

-No puedo decir lo mismo -replicó su amigo al instante-. ¿Qué es lo que está usted levantando ahí?

Windrush no contestó inmediatamente; luego dijo:

-¿No saben ustedes que los poetas y los pintores y la gente como yo son naturalmente comunistas? ¿Y no saben que por la misma razón todos somos naturalmente vagabundos?

-Confieso -concedió el agente de negocios algo ásperamente- que por algunas de sus recientes cabriolas financieras podía parecer comunista, pero tanto como vagabundo, no, pues me parece que los vagabundos tienen la virtud de moverse y andar.

-No me entiende usted -dijo Windrush con una extraña especie de soñadora tranquilidad-. Yo comprendo ahora que no soy comunista y que tampoco soy vagabundo.

Hubo un corto silencio, y luego añadió en el mismo tono:

-En toda mi vida no había visto hasta ahora nada que desease poseer.

-¿Y cree usted realmente -repuso el otro- que lo que desea poseer es un árbol podrido de viejo?

Windrush continuó, como si el otro no hubiera hablado:

-Nunca he visto hasta ahora en todos mis viajes ningún lugar donde yo desease detenerme y construir mi hogar. No puede haber ningún lugar en el mundo como esta fantasía de tierra, cielo y agua; construida sobre puentes, como Venecia, y que deja que la luz del día escudriñe sus cavernas, como el infierno en el poema de Milton, y limpio de la tierra adherida como los difuntos en el triunfo del juicio final. Nunca he visto nada como esto, y realmente no necesito ver nada más.

Había, quizá, alguna excusa para este fenómeno de imaginación en las momentáneas condiciones que añadían misterio al fenómeno de la Naturaleza. El tormentoso cielo que se extendía sobre el matorral había cambiado de color gris a purpúreo, y luego a una especie de rojo oscuro que solamente brillaba en el horizonte en una sencilla faja

escarlata de sol poniente. Sobre este fondo, la negra y extraña silueta del árbol tenía realmente el aspecto de un objeto más bien irreal, como si el árbol tratara de echar a andar o fuera un monstruo marino que hiciera un salvaje esfuerzo para volar. Pero, aunque los compañeros de Windrush hubieran simpatizado más con semejante estado de ánimo, difícilmente aceptarían la determinación que tomó, sentándose sobre el césped junto al manantial y sacando su pipa y su bolsa de tabaco, de modo idéntico a como lo hubiera hecho en un sillón del club.

-¿Puedo preguntarle lo que hace? -indicó su amigo.

-Estoy adquiriendo derechos de posesión -contestó.

Ambos amigos le asediaron con sus protestas, hasta que poco a poco comprobaron que hablaba totalmente en serio, aunque no estuviera en su cabal juicio. El hombre de negocios le indicó de una manera enérgica que si realmente le interesaba aquel absurdo trozo del desierto, lo más sensato sería ponerse al habla con los agentes del Estado, pues de otro modo no lograría «derechos de posesión» en medio siglo. Y ante el gran asombro del consejero, el poeta le dio las gracias con toda seriedad por el consejo y sacó un pedazo de papel para tomar nota del nombre y dirección del agente.

-Mientras tanto -dijo el hombre de negocios con gran decisión-, como este sitio no me parece un lugar agradable para detenerse, tendrán ustedes que venir al Three Peacocks si desean llegar a un acuerdo conmigo.

-No sea loco, Windrush -dijo el otro compañero ásperamente-, no querrá usted pasarse aquí toda la noche.

-Eso es exactamente lo que deseo -contestó Windrush-. He visto hundirse el sol dentro de mi estanque particular, y deseo ver la luna saliendo de él. No pueden ustedes censurar a un previsor futuro comprador por examinar su propiedad en todos los aspectos.

El amigo negociante se había puesto ya en marcha, y su oscura y vigorosa figura había desaparecido detrás del achaparrado árbol después de manifestar su desprecio con un movimiento de hombros. El otro hombre se detuvo un momento más, pero ante el cariz de «irracional racionalidad» de la última respuesta, siguió también el mismo camino. Se había separado de allí unos seis metros, y daba ya la vuelta al árbol cuando el poeta cambió repentinamente de actitud. Dejó caer su pipa con una apologética expresión y siguió a sus amigos con maneras y gestos completamente nuevos, saludándoles profundamente con corteses movimientos.

-Les ruego que me perdonen -dijo con grandiosidad- y espero que tendrán ustedes la bondad de volver por mi propiedad. Temo haber faltado a mis deberes hospitalarios.

Se detuvo un momento junto al árbol, y después volvió a su asiento y se sentó, mirando como fascinado los estanques que tenía delante de él, y que en la intensidad de los últimos rayos del sol poniente fulguraban como lagos de sangre. Permaneció varias horas de esta manera, viendo cómo pasaban del rojo al negro los estanques con la oscuridad de la noche, y luego al blanco con la claridad de la luna, como si fuera un penitente indio que hubiera caído en éxtasis. Pero cuando echó a andar a la mañana siguiente parecía henchido con un practicismo más nuevo y sorprendente. Se dirigió a los agentes del Estado; negoció y dio explicaciones durante varios meses, y al fin se convirtió en el poseedor legal de unos dos acres de terreno que rodeaban su favorito fenómeno vegetal, y empezó a cercarlo con la más matemática solicitud. El resto de su extraordinaria empresa fue de lo más notable, no obstante ser, en realidad, de lo más corriente. Construyó una

casita en aquel terreno y se entregó a costumbres de actividad literaria y respetabilidad que pronto le permitieron convertirse en un conspicuo habitante de la región. A su debido tiempo completó su afirmación social casándose con una señora que murió después de haberle hecho padre de una hija. La niña creció bastante felizmente en aquellas rústicas, aunque no rudas condiciones, y la vida del señor Walter Windrush continuó en medio de la mayor serenidad hasta la llegada de la gran tragedia de los últimos días de su vida.

Esta tragedia se llamaba Londres. La interminable expansión de la ciudad llegó arrastrándose sobre aquellas colinas y lugares públicos, como un mar creciente, y el resto de esta historia, o de esta parte de su historia, estaba completamente relacionado con sus estados de desconfianza y con medidas de defensa frente a tan incongruente invasión. Juró por todas las musas que si aquel aborrecible laberinto de fealdad y vulgaridad llegaba a rodear su árbol sagrado y su jardín secreto, no conseguiría tocarlo de ninguna manera. Levantó un muro ridículamente alto, rodeó aquel paraje y observó la más extremada ceremonia para admitir a una persona dentro del recinto, lo cual terminó por hacer nacer fuertes sospechas acerca de aquella ceremonia. Algunos incautos visitantes habían tratado el jardín como si lo fuera, y no sólo eso, sino que también habían tratado el árbol como si tal fuese. Y como él se jactaba de que su ermita era el único espacio que quedaba libre en Inglaterra y el refugio de una poesía que en todas las demás partes había sido derrotada por la prosa, acabó por caer en la manía de cerrar la puerta del jardín y guardarse la llave en el bolsillo. En cualquier otro aspecto de la vida era absolutamente hospitalario y humano; dio a su hija una orientación mucho mejor en otra dirección, pero él tendió cada vez más a considerar aquel sitio como un lugar sagrado para su soledad, y durante muchos días y muchas noches, en este extraño recinto no se paseó nunca otra persona que su solitario dueño, siempre alrededor de su árbol.

## **2. - EL HOMBRE DEL MALETÍN NEGRO**

Enid Windrush, una joven muy bien parecida, con una brillante mata de pelo rubio y un perfil de lo más vehemente y entusiasta, se había quedado rezagada de su acompañante al subir la empinada calle, y se detuvo a hacer una pequeña compra en una reducida tienda de confitero. Frente a ella, el camino ascendía en una abrupta y blanca curva a través de una colina y en el abierto espacio de un parque suburbano. Un pequeño aro blanco de lo que indudablemente era una colosal nube blanca, asomaba un poco sobre la colina y producía uno de esos raros efectos que casi persuaden al hombre sencillo, a despecho de todas las pruebas aducidas para ello, de que el mundo es redondo. Sobre este fondo de cielo azul, camino blanco y blanco trozo de nube, dos figuras humanas acababan de aparecer. Parecían estar completamente desunidas, e indudablemente eran distintas en todos los puntos posibles. Sin embargo, unos momentos después, Enid sintió que se le erizaba el cabello y se puso en marcha rápidamente hacia delante, porque vio que se realizaba, sobre aquella altura, en la clara luz del sol, algo que parecía ser uno de los más inexplicables casos de ataque y agresión que existían en los anales del crimen. Uno de los hombres en cuestión era alto y barbudo, con el cabello un poco largo bajo el ancho sombrero; llevaba un traje holgado y andaba con grandes zancadas por el centro de la soleada vía pública. Un momento antes de llegar a la cima se volvió y miró indiferentemente hacia atrás, abajo del camino que acababa de subir. El otro hombre

caminaba correctamente por la acera, y parecía ser, en todos los aspectos, una persona más decorosa y más significada que la anterior. Llevaba sombrero de copa, y su maciza, aunque no eminente figura, estaba cuidadosamente vestida con traje oscuro; andaba rápidamente, pero muy en silencio, y llevaba un pequeño maletín negro. Se le habría podido tomar por un empleado de la City que se enorgullecía de ser puntual y que temía llegar con un poco de retraso. Sea como fuere, parecía mirar en línea recta y no preocuparse de nada más que de su objetivo.

De repente giró en ángulo recto sobre la acera, se lanzó con maletín y todo en medio del camino y pareció querer sujetar o estrangular al caballero de la barba y el sombrero ancho. Era el más bajo de los dos, pero había saltado como un gato negro y tenía la ventaja de una energía joven y de la sorpresa. El hombre alto fue tambaleándose hacia atrás en dirección de la acera opuesta, pero al momento se rehizo, y desprendiéndose de su misterioso enemigo saltó sobre él, golpeándole con vigor. En ese instante, un automóvil que venía de lo alto de la colina ocultó por un momento la escena del conflicto a los ojos de la muchacha, y cuando quedó de nuevo despejada se había operado otro cambio. El hombre vestido de negro, cuyo sombrero de copa estaba un poco ladeado y hundido en su cabeza, pero que aún conservaba febrilmente abrazado su maletín, parecía tratar de romper el contacto, según el término militar, y se le veía poco dispuesto a seguir lo que tan injustificadamente había empezado. Retrocedió rápido, agitando la mano y el maletín de una forma que a una muchacha, a semejante distancia, podía confundir y hacerle creer que eran movimientos de lucha, aunque, al parecer, eran más bien movimientos de renunciar a ella. Y como, a pesar de todo, el hombre alto, ahora destocado y con la barba y el cuello alborotados por el aire, parecía ir en busca de su venganza, el otro lanzó lejos su maletín, remangó los limpios puños de su camisa y se adelantó gritando hacia su contrincante, con un procedimiento enteramente nuevo, vigoroso y científico. Todo esto había ocurrido en menos de medio minuto y durante este tiempo la muchacha corrió calle arriba tan rápido como le fue posible, dejando al asombrado confitero con un paquetito de papel moreno colgando del dedo. Porque ocurría que la señorita Enid Windrush tenía cierto interés por el hombre alto de la barba larga; un interés que razonablemente muchos reprocharían como anticuado y supersticioso, pero del cual nunca había podido emanciparse completamente. Aquel hombre era su padre.

Cuando llegó a la escena de la lucha, o tal vez a causa de su llegada, la violencia cedió un tanto, pero ambos luchadores estaban aún resoplando jadeantes, con saña guerrera. El que llevaba el sombrero de copa se revelaba a una rápida inspección como un joven de cabello negro cuyo rostro y espaldas cuadradas tenían un matiz napoleónico, por lo que parecía absolutamente respetable y más bien serio, y no había nada en él que explicara lo extraño de su ataque. Por otra parte, él no parecía pensar que la explicación le fuera exigida.

-¡Bueno! -dijo respirando con dificultad-. ¡De todos los malditos viejos locos!... ¡De todos los condenados viejos burros decréptos!...

-Este hombre -declaró Windrush con ardor- me ha atacado criminalmente en medio de la carretera, sin ninguna razón, y...

-¿Qué es lo que dice? -gritó el joven con una especie de compasión triunfante-. ¡Sin ninguna razón! ¡Y en medio de la carretera! ¡Oh, mi abuela de los ojos verdes!

-Sí, ¿por qué razón? -empezó a decir la señorita Windrush, intentando intervenir.

-¿Por qué? ¡Pues porque estaba en medio de la carretera, naturalmente! -estalló el joven-. Habría podido estar muy pronto en medio del cementerio del Keusal Green. Y, hablando más claro, podría decir que este hombre debería encontrarse ahora en medio del Hanwell Asylum. Puede haberse escapado de allí, y así lo creo yo, cuando se pasea por en medio de una carretera como ésta y vuelve su cabeza para admirar el paisaje, como si estuviera solo en medio del desierto del Sahara. Porque cualquier idiota medio razonable de esta ciudad moderna sabe que los automovilistas no pueden ver lo que hay al otro lado de esta colina cuando suben hacia la cima, y si yo no hubiera oído el automóvil...

-¡El automóvil! -dijo el artista con un grave y severo asombro, como alguien que quiere convencer a un chico de visionario-. ¿Qué automóvil?

Giró en redondo de una manera pesada y miró toda la calle. Después dijo sarcásticamente:

-¿Dónde está ese automóvil?

-A razón de la velocidad que llevaba, puede decirse que estará a unas siete millas de aquí -contestó el joven.

-Sí, eso es completamente cierto, no hay duda -dijo Enid como si hablara consigo misma-. Un automóvil ha bajado muy rápidamente de lo alto de la colina, precisamente cuando usted...

-Cuando yo cometí mi asalto criminal -dijo el joven del sombrero de copa.

Walter Windrush era un caballero y, lo que no siempre es lo mismo: un hombre que estaba considerado por su reputación de buena conducta. Por lo tanto, habría sido más que humano relacionar fácilmente y justificar con rapidez el hecho de que un caballero se lanzara primero a través de la carretera y después, ante su reacción, empezara a aporrearle como un pugilista y luego se le encontrara instantáneamente convertido, con la misma cara y la misma figura, en un amigo querido y en un salvador a quien tenía que estar agradecido ya durante toda su vida. Sus agradecimientos fueron un poco aturcidos y tartamudeantes, pero su hija se encontraba en mejores circunstancias para ser más generosa y cordial. Aparte de otras consideraciones, a ella le agradaba contemplar a aquel joven, porque el aseo y la respetabilidad no siempre disgustan a las mujeres, y mucho menos si han conocido una parte de la sublime libertad de la vida artística. Además ella no había sido agarrada por el cuello en medio de la carretera.

Se cambiaron tarjetas y saludos. El joven supo con sorpresa que había insultado o salvado a un distinguido escritor, y éste supo a su vez que su insultador o su salvador era un joven doctor cuya placa de bronce había visto varias veces en la vecindad, con el nombre de John Judson.

-¡Oh, si es usted un doctor! -dijo el poeta, tratando de burlarse amablemente-. Se ha hecho usted culpable de una incalificable torpeza profesional! Debe ser llamado ante el Consejo Médico por intromisión ilegal en mi profesión. Yo creo que los médicos sólo se detienen a contar los accidentes que ocurren en la calle y a registrarlos en el lado del «haber» de su libro mayor. Porque si yo hubiera sido medio muerto por un automóvil, usted debía terminar conmigo en una operación.

Parecía dispuesto desde el principio que aquellos dos caracteres un poco polemistas se dijeran siempre las cosas más injuriosas uno a otro. El joven doctor sonrió con una mueca, pero había un fulgor de lucha en sus ojos cuando contestó:

-¡Oh! Por mi parte creo que nosotros tratamos de salvar a cualquiera, en la calle, en la

cuneta o donde se encuentre. Por supuesto, yo no sabía que salvaba la vida a un poeta; pensé que salvaba solamente a un útil ciudadano vulgar.

Debe admitirse con sentimiento que esto fue un ejemplo de las conversaciones que más tarde mantuvieron los dos, y, lo que es más curioso, aquellas conversaciones se hicieron bastante corrientes. Según todas las apariencias, no podían hacer más que discutir, y sin embargo siempre estaban juntos. Por una razón o por otra, el doctor Judson pasaba constantemente por casa del poeta, ya con un pretexto, ya con otro, y el poeta nunca faltaba a sus deberes hospitalarios, si bien ello le proporcionaba un extraño campo a sus hostilidades. Podía explicarse en parte por el hecho de que cada uno de los dos había encontrado en el otro desde el primer momento su completa antítesis y un antagonista completamente convencido. Windrush era un hombre de la vieja tradición de Shelley o Walt Whitman. Era un poeta para quien la poesía era sinónimo de libertad. Si él había encerrado un árbol silvestre en un doméstico jardín suburbano, era porque, según sus cálculos, esto podía ser lo último que realmente le permitiera al árbol crecer silvestremente. Si paseaba por un trozo de terreno solitario cercado por altos muros, era, al parecer, por la sola razón que ha llevado a muchos señores a cercar un páramo y llamarle un parque. Apetecía la soledad porque era la única manera perfecta de hacer lo que quería. Y contemplaba toda la mecánica civilización que se había extendido alrededor suyo como una simple esclavitud materialista, y en tanto le era posible la trataba como si no estuviera allí, y hasta, como hemos visto, llevaba su costumbre a permanecer en medio de una carretera principal vuelto de espaldas a los automóviles.

El doctor Judson era uno de esos hombres de quien hasta sus amigos más remisos decían que llegaría, porque creía en sí mismo. Esto era seguramente una calumnia. Él no creía únicamente en sí mismo: creía en cosas que requerían mucha más fe, en cosas que algunos pensaban mucho más increíbles y difíciles de creer. Creía en la organización moderna, y en la maquinaria, y en la división del trabajo, y en la autoridad del especialista. Y por encima de todo, creía en su trabajo, en su arte, en su ciencia y en su profesión. Pertenecía a una escuela avanzada que propugnaba muchas teorías atrevidas, especialmente en el departamento de psicología y psicoanálisis. Enid Windrush empezó a conocer su nombre al verlo al final de algunas cartas publicadas en los periódicos corrientes, y luego al final de artículos en los periódicos científicos. Tenía la sencillez de llevar sus extraordinarias manías modernas dentro de la vida privada, y se las presentaba a ella durante horas seguidas paseando arriba y abajo en el artístico estudio del pintor, mientras Windrush vagaba por su jardín particular, ocupado en su perenne culto al árbol. La marcha arriba y abajo era característica, porque la segunda impresión definida que producía Judson, después de la escrupulosidad profesional y la tontería del atavío, era la de una exuberante e inquieta energía. Algunas veces había estallado, con su característica rectitud, en amonestaciones contra el mismo poeta, respecto a su poética excentricidad: del árbol, del que el poeta hablaba siempre como de la típica irradiación de energía del universo.

-Pero, ¿qué beneficio saca usted de eso? -gritaba Judson, saliendo de la profundidad de una oscura exasperación-. ¿Cuál es la utilidad de tener semejante cosa?

-No tiene ninguna utilidad -replicaba su huésped-. Creo que es completamente inútil, tal como usted comprende la utilidad. Pero si el arte y la poesía no tienen utilidad, eso no quiere decir que no tengan ningún valor.

-Pues escúcheme -y el doctor se ponía a andar de nuevo dolorosamente enfadado-. Yo no veo su valor como una cosa artística o poética, o, por decirlo más claro, como razón o

sensación. ¿Cuál es la belleza de un árbol sucio y viejo que asoma en medio de ladrillos y cemento? Porque si usted lo arrancase tendría sitio para hacer un garaje y guardar un automóvil, con el que podría ir a todos los bosques y selvas que existen en Inglaterra y ver todos los santísimos árboles que hay entre Cornwall y Caithness.

-Sí -contestaba Windrush-, y donde quiera que fuera vería surtidores de gasolina en lugar de árboles. Éste es el final lógico de su gran progreso de la ciencia y de la razón. Y el condenado ilógico final de un maldito e irrazonable progreso. Cada lugar de Inglaterra está cubierto de estaciones de gasolina, de manera que la gente que viaja no puede ver más que esos puestos de gasolina.

-Es la única manera de conocer sus costumbres cuando viajan -insistió el doctor-. Las gentes que han nacido en la edad del motor han adquirido una nueva moto-sensación, y ellos no observan esas cosas tan pronto como usted cree. Me parece que ésa es la verdadera diferencia que existe entre las generaciones.

-Perfectamente -dijo agriamente el caballero de más edad-. Digamos entonces que ustedes todos tienen un sentido-motor y todos nosotros tenemos un sentido-caballo.

-Muy bien -contestó el otro, también con acento punzante-. Si usted tuviera un poco de ese sentido-motor o cualquier otra clase de sentido, no habría estado tan cerca de morir atropellado el otro día.

-Si no hubiera motores por todas partes -contestaba el poeta tranquilamente- no habría ocurrido nada contra mi vida.

Y luego el doctor Judson perdía su templanza y decía que el poeta estaba chiflado, y después quería disculparse con la hija del poeta, y afirmaba que, desde luego, el poeta era un caballero de la vieja escuela y que tenía derecho a ser algo anticuado; pero ella, y lo aseguraba con los más serios testimonios, debía tener más simpatía hacia el futuro y las nuevas esperanzas del mundo. Luego abandonaba la casa hirviendo en protestas y discutiendo con personajes invisibles hasta llegar a su domicilio. Porque él era un hombre profundamente convencido de los descubrimientos y de las promesas de la ciencia. Tenía una gran cantidad de teorías propias que estaba deseando esparcir por todo el mundo. Sus más bulliciosos amigos le acusaban de inventar enfermedades que nadie había padecido aún con objeto de curarlas con procedimientos que todavía no había explicado nadie. Superficialmente, no cabía duda de que era un ser con todas las faltas de un hombre de acción, incluyendo la tentación y la ambición. Pero por encima de todo esto había una oscura célula en su profundo cerebro donde pensaba por amor al pensamiento y que aumentaba en un grado casi peligroso en inquietud e intensidad. Nadie que hubiera podido mirar dentro de este oscuro vértice habría sospechado que pudiera salir fuera de él, en alguna extraña hora de violencia, una cosa como un monstruo.

Enid Windrush contrastaba con este intelectualismo y esta reserva, y parecía que siempre andaba a la luz del sol. Era sana, robusta y atlética, y por su gusto podía haber sido la brillante encarnación del frustrado amor de su padre hacia las regiones despejadas y los altos árboles. Era más consciente de su cuerpo que de su alma, y expresaba en el tenis, el golf y la natación que podía haber sido una hija natural de los campos de deportes. Y, sin embargo, puede que también hubiera en ella en algunos momentos accidentales una pincelada de la más trascendental fantasía de su padre. De todos modos (es verdad que mucho después, cuando esta historia se acaba), se encontró de pie de nuevo en medio de la luz del sol y mirando hacia atrás, a aquellos inmediatos días que habían pasado en una tormenta de negros y enloquecedores misterios y de horrores verdaderamente



amontonados sobre horrores. Y cuando miraba hacia atrás, a este comienzo de su historia, se preguntaba si había en él alguna cosa de acuerdo con las antiguas ideas de astrología y nigromancia. Se preguntaba si el total del enigma no había sido aclarado para ella desde el principio hasta el fin, si no había leído en aquellas dos figuras que danzaban y luchaban sobre la carretera soleada ante el fondo de la blanca nube, como dos letras vivientes de un alfabeto que lucharan para expeler una palabra.

### **3. - EL TRANSGRESOR EN EL JARDÍN**

Por varias razones que durante unos días acumuló en su oscuro y caviloso cerebro, el doctor Judson echó mano de todo su valor y decidió ir a consultar a Doone.

Que él lo llamase en su interior de esta manera no indicaba familiaridad, sino más bien lo contrario. La persona en cuestión había pasado sin duda, en algún período, a través de las fases más o menos humanas de ser el señor Doone y el doctor Doone, y luego el profesor Doone, antes de subir a la alta jerarquía de sir Doone. Los hombres dicen Doone de la misma manera que dicen Darwin, y parecía algo afectado, sino injurioso, decir el profesor Darwin o el señor Charles Darwin. Hacía ya veinte años cumplidos que el profesor Doone había publicado su gran trabajo sobre las enfermedades paralelas entre los antropoides y los hombres, lo que le había hecho el más famoso hombre de ciencia de Inglaterra y uno de los cuatro o cinco más famosos de Europa. Judson fue uno de sus discípulos cuando practicaba la medicina al frente de un gran hospital. Y Judson suponía que este hecho debía darle una ventaja en una de aquellas incesantes discusiones suyas, en las que el nombre de Doone surgió en un determinado punto del debate. Pero para explicar cómo había surgido este nombre y cómo había llegado a parecer tan importante es necesario volver una vez más (como era costumbre en el doctor Judson) a la casa del poeta Windrush.

Cuando el doctor Judson adquirió por fin algún derecho en aquella casa, se encontró con lo que podía molestarle más en el mundo, más de lo que ya estaba. Se había encontrado, en efecto, con otro joven instalado en el círculo familiar, y supo que era el vecino de la casa contigua, que con frecuencia entraba allí a charlar un rato. Puede que ya hayamos insinuado que, fueran los que fuesen los pecados o virtudes reales del doctor Judson (y estaba lleno de muchas contingencias profundas e inexploradas), no poseía un carácter muy bueno. Por alguna misteriosa razón se inclinó a tomarle antipatía al otro joven. No le gustó la forma de aquellos dos mechones de su largo y terso pelo, que ponían sobre sus mejillas una insinuación de incipientes patillas; ni la manera como sonreía cortésmente mientras las otras personas hablaban; ni tampoco la manera como hablaba, una manera amplia e indiferente, acerca del arte, de la ciencia o de los deportes, como si todos esos asuntos fueran igualmente importantes o sin importancia, o la forma que tenía de disculparse ante el poeta y el doctor por hacerlo así. Por último, el doctor le censuraba débilmente el hecho de que el visitante fuese cerca de dos pulgadas y media más alto que él, y también por la inclinación (internamente afectada) con la cual subsanaba esta diferencia. Si el doctor hubiese sabido tanto acerca de su psicología como sabía acerca de la de otro cualquiera, habría comprendido mejor los síntomas. Lo único verdaderamente normal en esto es que un hombre aborrece a otro hombre por todo lo que tiene de repulsivo y por todo lo que tiene de atractivo.

El nombre del caballero que vivía en la casa de al lado era, al parecer, Wilmot, y en ello no había nada que indicase que tuviese alguna ocupación en el mundo, excepto reunir impresiones de una especie culta. Le interesaba la poesía, lo que podía servir para explicar que hubiese encontrado agrado en el poeta; pero, desgraciadamente, le interesaba también la ciencia, y esto no le permitía de ninguna manera encontrar el mismo agrado en el hombre de ciencia. Nada hay que exaspere tanto a un apasionado especialista y creyente en especialidades como el que alguien le informe cortésmente de los elementos de su propio tema, especialmente cuando (así ocurre muchas veces) son los elementos que el mismo especialista empezó a refutar y anular diez años antes. La protesta del doctor era vehemente y bordeaba la rudeza. Declaró que ciertas nociones acerca del hombre arbóreo habían sido tachadas de disparatadas cuando Doone empezó a describirlas. Apenas es necesario decir que éste, por ser un gran científico, fue casi universalmente alabado en los periódicos por decir algo muy distinto de lo que actualmente decía en sus libros y conferencias. Judson había oído sus conferencias, Judson había leído los libros, pero Wilmot había leído los periódicos, y ello le daba una gran ventaja en discusiones ante un auditorio de moderna cultura.

El debate había partido de un alarde de suerte del poeta relacionado con sus primeros ensayos como pintor. Mostró algunos viejos dibujos rítmicos de género decorativo y dijo que con frecuencia había practicado el dibujo con ambas manos simultáneamente, y que algunas veces había empezado a descubrir los principios de una diferencia o de una independencia en la afición de las dos manos.

-Así habría llegado usted, creo yo -dijo Wilmot sonriendo-, a dibujar una caricatura de su editor con una mano mientras ejecutaba con la otra los detalles de una parte del plano de una ciudad.

-Una nueva versión -dijo Judson algo ásperamente- de «no dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace tu mano derecha». Si usted me hubiera consultado, le habría dicho que era una habilidad condenadamente peligrosa.

-Yo tenía entendido -replicó lánguidamente el extraño caballero- que su amigo Doone había sancionado el uso de las dos manos por el hombre, en vista de que su consagrado antecesor, el mono, usa actualmente cuatro.

Judson estalló con un explosivo:

-Doone trató de los cerebros de los hombres y de los monos y usó el suyo como hombre -dijo-. Yo no puedo evitar que algunos hombres prefieran usar el suyo como monos.

Cuando se hubo ido, Windrush se mostró un poco molesto con tales modos groseros, aunque Wilmot estaba completamente tranquilo.

-Este joven -dijo el poeta- empieza a ser insoportable. Transforma cada palabra en un argumento y cada argumento en una reyerta. ¿Qué demonios le importa a nadie lo que realmente dijo Doone?

Al ceñudo doctor Judson, sin embargo, le importaba mucho, evidentemente, lo que en realidad había dicho Doone. Le importaba tanto que el doctor (como va se indicó) se tomó la molestia de cruzar la ciudad con objeto de oír con exactitud lo que decía Doone. Acaso había en su interés algo morboso por asegurarse que tenía razón en semejante caso, pues era cierto que pertenecía a esa clase de hombres que no pueden aguantar que se deje un argumento incontestado; acaso hubiera mezclado también en su mente otros motivos y razones. De todos modos, fue turbulentamente en dirección a aquella científica

capilla o tribunal, dejando a Windrush colérico, a Wilmot ceñudo y a Enid turbada y apenada.

La gran mansión de Doone en el West-End, con su clásico pórtico de columnas y su cancela algo funeraria, no acobardó al joven doctor, que subió con decisión los escalones y llamó con energía a la campanilla. Fue introducido en el despacho del gran hombre, y después de tenerse que nombrar él mismo, en vista de los titubeos del doctor, consiguió un reconocimiento medio benévolo. El gran doctor Doone era un caballero muy distinguido, con el cabello blanco y rizado y la nariz ganchuda, y no parecía mucho más viejo que los numerosos retratos suyos que aparecían en los pedantescos semanarios ilustrados que trataban del conflicto entre la religión y la ciencia. No necesitó Judson mucho tiempo para comprobar la exactitud de su versión de la original teoría de Doone. Pero todo el rato que estuvieron hablando, los oscuros e inquietos ojos del joven doctor asaetaron cuanto se encontraba en la habitación, escudriñando cada rincón con una inacabable curiosidad profesional acerca del progreso de la ciencia. Vio los rimeros de nuevos libros y de revistas que estaban sobre la mesa igual que habían llegado del correo, y automáticamente volvió las páginas de algunos de ellos mientras su mirada vagaba y corría a lo largo de las apretadas hileras de las librerías y Doone continuaba hablando, como hacen los hombres viejos, de sus antiguos amigos y enemigos.

-Fue aquel estupendo Grossmark -decía con juvenil animación- quien hizo el mismo embrollo con lo que yo dije. ¿Se acuerda usted de Gossmark? De todos los extraordinarios ejemplos de esta concertada ayuda, puedo decir...

-Algo así como la ayuda que ahora tiene Cubbitt -dijo Judson.

-¡Qué dice usted! -dijo Doone algo irritado-. Gossmark dio realmente un espectáculo en la cuestión arbórea. No contestó a uno solo de mis puntos más que con aquella absurda sutileza acerca de la palabra «eoceno». Branders estuvo mejor; Branders había contribuido de una manera cierta en su tiempo, pero no podía darse cuenta de que éste había pasado. Gossmark, en cambio... Será mejor dejarle.

Y el doctor Doone se sentó en su sillón y sonrió cordialmente.

-Bueno -dijo Judson-. Le estoy muy agradecido. Ya sabía yo que aprendería mucho viniendo a verle.

-En absoluto -dijo el gran hombre levantándose y estrechándole la mano-. Dice usted que lo ha estado discutiendo con Windrush, el paisajista, me parece. Me encontré con él hace años, pero me recordará con dificultad. Era un hombre muy hábil, pero excéntrico, muy excéntrico.

El doctor John Judson salió de la casa con una expresión muy pensativa, y parecía como si diera vueltas en su cabeza a algo más de lo que podía haberse dicho en la entrevista. No tenía el decidido propósito de volver triunfante a la morada de Windrush, armado con las fulminaciones de Doone, pero tenía una tendencia general y medio inconsciente a dirigirse, de todos modos, en esa dirección. Y antes de que sus intenciones fueran claras, se encontró frente a la casa y vio algo que le hizo detenerse y clavar la vista en ello con una especie de estólido recelo. Durante unos momentos permaneció inmóvil; luego atravesó la calle con felina velocidad y escudriñó a su alrededor desde la esquina de la casa.

La noche había cerrado y una luna llena pintaba todas las cosas con pálidos colores. La casa o pabellón que el paisajista construyó al principio en un despejado paisaje estaba

ahora encerrada en una hilera de hoteles, aunque conservaba parte de la curiosa y rústica silueta que le era peculiar. Casi parecía que volvía la espalda algo desmañadamente a la calle. Tal vez esta insinuación de secreto era sugerida solamente por su propio absurdo secreto, pues precisamente detrás de ella podían verse las altas y espigadas tapias del jardín como los muros encastillados de una cárcel de teatro. Una sola hendidura permitía echar una ojeada a la verde y enmarcada maleza; en uno de los lados de la casa estaba la alta y estrecha abertura de una celosía cerrada constantemente; pero a través de las hendiduras, el extranjero en la calle podía ver perfectamente el resplandor de la luz de la luna sobre las hojas. Ahora bien: el extranjero en la calle (si puede ser descrito de este modo el doctor Judson) podía en aquel momento ver algo más que le sorprendió en extremo.

Una larga y delgada figura, que parecía más oscura en el contraluz de la claridad de la luna, utilizaba evidentemente como escala esta especie de celosía. Estaba escalándola rápidamente por la parte interior con zanquilargos y sinuosos movimientos que recordaban los de los monos que habían constituido el tópico de la anterior conversación. Parecía un mono excepcionalmente alto, y cuando llegó al último travesaño de su escala - desde donde se inclinó hacia el interior de la calle-, el viento que hacía en aquel alto lugar tomó dos largos rizos de su cabello y los agitó fantásticamente, como si aquel hombre fuera una especie de demonio con dos cuernos, que podía mover lo mismo que si fueran orejas. Pero en esta última impresión, en la que alguien podía encontrar la culminación de lo misterioso, el sentido común del doctor Judson encontró realidad y reconocimiento. Ya estaba familiarizado con aquellos mechones de pelo que tanto molestaban. Los había visto colgar (así lo expresaría él ruin-mente) como dos patillas femeninas en el semblante del condescendiente señor Wilmot, que se apeó muy graciosamente con un salto jocosos y le saludó sin ninguna sombra de disgusto por encontrarle.

-¿Qué diablos hace usted aquí? -preguntó Judson coléricamente.

-¡Cómo, si es el doctor! -dijo el otro, como quien acaba de recibir una agradable sorpresa-. ¿Le parezco a usted un caso especial de «lunático»? Me olvidé de que puedo ser un caso para un psicólogo.

-Me parece que más bien es usted un caso para un policía -dijo el señor Judson-. ¿Puedo preguntarle que está usted haciendo en el jardín de Windrush, que éste quiere mantener cerrado, y, además, por qué sale de él de este modo?

-Y yo podría preguntarle a usted perfectamente por qué me interroga -replicó el otro burlescamente-. A menos que yo esté confusamente mal informado, usted no es el señor Walter Windrush, como yo no lo soy tampoco. Pero le aseguro, doctor Judson, que no es mi ánimo discutir.

-Tiene usted una extraña manera de decirlo -dijo el doctor con tono bélico.

El misterioso señor Wilmot se le acercó de una forma curiosamente confidencial, nueva por completo en él. Su aspecto algo ligero y sus bromas habían terminado, y dijo, bajando la voz hasta un tono de gran seriedad:

-Puedo asegurarle a usted, doctor, que tengo excelente derecho, el mejor derecho posible, para estar en el jardín de Windrush.

Y después de estas palabras, el misterioso vecino pareció evaporarse en las tinieblas, desvaneciéndose, como es de suponer, dentro de su propia casa, cuya puerta estaba próxima. El doctor Judson se volvió bruscamente, y encaminándose a la puerta de la casa

de Windrush tiró furiosamente de la campanilla.

El señor Windrush no estaba en su casa. Había salido para asistir a un gran banquete en honor de alguna celebridad artística y no volvería al hogar hasta última hora. Pero la conducta del doctor Judson era, ciertamente, algo extraña y ruda, tanto que la joven, que le recibió, tuvo la momentánea y desagradable sensación de que podía estar borracho, a pesar de lo incongruente que esto era en la rígida e higiénica rutina de su existencia. Se sentó repentina y resueltamente en el estudio, enfrente de Enid Windrush, como decidido a decir alguna cosa, y luego no dijo nada. Estaba tan inmóvil como una oscura estatua, con la diferencia de que fumaba, y al observarle, a Enid no se le ocurrió pensar más que en la metáfora de que ardía y echaba humo. Ella nunca se había dado cuenta antes de cómo su ancha y redonda cabeza parecía combarse en las sienes y sobre las cejas, de cómo sus recién afeitadas mejillas y barba parecían dilatarse implacablemente, y que un resplandor de oscuras emociones brillaba en sus ojos. Pero esta vez parecía doblemente grotesco a causa de que sus cuadradas y fuertes manos estaban entrelazadas sobre el puño de un quitasol, emblema de su exacta y prosaica vida. Ella esperaba algo, como si se hubiera sentado a contemplar una redonda y negra bomba que estuviese humeando y haciendo tic-tac delante de ella.

Por fin, dijo con áspera voz:

-Deseo ver, si es posible, ese árbol del que está tan enamorado su padre.

-Me temo que sea imposible -contestó ella-. Es el único punto respecto al cual mi padre es muy particular. Dice que le gustaría que cada hombre tuviera su árbol favorito y que significase un lugar de soledad para él. Pero dice que no quiere prestar a ninguna persona su árbol, como no prestaría su cepillo de dientes.

-Todo eso son desatinos -dijo el doctor ásperamente-. ¿Qué haría si yo saltase por encima del muro, o si de otro modo cualquiera entrase dentro de su jardín?

-Lamento mucho tenérselo que decir -dijo ella con voz temblorosa-, pero si usted entra en su jardín, no volverá jamás a entrar en esta casa.

Judson miraba fijamente a sus pies, y ella creyó sentir un ruido parecido al golpe seco de un gatillo antes de disparar.

-Y sin embargo permite al señor Wilmot que entre en su jardín. Ese caballero tiene privilegios de muchas clases.

Enid se quedó mirándole unos segundos sin hablar.

-¿Que permite al señor Wilmot que entre en su jardín?... -repitió.

-¡Gracias, Dios mío! -dijo el doctor-. Parece que usted, al menos, no está enterada de ello. Wilmot me dijo que tenía los mejores derechos para hacerlo, y yo, como es natural, pensé en que usted le autorizaba o que lo autorizaba su padre. Sin duda, es posible que... espere un minuto... Más tarde le diré a usted... ¡Su padre me prohibiría entrar en su casa! ¿Lo haría?

Y con estas palabras, tan poco apropiadas en boca de un médico, se lanzó fuera de la casa tan bruscamente como había entrado.

Enid cenó sola, muy pensativa, dando vueltas en la imaginación a muy complejos y aun contradictorios juicios críticos sobre este extraordinario joven. Luego su pensamiento fue hacia su padre y hacia su resaltante informalidad, y algo la indujo a ir a su despacho y taller, situado en la parte posterior de la casa, que se proyectaba dentro del jardín. Allí

había unos lienzos pintarrajeados con bocetos sin terminar, entre los cuales destacaba el de la redonda cabeza que parecía combarse en las sienas, en el que se había basado el argumento motivo de cólera la tarde anterior. Ella los miró molesta, recordando los extremos de disputa que semejantes cosas habían originado. Tenía una inteligencia recta y sana, y no lograba encontrar una razón para discutir por semejantes cosas, lo mismo que no lograba encontrar metafísica en el papel de las paredes o moral en una alfombra turca. Pero la atmósfera del debate la molestaba, en parte porque también molestaba a su padre, y miró algo pensativa por la ventana francesa que había en el fondo del estudio hacia la oscuridad del cerrado jardín.

Al principio estaba subconscientemente trastornada, creyendo ver allí algo como un movimiento en la clara noche iluminada por la luna, pero gradualmente volvió a la realidad de que sólo había en el centro del jardín una cosa que se movía: la tosca y achaparrada silueta del innominado árbol. Por un momento sintió la pueril sensación de que fuera un duende, porque creyó que podía moverse como un animal o darse aire como un gigantesco abanico. Luego vio que su sombra cambiaba, como si le hubiese brotado una nueva rama, y después vio que una figura humana surgía de él. La figura osciló y se dejó caer a la manera de un mono, y luego avanzó hacia la ventana con la silueta perfectamente definida de un hombre. Entretanto todos sus pensamientos habían cesado, y vio que aquel hombre no era su padre ni tampoco el señor Wilmot, de la casa de al lado. Un creciente pero incomprensible terror se apoderó de ella, como cuando en una pesadilla se ve que los amigos cambian de cara. John Judson se acercó a la cerrada ventana y habló, pero ella no pudo oír lo que decía. Todas las pesadillas se concentraron en esa boca que se movía en el silencio, en esa película medio visible. Era como si Judson fuera mudo como un pez, flotando dentro de una pecera, y su rostro estaba tan descolorido como la tripa de los pescados del fondo del mar.

Las ventanas que daban sobre el jardín estaban cerradas, al igual que todas las puertas, pero Enid sabía dónde guardaba las llaves su padre, y en un momento estuvieron abiertas. Su indignada reconvención se ahogó en sus labios, porque Judson exclamó con una enronquecida voz que ella nunca había oído antes en ningún ser humano:

-Su padre... por fuerza tiene que estar loco.

Se detuvo, como si se espantara de sus propias palabras. Luego se llevó las manos a sus combadas cejas, como si asiese sus cortos y negros pelos, y después de un silencio dijo de nuevo, aunque con diferente entonación:

-Por fuerza tiene que estar loco.

El instinto de Enid le dijo que él había dicho dos cosas distintas, aunque había repetido las mismas palabras. Pero pasó mucho tiempo antes de que llegara a comprender la diferencia que había entre aquellas dos exclamaciones, o lo que había ocurrido entre ellas.

#### **4. - LA ENFERMEDAD DE LA DUODIAPSICOSIS**

Enid Windrush era un ser humano, un auténtico ser humano. Tenía varios matices y diferentes grados de indignación, pero en aquel momento todos se presentaron a la vez. Estaba encolerizada porque su visitante llegaba a aquellas horas de la noche y entraba por

la ventana en vez de hacerlo por la puerta; porque una persona por quien había sentido algún afecto procedía como un ratero; porque los deseos de su padre habían sido desdeñosamente desatendidos; por estar espantada, y más enfadada aún por comprobar que no había ningún motivo para sentir aquel espanto. Pero era humana, y estaba acaso más enfadada todavía por el hecho de que el intruso aún no había aceptado o rechazado ninguna de sus expresiones de cólera. Se sentó con los codos en las rodillas, apretándose las sienes, que parecían estallarle, con las manos y pasó largo rato antes de que saliese de él esta impaciente pregunta:

-¿No comprende lo que pienso?

Luego saltó con su habitual brusquedad y corrió a uno de los grandes lienzos sin terminar y escudriñó en él. Luego, con la misma fiebre, examinó otro y otro más. Después volvió hacia ella un rostro casi tan tranquilizador como esos carteles que tienen un cráneo y dos tibias cruzadas, y dijo:

-Lamento enormemente tenérselo que decir, señorita Windrush. En claras palabras, su padre está enfermo de duodiapsicosis.

-¿Es eso lo que usted entiende por claras palabras? -preguntó ella.

Él añadió con voz baja y ronca:

-Empieza como un ejemplo de atavismo arbóreo.

Es un error para el hombre de ciencia tropezar con un ser inteligente. Las dos últimas palabras eran suficientemente familiares, en una época de ciencia popularizada, para que al oírlas la muchacha saltase con impetuoso ardor:

-¿Tiene usted la insolencia de sugerir -exclamó- que mi padre necesita aún vivir en un árbol, como un mono?

-¿Qué otra explicación puede haber? -explicó él sombríamente-. Es un asunto verdaderamente penoso, pero la hipótesis está sostenida por los hechos. ¿Por qué habría de desear estar siempre solo con el árbol, a menos que su conducta fuera más grotesca de lo que parece adecuado a su posición social? ¡Ya sabe usted cómo es este barrio! Por esa razón se explica su horror al suburbio, su horror completamente exagerado por la ciudad, su febril y fanático anhelo hacia tierras de bosques y regiones salvajes. ¿Qué puede significar todo esto si no es el atavismo arbóreo? Aparte de esta razón, ¿qué otra cosa puede explicar la completa historia de cómo se quedó a vivir sobre él? ¿Cuál era la naturaleza de este ingobernable anhelo que por primera vez surgía en él con la sola presencia del árbol? Un apetito tan poderoso que podía llegar de lo más hondo de la naturaleza, de las mismas raíces del origen evolutivo del hombre. ¿No es un triste, pero convincente ejemplo de la ley de Doone?

-¿Qué son todos esos disparates? -exclamó Enid-. ¿Se imagina usted que mi padre no había visto jamás un árbol antes?

-Debe usted recordar -replicó el otro con la misma hueca y desesperada voz- las formas especiales del árbol. Pudo ser trazado para estimular esas memorias olvidadas de la primitiva casa del hombre. Es un árbol que parece todo ramas, e invita a trepar con sus cientos de sitios donde poner el pie. Esos primarios impulsos o instintos fundamentales habrían sido bastante simples en cualquier caso, pero, desgraciadamente, éste es desde su comienzo más complejo. Se ha desarrollado dentro de un caso de semicuadrumana ambidestreza.

-Eso no es lo mismo que dijo usted antes -dijo ella con suspicacia.

-Lo admito -repuso él con un estremecimiento-; esto es, en cierto modo, un descubrimiento que he hecho.

-Y me figuro -dijo Enid- que estará usted tan orgulloso con sus horribles descubrimientos que no vacilará en sacrificar a ellos a mi padre o a mí.

-No me sacrifique usted. Sávese -indicó Judson, y se estremeció de nuevo. Luego se dominó con un esfuerzo y continuó con el mismo tono mecánico enloquecedor que tiene un hombre que lee:

-La reacción antropoide lleva consigo un esfuerzo para recobrar el uso de todos los miembros, de modo semejante a los monos. Esto conduce a ensayos de ambidestreza como aquellos que su mismo padre confesaba: los de tratar de dibujar y de pintar con ambas manos. Y en un grado más, probablemente intentará también pintar con los pies.

Se miraban de hito en hito y se podía medir el horror de esta entrevista, en la que ninguno de ellos sonreía.

-El resultado -continuó el doctor-, el resultado verdaderamente peligroso de esto está en que descansa sobre una tendencia de separación entre las funciones del organismo. Semejante ambidestreza no es natural en el hombre en su actual período evolucionario, y puede conducir a un cisma entre los lóbulos cerebrales. Una parte de la imaginación puede volverse inconsciente de lo que otra parte intenta hacer. En tal estado, una persona no es responsable... y en realidad debe estar bajo vigilancia.

-No creo una sola palabra de todo eso -dijo la señorita coléricamente.

Levantó una mano y apuntó de sombría manera a los tétricos lienzos y ramas de papel moreno que colgaban sobre ellos, en los que estaban trazadas con líneas verticales y fantásticos colores las visiones del ambidextro artista.

-Mire esas pinturas -dijo-. Mírelas con bastante detenimiento, y verá exactamente lo que yo quiero decir y lo que quieren decir ellas. El motivo árbol está repetido una y otra vez como una monomanía, porque un árbol es un brillante y centrífugo modelo que sugiere el movimiento de las dos manos a la vez, con un pincel en cada una. Pero un árbol no es una rueda. Habría menos brazos en una rueda. Un árbol, en cambio, tiene ramas a cada lado, pero no son las mismas. Y entonces es cuando empieza el maldito peligro.

Esta vez hubo un mortal silencio, que rompió el doctor con su mismo tono monótono.

-El intento de ejecutar la variación de ramas con simultáneos movimientos ambidextros conduce a la disociación de la unidad y continuidad cerebral, a la ruptura del control moral solvente y de la subsiguiente coordinada conversación...

En la negra tormenta de su mente tuvo ella como una ráfaga de luz intuitiva y dijo:

-¿Es esto una especie de venganza?

El doctor se detuvo a la mitad de la frase y se volvió con los labios pálidos.

-¿Ha terminado usted con sus palabrejas, embustero, matasanos y charlatán? -exclamó ella en un desahogo de indescriptible furia-. ¿Cree usted que no sé por qué trata de decirme que mi padre no es responsable? Porque le he dicho que él le echará de esta casa... Porque...

Los pálidos labios parecieron moverse en una mueca de agonía, y dijo:

-¿Y por qué me importaría eso?



-Porque... -empezó a decir la joven, pero se detuvo, como si no pudiera seguir. Se había abierto delante de ella un abismo en el que no veía nada.

Él se sentó un momento sobre el sofá, rígido como un cadáver; pero de pronto aquel cadáver volvió a la vida.

-Sí -exclamó, levantándose de un salto-. ¡Tiene usted razón! ¡Es por usted, siempre por usted! ¿Cómo puedo yo dejarla sola con él? ¡Debe usted creer lo que le digo! Y le digo que ese hombre está loco.

Y exclamó de pronto, con una nueva y resonante voz: -Juro en nombre de Dios que tengo miedo de que la mate! ¿Cómo quiere usted que viva con ese temor?

Se quedó tan aturdida con este estallido de pasión después de la anterior pedantería, que por primera vez algo rompió e hizo que le temblara la firmeza de su voz, y solamente pudo decir:

-Si es en mí en quien piensa usted, puede dejarme tranquilamente a solas con él.

Al oír esta especie de despedida que le dedicaba, exclamó con una voz que parecía venir de una distancia de cien kilómetros:

-Se olvida usted de que soy médico, y que tengo en estos casos una obligación con el público.

-Ahora sé que es usted un zorro y un pícaro -contestó la joven-. Y también ellos tienen obligaciones con el público.

Y luego, en el silencio que siguió, ambos oyeron unos sonidos que por sí solos hubieran podido, acaso, arrancarlos de su muda desconfianza. Unos largos, ligeros y oscilantes pasos sonaron en el pasillo, y el tarareo de un canto satisfecho dijo a Enid quién había regresado. Un momento después Walter Windrush entró en la habitación, vestido de frac y mirando a los presentes de una manera alegre y algo burlona. Era un alto y distinguido caballero, y delante de él la figura del adusto doctor no solamente parecía cuadrada, sino achaparrada. Cuando el artista miró a su alrededor y vio abiertas las ventanas de su estudio, toda la alegría desapareció de su rostro.

-He sido yo quien ha estado dentro del jardín -dijo el doctor con voz lenta.

-Entonces tendrá usted la bondad de salir de mi casa -dijo el artista.

Se había dirigido a él pálido de cólera o movido por otra pasión, pero habló con claridad y con firmeza. Después de un silencio añadió:

-Tengo que pedirle a usted que dé por terminadas toda clase de relaciones conmigo y con mi familia.

Judson le miró fijamente y se dirigió hacia la puerta con violentos gestos, que pudo dominar antes de llegar a ella. Pero cuando habló, su voz sonó como algo que estuviese fuera de su dominio.

-Dice usted que tengo que salir de esta casa. Y yo le digo que será usted quien saldrá de ella.

Luego, como si rechinasen sus dientes, añadió con una inconcebible crueldad intelectual:

-Voy a hacer que le declaren loco.

Salió furiosamente de la habitación, y Windrush se volvió a su hija, que le miraba fijamente con los ojos muy abiertos; pero era tal el dolor de su rostro que pensó durante

unos segundos que su hija estaba muerta.

Enid nunca pudo recordar muchos detalles de las cuarenta y ocho horas siguientes, durante las cuales la amenaza se llevó a cabo con todas sus consecuencias. Pero se acordaba de alguna hora innominada durante una mañana o una noche, aunque creía recordar que fue en una noche de insomnio, en la que se asomó a la puerta y miró a un lado y a otro de la calle, como si esperara que los vecinos fueran a salvarla de la casa incendiada.

Pero al mismo tiempo se insinuó dentro de ella la certeza, más cruel que el mismo fuego, de que en la clase de calamidad en que se encontraba no podía esperar nada de sus vecinos, ni acudir a ellos en contra de la máquina de la moderna opresión. Vio a un guardia que estaba de pie junto a un farol, al lado de la casa inmediata y pensó llamarlo, como si se tratara de salvarla de un ladrón, pero se dio cuenta de que para su caso lo mismo podía llamar al farol. Si dos médicos llegaban a atestiguar que Walter Windrush estaba loco, tendrían de su parte a todo el mundo moderno, policía incluida. Si se decidían a testificar que se trataba de un caso de urgencia, podían llevárselo inmediatamente ante los ojos de cualquier policía, y le pareció a Enid que se lo iban a llevar inmediatamente. De todos modos había algo en aquel policía plantado en semejante lugar, donde ella no había visto ninguno hasta entonces, algo que saltaba a la vista. Mientras miraba hacia la puerta vecina vio al señor Wilmot, que salía de su casa con una lámpara de bolsillo en la mano.

Sintió el repentino impulso de consultarle, y acaso era un impulso de hacerlo a quienquiera que fuese. Pero siempre le había parecido que él era un hombre a quien se podía pedir informes de muchas clases, incluso científicos, e impulsivamente corrió hacia él, pidiéndole que le concediera unos momentos de conversación. El señor Wilmot parecía tener un poco de prisa, lo que estaba lejos de ser su conducta habitual, pero se inclinó cortésmente y la hizo entrar en su salón. Cuando estuvo allí la invadió una inexplicable timidez o deseo de excusa. Sintió una desconocida e irracional repugnancia de confiar su secreto a alguien a quien apenas conocía. Por otra parte, había algo de no familiar en las conocidas caras y maneras del señor Wilmot. Llevaba gafas de concha, a través de cuyos cristales su mirada parecía más aguda y más alerta que de costumbre. Su traje era el mismo, pero estaba abotonado más elegantemente, y todos sus movimientos eran más rápidos. Tenía aún los mechones de pelo que parecían patillas, pero el rostro, debajo de ellas, tenía una expresión tan alterada que se podía casi suponer que las patillas formaban parte de una peluca.

Aturdida y perpleja como no lo había estado jamás, se sintió impulsada a exponer el caso de una manera más impersonal, y le preguntó si podía darle su opinión acerca de un amigo de ellos a quien habían indicado que tenía una enfermedad llamada duodiapsicosis. ¿Podía decirle si existía semejante enfermedad, ya que ella sabía que estaba muy enterado de todas esas cosas?

Él admitió que sabía un poco sobre aquellas cosas, pero le manifestó cortésmente encontrarse muy atareado. Examinó un libro de consulta, pasando las páginas con mucha rapidez, y como ya sospechaba, no encontró en él nada referente a semejante caso.

-Me parece -dijo mirándola gravemente a través de sus gafas- que su amigo puede ser víctima de un charlatán.

Con esta confirmación de sus sospechas, regresó algo impaciente a su casa, acompañada por él, a quien el policía saludó, en lo que no había nada de particular, porque los

guardias saludaban a su padre y a otros vecinos conocidos. Pero ella pensó que había algo extraño en que él dijera al guardia al pasar:

-Hay una cosa más de la que tengo que asegurarme. A menos que yo telegrafe, las cosas pueden seguir adelante como está acordado.

Cuando Enid llegó a su casa vio que pasaba algo peor que la muerte. Ante la puerta esperaba un coche negro, lo que trajo a su mente, casi con deseos, la idea de un funeral. Si ella hubiese sabido quién estaba dentro del coche hubiera podido detenerlo y hacer una escena en la calle. Al ver el coche saltó enérgicamente dentro de la casa y se encontró con dos graves doctores vestidos de negro sentados a la luz de una ventana baja de la sala, ante una mesa que estaba cubierta de documentos oficiales y plumas y tinta. Uno de los doctores, que iba precisamente a firmar uno de los documentos, era un caballero imponente, de pelo blanco como la plata, y que llevaba un elegante abrigo de astracán; por la conversación pudo enterarse de que se llamaba Doone. El otro médico era el abominable John Judson.

Enid se detuvo un momento antes de entrar en la habitación y oyó las últimas palabras de su científica conversación.

-Usted y yo sabemos, por supuesto -decía Judson-, cómo la mera idea del subsentido, o división horizontal de la mente, ha sido reemplazada por la división vertical de la mente. Pero los juristas todavía no habrán oído hablar del nuevo doble o ambidextro sentido.

-De acuerdo -dijo el doctor Doone con una voz uniforme y tranquila.

Tenía una voz muy tranquila, y con ella hizo en realidad cuanto pudo para tranquilizar a Enid Windrush. Realmente parecía estar profundamente afectado por lo trágico de su situación.

-No sabe usted lo mucho que siento sus desgracias -dijo-; pero, por lo menos, le diré que se hará cuanto sea necesario por mitigar el terrible choque. No le ocultaré a usted que su padre está ya en el coche al cuidado de enfermeros hábiles y humanos. Hemos empleado algún engaño para convencerle, como se hace siempre con esta clase de enfermos, pero no le he dicho nada que no fuera cierto al afirmar que iba con sus mejores amigos. Éstas son cosas muy terribles, hija mía. ¡Quién sabe si nosotros también...!

-¡Oh, firme ese papel y vámonos! -dijo rudamente el doctor Judson.

-Cállese, señor -contestó Doone con dignidad e indignación-. Si no tiene usted ni las maneras ni la moral necesaria para tratar a las personas en su infortunio, yo, por lo menos, tengo más experiencia. Lamento mucho, señorita Windrush, lo ocurrido.

Estrechó su mano y Enid permaneció callada, vacilante. Luego retrocedió aturdida, tan distraída que se dirigió al doctor Judson.

-¡Eche usted a ese hombre! -exclamó con un chillido histérico-. Échelo. Es más terrible que...

-Más horrible que... -repitió Judson, esperando la respuesta.

-Más horrible que usted.

-¿No ha firmado todavía ese condenado papel? -dijo Judson, que ardía de impaciencia.

Pero mientras ellos habían estado hablando separados de él, Doone firmó el papel, y Judson se lo arrebató con furiosa precipitación y salió de la casa.

Y entonces ella vio algo que ponía a Judson fuera del alcance de su perdón. Y era que

cuando bajaba corriendo las escaleras parecía ir dando una especie de saltos de alegría, como un chico en domingo, como un hombre que ha conseguido lo que deseaba. Ella comprendió que podía olvidarlo todo menos aquellos saltitos finales de alegría.

Algún tiempo después -no podía decir cuánto- permanecía Enid sentada aún, mirando fijamente por la baja ventana a la calle desierta, postración en que cayó cuando su alma sintió que no le podía ocurrir nada peor en este mundo. Pero estaba equivocada, pues sólo pasaron unos minutos cuando dos guardias y un hombre de traje claro subieron los escalones de su casa, y después de algunas excusas y penosas explicaciones anunciaron que tenían una orden de detención contra Walter Windrush, acusado de asesinato.

## 5. - EL SECRETO DEL ÁRBOL

Las razones de los sencillos son más alambicadas que las de los sutiles. Los primeros no ordenan sus propias emociones, y el resultado es con frecuencia más misterioso, especialmente porque no tratan después de aclarar el misterio. Enid tenía un carácter muy elemental e inconsciente, pues nunca se había hallado metida en un barullo semejante de pensamientos y emociones. Y su primer sentimiento, bajo aquel último choque, fue el primitivo y humano de que su aislamiento había llegado a su fin. Se había encontrado con algo más abrumador y complicado de lo que podía soportar sola, y comprendió que debía tener un amigo.

Por esa razón cruzó la puerta de su casa y bajó por la carretera a buscar a un amigo, y encontró a un charlatán, un intrigante y grotesco embustero, un hombre que había hecho a ella y a los suyos el más abominable agravio, y se lo encontró cuando estaba precisamente en su casa, en cuya puerta había una placa de latón. Algo que no fue formulado en palabras le dijo de una manera oscura y retorcida que él estaba de su parte y que se las arreglaría para alcanzar cualquier cosa que se propusiese. Le puso al corriente de toda la extraña historia y le habló con tanta naturalidad como si fuera su hermano.

-Deseo que vuelva usted a nuestra casa un momento -dijo ella-. Otra cosa espantosa ha ocurrido ahora, y yo no hago nada con pies y cabeza.

Se volvió él rápidamente y lanzó una fugaz mirada calle arriba.

-¡Ah! -dijo-. ¿Entonces es que la policía ha estado ya?

Ella le miró fijamente un momento, turbada, y una luz empezó a iluminar gradualmente su petrificado cerebro.

-¿Sabía usted que iban a venir? -preguntó.

Y luego, con una última y general llamarada, Enid creyó comprender un millar de cosas a la vez. Y el conjunto de todas ellas era acaso curioso, pero sólo salió de ella la expresión de un asombro incrédulo

-Pero, entonces, ¿no es usted un malvado? -preguntó.

-Lo soy moderadamente -contestó él-, pero me atrevo a decir que lo que he hecho sería considerado injustificado. Era la única cosa que se me ocurrió para salvarle, y tenía que hacerse rápidamente.

Enid lanzó un hondo suspiro y sintió como si amaneciera gradualmente y viera con su

memoria y su sensación una cosa ya lejana.

-Ahora veo claramente -dijo-, que era exactamente igual a lo que hizo usted cuando le salvó de ser atropellado.

-Temo ser impetuoso -dijo Judson-. Acaso saltase entonces demasiado pronto.

-Pero en ambas ocasiones -dijo ella-, usted fue el único que saltó a tiempo.

Luego se volvió sola a su casa. Su mente estaba aún estratificada de terror por la sensación recibida de que su padre era como un mono, un lunático o algo peor. Y, sin embargo, en un rincón de su abatida alma algo estaba cantando, porque después de todo su amigo no era tan malo como había creído.

Diez minutos después, cuando el inspector Brandon, representante del C.I.D., un hombre de pelo rufo, de aspecto impasible, pero de mirada vivaracha, entró en el recibimiento de Windrush, se encontró delante del rostro cuadrado y de los angulosos hombros del médico de pelo negro e inescrutable sonrisa. Nadie que hubiera visto al doctor Judson sacudido por las varias pasiones de la última y peligrosa crisis le habría reconocido en el plácido e impenetrable amigo de la familia que ahora estaba sentado frente al policía.

-Estoy seguro, inspector, de que coincidirá conmigo en el deseo de evitar a la infortunada señorita todo cuanto sea posible -dijo afablemente-. Espero ser médico de la familia, y por lo tanto responsable de su estado en cualquier circunstancia. Pero soy responsable, además, en otros sentidos, y puedo asegurarle, por mi parte, que un hombre en mi situación no pondrá obstáculos en el camino del cumplimiento del deber. Espero que no tendrá usted inconveniente en explicarme brevemente la naturaleza del asunto que aquí le trae.

-Está bien, señor -replicó el inspector-. En lo que a estas cosas se refiere, es generalmente un alivio poder hablar con una tercera persona, pero comprenderá, de la misma manera, que yo espero de usted que me hable claro.

-Hablaré bastante claro -contestó el doctor fríamente-. Supongo que usted tiene una orden de detención contra el señor Walter Windrush.

El policía hizo una señal afirmativa.

-Por el asesinato de Isaac Morse -dijo -. ¿Sabe usted dónde está Windrush en estos momentos?

-Sí -contestó Judson con seriedad-. Sé dónde está Windrush en estos momentos.

Miró a través de la mesa tranquilamente, sin fruncir las cejas, y añadió:

-Se lo diré si usted quiere. Y le llevaré donde está si lo desea. Sé con exactitud dónde se encuentra.

-Ya sabe usted que a nosotros no se nos puede ocultar nada -dijo el inspector-. Usted contrae una seria responsabilidad si hay una posibilidad de que se escape.

-No se escapará -dijo el doctor Judson.

Hubo un silencio, que fue roto por unos pasos ligeros fuera de la casa, y un chico de telégrafos subió los escalones de la puerta con un telegrama para el inspector. Este funcionario lo leyó, frunciendo el ceño con sorpresa, y luego miró a su interlocutor.

-Este telegrama oportunamente-dijo-. Parece justificar nuestra pausa para una explicación, si está usted completamente seguro de lo que dice.

Y entregó el telegrama al doctor, que leyó con una rápida ojeada estas palabras:

«No haga usted nada acerca de W. W. hasta que yo llegue. Estaré de regreso dentro de media hora.- Harrington».

-Es de mi jefe -dijo el policía-. El detective jefe que ha estado estudiando el asunto en el lugar mismo de los hechos. Actualmente es sin duda uno de los mejores detectives del mundo.

-Sí -dijo el doctor secamente-. ¿No es el señor Harrington quien realiza sus investigaciones bajo el nombre de señor Wilmot y vive en la casa de al lado?

-Parece que sabe usted algo de esto -replicó el inspector Brandon con una sonrisa.

-Sí, su amigo se parecía tanto a un ladrón que yo supuse que podía ser un policía -dijo Judson-. Me dijo que poseía los mejores derechos, y como yo me enteré de que no tenía la autorización de la familia, supuse que asumía probablemente los de la ley.

-Sea como fuere, me dijo que estaba bastante seguro de este caso -dijo el otro-. Harrington se encuentra muy cerca de la infalibilidad en su ya larga carrera. Y en este momento tenía la justificación, por lo que había encontrado, de que era una cosa que no podía sospechar nadie.

-Lo que encontré -dijo el doctor- fue el esqueleto de un hombre que rellenaba el hueco del árbol, donde, evidentemente, había permanecido mucho tiempo. Esqueleto marcado con una inconfundible herida en el occipucio, herida hecha violentamente, y con la mano izquierda.

Brandon le miró con asombro.

-¿Y cómo sabe usted que encontró todo eso? -preguntó.

-Lo sé porque yo también lo encontré -contestó Judson.

Hizo una pausa, y luego añadió:

-Sí, inspector, es completamente cierto que sé algo de este asunto, como dice usted, y que puedo llevarle donde está Windrush si es preciso. De todos modos, no reclamo ningún derecho a negociar con usted, pero puesto que está en tiempo de espera, por el momento, a causa de ese telegrama, y yo me encuentro en situación de ayudarle, ¿puede usted hacerme a cambio un favor? ¿Quiere contarme toda la historia, o acaso sea mejor decir toda la teoría?

El rostro de Brandon, del C.I.D., era no solamente alegre y satisfecho, sino también altamente inteligente cuando desapareció la primera apariencia de impasibilidad. Miró pensativamente al doctor durante unos momentos, y pareció aprobar lo que había pensado. Luego dijo con una sonrisa:

-Supongo que es usted uno de esos detectives aficionados que leen historias o escriben sobre ellas. Está bien. No niego que ésta sea una historia algo detectivesca. En todos los libros de esta clase hay siempre una pregunta que en esta ocasión es bastante pertinente. La habrá visto veinte veces. ¿Cree usted que un verdadero genio necesita cometer un crimen?

Reflexionó un poco, y luego continuó:

-Desde nuestro punto de vista, el gran problema en todo caso de asesinato es siempre lo que ha de hacerse con el cuerpo, y creo que esta dificultad ha salvado muchas veces a un hombre de ser asesinado. Porque es más peligroso un enemigo muerto que vivo. Se han

ensayado toda clase de tretas: desmembración y dispersión del cuerpo, arrojarlo dentro de hornos y estufas, enterrarlos en cal viva, como hizo el doctor Crippen. Y en el estudio de semejantes historias se destaca ésta como la más extraordinaria y, sin embargo, efectiva explicación de lo que yo llamo un hombre de genio.

Isaac Morse prosperaba hace unos veinte años como agente financiero y como hombre de negocios. Supongo que sabe usted lo que esto significa. En realidad subía como prestamista, es decir, como un malvado. Así, a expensas de otras personas, prosperaba tanto que era probablemente muy impopular entre gran cantidad de individuos cuya situación no era tan próspera. Entre estos individuos estaban dos estudiantes; uno, el menos interesante de los dos, era un estudiante de medicina llamado Duvaen. El otro, un estudiante de arte llamado Windrush.

El financiero fue lo bastante imprudente para dejar su coche y su chófer y cruzar un matorral para ir al hotel donde debían celebrar una conferencia. De esta manera pasaron por un desolado erial en declive, en el que sólo se veía ese estrambótico árbol hueco. ¿Qué habría hecho un estúpido asesino profesional? Habría matado, sin duda, cuando los demás compañeros hubieran vuelto la espalda, y hecho esto, y mientras vigilaba, habría cavado una sepultura poco profunda en el arenoso matorral. O habría tratado de llevar lejos el cadáver en una caja. Ésta es la diferencia entre un asesino vulgar y un hombre de imaginación, un artista. El artista intentó algo completamente primitivo, nuevo y aparentemente absurdo, pero algo que ha permanecido secreto durante veinte años. Demostró tener una afición romántica a este determinado lugar, alardeó de su propósito de comprarlo y de vivir en él. Así lo hizo, y de esta manera escondió a todas las miradas su propio secreto, lo que él había ocultado allí. Porque en aquel momento, cuando el otro estudiante se adelantó y quedó oculto por el árbol achaparrado, dio a Morse un golpe mortal con su mano izquierda y lanzó su cuerpo dentro de la caverna abierta en el árbol. Era un lugar solitario, y, naturalmente, nadie le vio provocar aquella muerte. Pero mucho después, el estudiante de medicina se marchó del hotel y tomó un tren para Londres, y otra persona que pasó sobre el páramo vio a Windrush sentado en el suelo mirando fijamente al árbol y a los charcos, en una oscura ensoñación llena, sin duda, con su arriesgado proyecto. Y es una cosa curiosa que el hombre que pasó por allí pensó que aquella figura solitaria miraba de una manera tan trágica como Caín, y que los charcos parecían como de sangre en aquella roja puesta de sol.

El resto de su audaz proyecto o artística actitud pudo ejecutarlo con bastante facilidad. Al jactarse de lunático escapó a toda posible sospecha de ser criminal. Pudo enjaular el árbol como si se tratara de un animal salvaje, mientras todos pensaban que él era más tonto de lo que parecía. Ya sabrá usted que la jaula fue hecha al principio muy justa, y cuando las gentes empezaron a tocar o examinar el árbol cerró a todos la entrada del jardín. Excepto a Harrington y, al parecer, a usted.

-Supongo -dijo Judson- que Harrington, o Wilmot, o como quiera usted llamarlo, le dijo a usted que el artista admitía ser ambidextro, y que hacía las cosas con la mano izquierda tan bien como con la derecha.

-Exactamente -repuso el inspector-. Bueno, doctor Judson, le he complacido diciéndole todo cuanto sé hasta el presente. Si hay alguna cosa más que usted sepa y que no sepa yo, le ruego encarecidamente que me diga si está dispuesto a devolverme el favor. Se trata de un serio asunto de asesinato. Es un caso para colgar a una persona.

-No -dijo el doctor Judson pensativamente-, no es un asunto para colgar a nadie.

Y como su interlocutor le miraba asombrado, añadió con la misma expresión meditabunda:

-No colgarán nunca a Walter Windrush.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó el funcionario con una nueva y aguda voz.

-Porque -continuó diciendo el doctor, resplandeciente-, Walter Windrush ha estado en un manicomio durante algún tiempo. Su diagnóstico de regular manera, y las autoridades médicas que lo certificaron hicieron notar el síntoma de su ambidestreza y una fuerza un poco excesiva en la mano izquierda.

Hablaba como si se tratara de una cosa que hubiera ocurrido cien años antes. El inspector Brandon miraba fijamente y un tanto aturrido al animado y sonriente doctor, que se puso de pie, como si la entrevista hubiese terminado. Pero cuando se dirigió a la puerta encontró la salida cerrada por la presencia de un recién llegado, y contempló una vez más el pelo largo y el agudo y sonriente rostro del caballero a quien había aborrecido tan cordialmente bajo el nombre de señor Wilmot.

-Ya estoy de vuelta -dijo Wilmot o Harrington, con una sonrisa que se ensanchó, mostrando los dientes-. Ya estoy de vuelta, y al parecer llego en momento oportuno.

El inspector había salido de su estupefacción, y sus sensaciones y percepciones recobraron su viveza. Rápidamente se puso en pie y preguntó:

-¿Hay algo sobre el asunto?

-No -dijo el gran detective-, no hay nada. Excepto que estamos tras la pista del criminal. Se sentó cómodamente en una silla y sonrió al inspector.

-¡Del criminal! -repitió Brandon-. ¡No cree usted que Windrush es el criminal! Precisamente me he tomado la libertad de contar al doctor Judson la verdadera historia...

-En el supuesto -dijo Harrington- de que usted conozca la verdadera historia. Por mi parte, yo no la he conocido hasta hace unos veinte minutos.

Su rostro y sus modales se mostraban muy satisfechos, pero cuando se volvió a hablar el doctor evidenció una especie de trabajosa seriedad, y parecía elegir y sopesar sus palabras.

-Doctor -dijo-. Es usted un hombre de ciencia y comprende lo que difícilmente comprende otra persona cualquiera en el mundo. Usted sabe lo que significa realmente una hipótesis que limita el campo de acción. Como hombre de ciencia, usted puede haber pasado alguna vez por la experiencia de construir una teoría muy trabajada, muy completa y aun muy convincente.

-Es verdad -dijo John Judson con gesto sonriente-. Yo he pasado por la experiencia de construir una teoría muy trabajada, muy completa y, además, convincente.

-Pero -continuó pensativamente el detective-, como hombre de ciencia, estaba usted en todo momento dispuesto a admitir la posibilidad, aunque fuese remota, de que su teoría fuera, después de todo, falsa. Bueno, yo asumo la completa responsabilidad por el inesperado derrumbamiento de mi teoría-dijo el gran detective con su agradable sonrisa-. No debe usted culpar al inspector, pues la totalidad de esa historia del artista criminal y su original proyecto de ocultación del cadáver era idea mía, quizá una idea endiabladamente inteligente e interesante, aunque no fuera acertada. En realidad, no se puede objetar nada contra ella, excepto que no es cierta. Todas las cosas tienen un



pequeño punto flaco.

-Pero, ¿por qué no puede ser cierta? -preguntó el asombrado Brandon.

-Por la sencilla razón -contestó su jefe- de que acabo de descubrir al verdadero asesino. En medio del silencio de asombro que siguió a estas palabras, añadió con placentero recogimiento:

-Este enorme y atrevido crimen artístico con el que nosotros habíamos soñado era, como muchas grandes cosas, demasiado grande para este mundo. Acaso en Utopía o acaso en el Paraíso podamos encontrar asesinos de una clase tan perfecta y poética, pero el verdadero asesino se conduce de una manera mucho más vulgar... Brandon, he encontrado al otro estudiante. Naturalmente, usted sabe muy poco del otro estudiante.

-Perdóneme -dijo el inspector seriamente-. No cabe duda de que nosotros hemos investigado los movimientos realizados por el otro estudiante y por todos cuantos pudieran estar complicados en este asunto. Tomó el tren para Londres aquella tarde, y un mes después se marchó a Nueva York para ciertos asuntos. Desde allí fue a Argentina, donde alcanzó una magnífica y selecta clientela como doctor.

-Exactamente-dijo Harrington-. Hizo lo mismo que generalmente hace un criminal: se fugó.

El doctor Judson pareció encontrar por fin su voz, en vista del giro que tomaban los acontecimientos, y esta voz parecía la de otro hombre distinto.

-¿Está usted completamente seguro -preguntó al fin- de que Windrush es inocente?

-Lo estoy -replicó Harrington con seriedad-; no es una hipótesis: es una prueba. Hay un centenar de pruebas, pero sólo le daré unas cuantas. La herida del cráneo estaba hecha con un instrumento quirúrgico muy poco corriente, y yo he encontrado el instrumento en poder del hombre que lo utilizó. El lugar elegido para el golpe sólo podía ser determinado por un hombre con conocimientos especiales. El hombre llamado Duveen, de quien sabemos que estaba presente y que tenía motivos más poderosos para hacerlo que Windrush (porque estaba arruinado y temía el escándalo), era, y es, un hombre que tiene esa clase de conocimientos especiales. Es un cirujano diestro, y también zurdo.

-Si está usted seguro, señor, la cosa queda resuelta -dijo el inspector con algo de disgusto-. Pero como el doctor Judson ha explicado, la habilidad de la mano izquierda forma también parte de la enfermedad o aberración de Windrush...

-Reconocerá usted que nunca dije que estuviera seguro en lo que se refería a Windrush -replicó Harrington tranquilamente-. En cambio, ahora digo que estoy seguro.

-El doctor Judson dice... -empezó a decir el inspector.

-El doctor Judson dice... -dijo el mismo médico saltando como un muelle que se deja en libertad-, el doctor Judson dice que todo lo que el doctor Judson ha dicho durante las últimas cuarenta y ocho horas es un montón de embustes. El doctor Judson dice que Walter Windrush está tan loco como podamos estarlo nosotros.

El doctor Judson suplica poder hacer público que su celebrada teoría arbórea es un maldito montón de disparates que sólo pueden convencer a un niño. ¡Duodiapsicosis! ¡Uf!

Y resopló con un violento e indescriptible estruendo.

-Esto es muy extraordinario -comentó el inspector Brandon.

-De veras que lo es -añadió el doctor-. Parece que todos nosotros hemos hecho bastantes locuras repudiadas por querer ser demasiado hábiles, pero yo he sido el más condenado. ¡Miren ustedes lo que he conseguido! La señorita Windrush ha visto que han encerrado a su padre como demente. Ahora tengo que hacer una especie de documento admitiendo una equivocación, o anunciando una curación, o cualquier disparate, y sacarle de nuevo del manicomio.

-Pero -dijo Harrington gravemente- yo creía que una persona tan importante como el doctor Doone había firmado también la orden de urgencia, y su autoridad...

-¡Doone! -exclamó Judson con un desprecio completamente indescriptible y frenético- ¡Doone! ¡Doone no ha firmado nada! ¡Doone es un decrépito y viejo embaucador! Escribió un estudio que fue muy comentado cuando yo era niño, y desde entonces no ha vuelto a abrir un libro. Yo he visto que tiene todos los libros nuevos sobre la mesa con las hojas sin cortar. Y la manera como habla del hombre prehistórico es más prehistórica que los fósiles. ¡Como si algún hombre de ciencia creyera todavía en sus tonterías acerca del hombre arbóreo! No encontré ninguna dificultad por parte de Doone. Me bastó alabarle al principio, presentándose como un caso muy arbóreo, y luego le hablé de lo que él no entendía y, por lo tanto, de lo que no se atrevía a preguntar. Le gasté una broma con algo tan nuevo como el psicoanálisis.

-Es lo mismo -dijo Harrington-. Como el doctor Doone ha firmado la orden, tiene que firmar la contraorden.

-¡Oh, está bien! -exclamó el impetuoso Judson, que había garrapateado ya algo sobre una cuartilla y corría fuera de la habitación-. Iré directamente y conseguiré que la firme también.

-Creo que será mejor que vaya con usted -dijo Harrington.

En seguimiento del arrojado Judson llegaron con moderada rapidez a aquella imponente casa de columnas del West-End, la casa de sombría cancela que el doctor había visitado sólo una vez. La escena entre él y el majestuoso doctor Doone tuvo mucho de curiosa. Como tenían en aquellos momentos alguna idea acerca del asunto, pudieron apreciar la actitud evasiva del gran hombre y la insistencia del más pequeño. De todos modos, el doctor Doone comprendió evidentemente que lo más sensato era unirse a la retractación de su colega, y cogiendo cuidadosamente una pluma de ave, firmó el papel con la mano izquierda.

## **6. - EL EPÍLOGO DEL JARDÍN**

Quince días después, el señor Walter Windrush paseaba por su jardín favorito, sonriendo y fumando como si no hubiera ocurrido nada. Fumaba un pequeño cigarro en una boquilla larga, y realmente se comportaba tranquilamente. Porque éste era el real misterio de Walter Windrush, que era poco probable que ningún perito médico ni legal llegase a sondear. Éste era el verdadero secreto, que ningún detective podría descubrir jamás.

Había sido presentado como un monstruo ante los ojos de los seres más allegados a él y más queridos; descrito a su propia hija como un chimpancé y como un charlatán maniático, y también como un despiadado y paciente asesino, que había planeando toda

su vida sobre la base de la ocultación del crimen, arrastrado o amenazado por degradantes y repugnantes experiencias; se encontraba con que su paraíso particular había sido escenario de un asesinato y que su amigo pudo creer que él era un asesino; estuvo en un manicomio y, por último, cerca de la horca. Y todas aquellas cosas eran de menos importancia para él que la sombra de la gran nube coloreada que aquella mañana aparecía por el Este o el hecho de que los pájaros hubieran empezado a cantar en las ramas del trágico árbol. Alguien había dicho que su actitud era demasiado trivial ante semejantes tragedias, pero aquellos que mirasen las cosas menos superficialmente podían decir que era demasiado profunda ante ellas. Y sobre semejantes manantiales vivía y andaba como si estuviera en otro mundo. Es posible que el inspector Brandon no comprendiera completamente al monstruo que se llama hombre genial.

Desde luego, Windrush estaba mucho menos afectado por recuerdos morbosos que el hombre de sentido común. Cuando hubo paseado solo durante unos minutos se acercó a su joven amigo el doctor. Pero éste estaba, en comparación con él, sombrío y embarazado, tanto que el artista se burló de ello.

-Bueno -dijo el doctor Judson con algo de su viejo hosco candor-. Supongo que estará avergonzado, tanto como otro cualquiera. Pero confieso que no puedo comprender cómo puede usted soportar el permanecer en este lugar.

-Mi querido amigo, es usted el frío y razonable hombre de ciencia -dijo Windrush ligeramente-. ¡En qué supersticiones se vuelca usted! ¡En qué medieval oscuridad pasa sus días! Yo no soy más que un pobre poeta, nada práctico y bastante soñador, pero le aseguro que tengo una claridad completamente liberal. En efecto, no he perdido nunca esa claridad, ni siquiera cuando usted me puso en ese plácido sanatorio durante dos días. Allí era completamente feliz, y en cuanto a los locos, llegué fácilmente a la conclusión de que están algo más sanos que mis amigos de fuera.

-No es necesario que me lo restriegue usted -dijo Judson con un gruñido-. No necesito disculparme por haber pensado que estaba usted loco, porque nunca lo pensé; pero supongo que por razones de delicadeza debo disculparme por haber pensado que era usted un asesino. Claro que hay asesinos y asesinos. Todo lo que yo sabía era que había encontrado un hombre asesinado y que, al parecer, usted lo había ocultado en su jardín. Yo no sabía hasta dónde fue usted provocado ni si tendría usted justificación, pero sabía que Wilmot era un detective y que estaba husmeando alrededor del árbol, y sabía que pensaba detenerle velozmente. Para evitarlo tenía que actuar con rapidez, y en este asunto he obrado siempre así. Una excusa de locura después de efectuada la detención es un poco débil, y especialmente cuando no es cierta; pero si estuviera certificado antes de la detención, ésta no podría realizarse. Yo inventé una enfermedad imaginaria que cinco minutos antes ni siquiera me había pasado por la imaginación, y junté algunos de los cabos de nuestra conversación anterior acerca de la ambidestreza con otros cabos de los viejos y podridos disparates de Doone respecto a los antropoides. Y si hice esto fue, en parte, porque comprendí que necesitaba de alguna manera al petulante Doone, y en parte porque cuadraba perfectamente con la historia del árbol. Pero todavía me molesta pensar en los horrores que yo fabriqué, aunque piense que son horrores imaginarios. ¿Qué no deberá uno sentir acerca de los horrores que realmente han sucedido?

-Veamos -dijo alegremente el artista-, ¿qué cree usted de ellos?

-No puedo por menos de sentir -contestó Judson- que los nombres deben huir de esos lugares como de lugares infectados.

-Los pájaros se posan sobre el árbol -dijo Windrush- como si fuera sobre los hombros de San Francisco.

Hubo un silencio, y luego dijo el caviloso Judson:

-De todos modos, es extraordinariamente detestable que haya vivido usted solo con este árbol durante veinte años y no encontrase nunca lo que había dentro de él. Yo sé que los huesos se han corrompido con bastante rapidez a causa de la corriente, que ha arrastrado lejos la descomposición; pero usted tendría que haber visto, un día u otro, lo que había dentro.

Walter Windrush le miró fijamente con sus claros ojos vidriosos.

-Nunca he tocado el árbol -dijo-. Nunca me he acercado a más de dos metros de él.

Algo en él sugirió al joven que habían llegado al corazón de la excentricidad, pero se calló, y el artista siguió diciendo:

-Usted nos ha dicho muchas cosas referentes a la evolución y al ascendiente del hombre. Los hombres de ciencia son muy superiores y no admiten nada legendario acerca de esos asuntos. Usted no cree en el jardín del Edén. Usted no cree en Adán y Eva. Y, sobre todo, usted no cree en el árbol del Bien y del Mal.

El doctor movió la cabeza con una negativa algo burlona, pero su interlocutor continuó, con la misma seriedad en su fija mirada:

-Pero yo le digo que siempre hay en su jardín un árbol del Bien y del Mal. Siempre hay en su vida algo que usted no debe tocar. Éste es el secreto de ser siempre joven y feliz. No hay ninguna historia tan cierta como esa historia que usted llama una fábula. Se puede desarrollar y examinar y comer del árbol de la Sabiduría. ¿Y qué se consigue con ello?

-¿Qué? -dijo el doctor, a la defensiva-. De ahí se han desprendido una buena cantidad de cosas, no demasiado malas, por cierto.

-Amigo mío -dijo el poeta-. Una vez me preguntó usted cuál era la utilidad de este árbol, y yo le dije que no necesitaba tener ninguna utilidad. ¿Estaba yo engañado? Yo no he conseguido de él nada que no sea bueno, por la razón de que para mí era inútil. ¿Qué han logrado de él aquellos para los que era útil? Era útil para Duveen, o Doone, o como quiera usted llamarlo. ¿Qué fruto cosechó él más que el fruto del pecado y de la muerte? Consiguió un asesinato y un suicidio, pues, según me dijeron esta mañana, había tomado un veneno después de dejar una confesión del asesinato de Morse. Fue útil para Wilmot en un aspecto, sin duda; pero, ¿qué consiguieron Wilmot y Brandon de él, sino la espantosa obligación de llevar un ser humano a la horca? Era útil para usted cuando necesitaba una pesadilla sin sentido para encerrarme de por vida y asustar a mi familia. Pero eso era una pesadilla, y usted mismo parece obsesionado todavía por ella. Y le repito que para mí era inútil, y aquí me tiene usted aún en mi claridad completamente comprensiva.

Mientras hablaba, Judson miró hacia la pradera y vio a Enid Windrush que salía de la sombra de la casa y entraba en la luz del sol. Había algo en el áureo equilibrio de su figura, en su rostro sonrosado y lleno de vida, en su pelo como una llamarada, que la hacía parecer como si saliese de un cuadro alegórico de la aurora. Caminó hacia ellos con rapidez, y sus movimientos tenían la amplia ondulación de las fuerzas inconscientes, como las cascadas y el viento. Algo de esta congruencia con el casi cósmico giro de la conversación se levantó, sin duda, en la mente del poeta cuando dijo como casualmente:

-Ven acá. Enid. Estaba contemplando de nuevo mi vieja propiedad y comparaba modestamente este jardín con el jardín del Edén. Pero no es fácil hablar con este joven lamentablemente materialista. No cree en Adán ni en Eva, ni en ninguna de las cosas de que te hablan los domingos.

El joven no dijo nada, pues en aquel momento se hallaba completamente absorto en la contemplación.

-No creo, sin embargo, que haya por aquí ninguna serpiente -dijo ella sonriendo.

-Alguno de nosotros-dijo Judson- hemos pasado por una especie de delirio, en el que los hombres parecían serpientes. Pero creo que ahora estamos curados y que hay otras cosas que ver.

-Supongo que usted quiere decir -dijo Windrush pensativamente- que como nos hemos desenvuelto dentro de una condición más elevada, podemos ver algo más agradable. Bueno, entiéndame usted. Yo no voy contra nadie si él lo hace sosegadamente, de manera caballerosa y sin todos estos alborotos. No importa lo ocurrido si se tiene en cuenta que habíamos empezado por trepar a los árboles, porque yo todavía pienso que los monos son aún bastante sabios para dejar un árbol tabú, un árbol sagrado al que no trepan. Pero la evolución solamente quiere decir... molestias. Se ha apagado mi cigarrillo. Me parece que de ahora en adelante tendré que ir a fumar a mi biblioteca.

-¿Por qué dice usted de ahora en adelante?

Ellos no oyeron la respuesta, que dio cuando estaba ya lejos, pero dijo:

-Porque éste es el jardín del Edén.

Un silencio repentino se extendió sobre aquellas dos personas que se habían quedado frente a frente en el jardín. Luego Judson se acercó a la joven, y mirándola con gran seriedad dijo:

-En cierto aspecto, su padre me obliga a menospreciar la ortodoxia.

La sonrisa de Enid adquirió mayor gravedad al preguntarle por qué hablaba así.

-Por que creo en Adán y Eva -contestó el hombre de ciencia. Y de repente le cogió ambas manos.

Ella las dejó descansar entre las suyas y continuó mirándole con suma tranquilidad y fijeza. Pero sus ojos estaban un poco alterados.

-Creo en Adán -dijo-, aunque una vez estuve completamente convencida de que era la serpiente.

-Yo no pensé nunca que fuera usted la serpiente -contestó Judson con el mismo tono de ensoñación, que tenía algo de musical-, pero pensé que era usted el ángel de la espada flamígera.

-Ya he arrojado la espada lejos de mí -dijo Enid Windrush.

-Y queda solamente el ángel -contestó él.

Pero ella repuso:

-Queda solamente la mujer.

Sobre la copa del árbol una vez maldito, un pájaro rompió a cantar, y en el mismo momento corrió sobre el jardín un aircillo mañanero que venía del Sur, combando los arbustos y matojos, y que, según pasaba bajo el soleado follaje, parecía impulsar hacia

delante el rayo del sol en poderosas ondulaciones. Y a los dos les pareció que algo había roto, liberándose, una última atadura de caos y noche, que acababa de romperse el último cabo de una red, de una Nada negativa que ponía obstáculos a la creación, y que Dios había hecho un nuevo jardín en donde ellos estaban de pie y juntos, en los orígenes del mundo.

## EL LADRÓN ABSORTO

### 1. - EL NOMBRE DE NADOWAY

El nombre de Nadoway era, en un sentido, famoso e incluso, en cierto modo, sugestivo y sublime. Alfredo el Grande lo había llevado delante de él como una merced o una dádiva cuando paseaba por los bosques esperando el rescate de Wessex. Así se podía inferir, al menos, del cartelón en que estaba representado, en colores chillones, reparando las ruinas de los pasteles Burning con el ofrecimiento de «nubs» de Nadoway, una especie superior de pequeñas galletas. Shakespeare había oído el nombre como un estrépito de clarines, si hemos de dar crédito al llamativo cuadro en que está grabado «Anne Hathaway hallaba una satisfacción con Nadoway», y que representa al poeta inclinando su rostro resplandeciente de satisfacción a la vista de aquel refrigerio. Nelson, en el momento culminante de la batalla, lo ha visto escrito en el cielo. Por lo menos así está escrito en los gigantescos anuncios que figuran sobre las vallas, y que son tan familiares en nuestras calles, representando la batalla de Trafalgar, cuadro que está hábilmente copiado del noble dibujo de Campbell «De Nelson y de "nubs" cantan los días su gloriosa fama». Igualmente familiar es el glorioso cartelón patriótico que representa un marino británico disparando una ametralladora, de la que cae constantemente sobre el público una lluvia de «nubs». Quien haya tenido el privilegio de llevar un «nub» a sus labios seguramente se ha visto en la imposibilidad de distinguirla de las otras galletas más pequeñas. Y nunca el hecho de tener dentro del cuerpo una «nub» ha podido considerarse tan funesto como tener una bala. En general, muchos se han inclinado a sospechar que la única diferencia entre las «nubs» de Nadoway y las de cualquier otro residían en la omnipotencia de esta soberbia pinacoteca de anuncios que parecía rodear Nadoway con rutilante pompa y espléndidas procesiones heráldicas e históricas.

En medio de todo este pomposo círculo y estrépito de bombo y platillos no había más que un hombrecillo pequeño, vulgar y ceñudo, de barba de chivo gris y gafas, que nunca iba a ningún lado, excepto a su negocio y a una colorada capilla bautista. Este hombre era el señor Jacob Nadoway, sucesor de Sir Jacob Nadoway y sucesor aún de lord Normandale, fundador de la firma y fuente de todas las «nubs». Vivía de forma muy sencilla, aunque podía pagarse bastantes más lujos. Podía permitirse tener como secretaria particular a la honorable Millicent Milton. Esta joven era la heredera de una aristocrática casa arruinada con la que él había tenido una amistad superficial, porque vivían en la misma vecindad, y era natural que la relativa importancia de los dos hubiera cambiado gradualmente. El señor Nadoway podía permitirse el lujo de ser el patrón de la honorable Millicent, y la honorable Millicent no podía permitirse el lujo de no ser la secretaria del señor Nadoway.

Era éste, de todos modos, un lujo con el que ella soñaba algunas veces. No es que el viejo Nadoway la tratara de mala manera, ni tampoco que la pagara mal, ni que se hubiera aventurado a ser brusco con ella en ningún aspecto. El viejo asistente a la capilla radical era demasiado astuto para eso. Comprendía muy bien que era aún algo como un pacto y un término medio entre el nuevo rico y el nuevo pobre. Ella había tenido una amistad más o menos familiar con la casa Nadoway mucho antes de tener allí una colocación, y difícilmente podía ser tratada de otro modo que como una amiga de la familia, aunque no era exactamente ésa la clase de familia en la que ella había ambicionado encontrar a sus

amigos. Sin embargo, había encontrado allí amigos, y una vez, además, había estado en peligro de encontrar no solamente amigos, sino un amigo. Y acaso, en una ocasión, no solamente un amigo.

Nadoway tenía dos hijos que iban a la escuela y al instituto, donde, gracias a la costumbre moderna en uso eran elaborados caballeros discretamente. La clase de elaboración era, desde luego, algo distinta en ambos casos, y ella la contemplaba con curioso interés. Era, acaso, simbólico que el mayor se llamase John Nadoway, pues nació en los días en que su padre tenía afición a los nombres sencillos de las Escrituras. El más joven era Norman Nadoway, y el nombre marcaba cierta inclinación hacia nociones de elegancia, lo que simbolizaba grandemente las posibilidades de Normandale. Hubo una época feliz, cuando a John podía llamársele con propiedad Jack. Era un muchacho muy varonil, que jugaba al «cricket» y trepaba a los árboles con cierta gracia natural, como la de un joven animal activo e inocente bajo la luz del sol. No era atractivo y ella se sentía atraída por él, y, sin embargo, cada vez que aparecía en las distintas vacaciones de su instituto y de su rápida carrera comercial, se daba cuenta de que algo se borraba al mismo tiempo que algo se iba solidificando. Él pasaba por el misterioso proceso por el que tantos brillantes jóvenes se convierten de pronto en hombres de negocios. Ella no podía por menos de presentir que en ello había algo perjudicial para la educación, y posiblemente también para la vida. Le parecía como si el joven se desarrollara, aumentando, y al mismo tiempo se volviera más pequeño.

Norman Nadoway, por otra parte, empezó a ser interesante precisamente en el momento en que Jack Nadoway empezó a carecer de interés. Era un muchacho que había florecido tarde, si puede utilizarse esta figura florida con quien durante sus primeros años pareció un nabo algo pálido. Tenía la cabeza grande y grandes las orejas y un rostro y una expresión descoloridos, y durante mucho tiempo le creyeron algo bobo. Pero cuando fue a la escuela estudió tenazmente matemáticas, y cuando fue a Cambridge, economía política. Después de esto realizó un extraño salto al estudio de las reformas políticas y sociales, y luego el estallido, la ira de Jacob y la catástrofe.

Norman había empezado por conmover la colorada capilla hasta en sus cimientos con el anuncio de su intención de ser sacerdote de la iglesia anglicana, pero su padre estaba menos turbado por esto que por los informes que llegaban hasta él de las afortunadísimas conferencias de su hijo sobre economía política, muy distinta de la que éste había predicado y practicado con fortuna. Era tan diferente que éste, en un memorable estallido de cólera durante el almuerzo, le calificó de socialista.

-Alguien debe ir a Cambridge y detenerle -dijo el más viejo de los Nadoway impacientándose en su silla y dando, inquieto, un golpe seco sobre la mesa-. Debes ir y hablar con él, John, o tienes que traerlo aquí y le hablaré yo. De otra manera, los negocios quebrarán.

Al parecer, ambas partes del programa debían ser ejecutadas. John el joven, asociado de la casa de Nadoway e Hijo, fue a Cambridge y habló con él, pero no pudo convencerle, y en vista de ello lo trajo ante Jacob Nadoway para que éste le hablara, pues no estaba en modo alguno mal dispuesto a hacerlo. Pero la entrevista no terminó del todo, como él había creído. Fue, sin duda, una entrevista algo enmarañada.

Se celebró en el viejo despacho de Jacob, de redondas ventanas arqueadas que daban a «los prados», que es como la casa se llama aún. Era una casa de estilo Victoriano, de aquella clase que pudo ser descrita en su tiempo como construida por los filisteos para los



filisteos. Estaba rodeada por una gran cantidad de cristales: los de sus invernaderos y los de sus ventanas semicirculares. Había una gran cantidad de dólmens y cúpulas y doseles, y todos los pórticos estaban cubiertos por una especie de festoneados quitasoles de madera; de cristales de colores más bien feos y de otros bastante artificiosos; recortados setos y un jardín alemán. En una palabra: era uno de esos hogares confortables de la época victoriana, considerados como muy vulgares por los estetas de aquel período. El señor Matthew Arnold habría pasado por delante de la casa lanzando un suave suspiro. El señor John Ruskin habría retrocedido horrorizado y pedido a los cielos desde lo alto de la vecina colina que dejara caer sobre ella las maldiciones divinas. El mismo señor William Morris habría refunfuñado al pasar por delante de aquella casa de arquitectura que era solamente de relleno. Pero no estoy seguro de lo que habría hecho el señor Cacheverall Sitwell. Nosotros hemos llegado en un tiempo en que las curvadas ventanas y los pórticos doselados de esta casa habían empezado a tener algo del ensoñador hechizo del pasado. Y no estoy seguro de que no se hubiera encontrado al señor Sitwell paseando por sus habitaciones interiores y componiendo un poema sobre sus polvorientos encantos, aunque al señor Jacob Nadoway le habría sorprendido seguramente encontrarle así ocupado. Y si después de la entrevista el señor Sitwell se dispusiera a escribir un poema sobre el señor Nadoway, yo no me comprometería a juzgarlo.

Millicent Milton había llegado a través del jardín hasta el despacho casi al mismo tiempo que lo hacía el socio joven. Ella era alta y rubia, y su levantada y puntiaguda barbilla daba a su perfil una gran distinción. Sus párpados parecían a simple vista algo adormecidos, pero mirando con más atención parecían un poco altaneros. En realidad no era ni lo uno ni lo otro, sino tan sólo razonablemente resignada. Se sentó en su escritorio de costumbre para hacer su habitual trabajo. Inmediatamente se levantó, como si la hubieran pedido silenciosamente que se retirara en cuanto la doméstica discusión empezó a serlo demasiado, pero el viejo Nadoway le hizo seña de que se volviera con irritadas y repetidas afirmaciones, y entonces permaneció como espectadora de toda la escena.

El viejo Nadoway gruñó algo bruscamente, como quien se incomoda por primera vez:

-Pero me parece que ya habéis tenido los dos una conversación.

-Sí, padre -dijo John Nadoway mirando la alfombra-. La hemos tenido.

-Espero que habrás hecho ver a Norman -continuó el viejo con un tono más suave- que tiene que borrar de su imaginación todos esos proyectos mientras nosotros nos dediquemos realmente al negocio. Mi negocio puede ir a la ruina en un mes si trato de llevar a la práctica aquellos locos proyectos ideales acerca de bonificaciones y coparticipaciones. ¿Cómo puedo tener un hijo, que lleva mi nombre, que vaya pregonando por todas partes que mis métodos no son dignos ni de los perros? ¿Es esto razonable? ¿Te ha explicado ya John que esto no es razonable?

El ancho y pálido rostro del sacerdote, algo sorprendido con todo aquello, se arrugó con una fría sonrisa.

-Sí, Jack me explicó muchas de estas cosas, pero yo también le di una pequeña explicación, en la que le demostré, por ejemplo, que yo también tenía un negocio.

-¿Que está por encima del negocio de tu padre? -preguntó Jacob.

-Que está por encima del negocio de mi padre -asintió el sacerdote con aguda voz.

A estas palabras siguió un impenetrable silencio, que fue roto algo nerviosamente.

-El hecho es, padre, que no tiene importancia -dijo John Nadoway lentamente y

estudiando aún la alfombra-. Creo haber dicho, en su nombre, todo cuanto usted mismo pudiera haberle dicho. Pero Norman plantea nuevas condiciones, y creo que no puede importarnos que lo haga.

El señor Nadoway hizo un movimiento, como si tragara alguna cosa, y luego dijo:

-¿Necesitáis reuniros aquí para decirme que estáis contra mí también? ¿Contra mí y contra el negocio en conjunto?

-Yo estoy a favor del negocio en conjunto -dijo John-, y supongo que seré responsable por eso alguna vez. Pero que me condene si soy responsable de haberlo llevado de la forma que antes se llevó.

-Pero estás bastante contento con el dinero que se ha ganado con ella -dijo el padre violentamente-, y ahora venís a mí con esos disparatados melindres del socialismo.

-Querido padre -preguntó John Nadoway mirándole fijamente y con impasibilidad-, ¿parezco yo un socialista?

Millicent, como espectadora que era, miró al conjunto de maciza y distinguida figura, desde sus botas, admirablemente lustradas, hasta su cabello, bellamente perfumado, y a duras penas logró reprimir una sonrisa.

La voz de Norman Nadoway resonó con repentina vibración, no sin violencia.

-Tenemos que purificar el nombre de Nadoway.

-¿Os atrevéis a decirme -exclamó con orgullo el anciano- que mi nombre necesita ser purificado?

-Sí, por las nuevas normas -dijo John después de un silencio.

El viejo comerciante se sentó de pronto y en silencio en su silla y se volvió a su secretaria como si diese por terminada la entrevista.

-Me parece -dijo- que no la necesitaré esta tarde. Será mejor que se retire usted ya.

Ella se levantó algo vacilante y se dirigió hacia la ventana francesa que daba al jardín. El pálido cielo de la tarde se había oscurecido de pronto con el contraste de una ancha y encendida luna, que subía por detrás de los oscuros árboles y vestía la hierba grisverdosa de los prados con oscuras sombras. Millicent se había sentido siempre perpleja, pues le parecía encontrar algo romántico en el jardín, e incluso en la grotesca casa, a pesar de estar habitada por personas tan enormemente prosaicas. Estaba ya fuera de las puertas de cristales que daban al jardín cuando oyó al viejo Nadoway hablar de nuevo.

-La mano del señor es pesada para conmigo -dijo-. Es muy duro que yo haya tenido tres hijos y que se hayan vuelto contra mí.

-No se trata de volvernos contra ti, padre -replicó John rápida y afablemente-. Se trata sólo de reconstruir el negocio como lo exigen las nuevas condiciones de la vida y la opinión del público, algo modificada. Yo estoy seguro de que ninguno de tus hijos intenta mostrar ingratitud o impertinencia.

-Si alguno de tus hijos lo hiciera -dijo Norman con su voz profunda-, sería a su vez tan malo como seguir practicando las costumbres antiguas.

-Bueno -terminó el padre algo fatigadamente-, vamos a dejar ahora todo esto. Yo no voy a vivir mucho tiempo.

Pero Millicent Milton se había quedado contemplando fijamente la oscura casa con un

nuevo acceso de perplejidad. Los dos hermanos se habían quedado en silencio y pasado por encima, como sobre cosa conocida, una determinada frase pronunciada por su padre. Pero ella había oído decir al anciano de manera inequívoca: «Tres hijos».

Millicent no había oído hablar nunca de ningún otro hijo, y permanecía mirando fijamente la silueta rococó del algo ridículo y, sin embargo, romántico hotel, con sus dólmenes y sus ornamentales miradores negros en el contraluz de la luna, con sus combadas ventanas y sus plantas dispuestas en ventrudos tiestos, sus toscas estatuas y sus apretados plantíos y toda la hinchada silueta de la casa, a la que la luna y la oscuridad daban un aspecto casi monstruoso, y se admiró, por primera vez, de que guardaran un secreto.

## **2. - EL LADRÓN Y EL BROCHE**

El sobresalto de un robo con escalo es lo que lleva la historia hacia el descubrimiento de cosas algo extrañas. Como tal robo con escalo fue una cosa bastante trivial. Al parecer el ladrón no consiguió coger nada, pues fue sorprendido antes de que pudiera hacerlo, pero ocurrió que no fue el ladrón ciertamente el único sorprendido. Jacob Nadoway había dado a su secretaria algunas habitaciones principales sobre el vestíbulo central, no muy lejos de las suyas propias y de una servidumbre con arreglo a todas las conveniencias, incluyendo a una tía. Está fuera de duda, ciertamente, que a veces puede clasificarse una tía como una conveniencia y otras como lo contrario. En este caso se trataba de dar con ella, de una manera vaga, una normalidad a la presencia de la joven en la casa victoriana y de añadir a la secretaria una pincelada de elegancia. Pero había una diferencia, porque la tía, que era la señora Milton Mowbray, tenía la costumbre de creer su dignidad constantemente en peligro de ser ofendida, mientras su sobrina, con una dignidad más negativa, caminaba por el polvoriento sendero del deber como un orgulloso peatón. Aquel día, Millicent Milton estuvo ocupada toda la tarde en tranquilizar a su tía, y después de lograrlo sintió como si quisiera ocupar un poco de tiempo en tranquilizarse a sí misma. En lugar de irse a la cama cogió un libro y empezó a leer cerca del moribundo fuego. Leyó hasta que fue muy tarde, sin darse cuenta de que todos los demás se habían retirado a descansar, cuando oyó en medio del más completo silencio un nuevo e inequívoco sonido que procedía de fuera del vestíbulo central, que conducía a su despacho. Era una especie de zumbido y de frotamiento, como el que se produce con un metal que se roza contra otro. Y se acordó de que en el ángulo entre las dos habitaciones estaba la caja de caudales.

Millicent tenía una clase de valor completamente inconsecuente, y por eso salió tranquilamente al vestíbulo y miró. Y lo que vio la asombró, por ser tan corriente. Lo había visto ya en muchas películas y había leído tanto acerca de ello en varias novelas que le costó trabajo creer lo que realmente veía. La caja estaba abierta, y un nombre andrajoso se encontraba arrodillado ante ella, de espaldas a la joven, de manera que ésta no pudo ver nada más que sus andrajos, ya que su cabeza estaba cubierta por un estropeado y disforme sombrero de ala ancha. A un lado, en el suelo, relucía el acero de un berbiquí y de algunas otras herramientas de su profesión; al otro lado relucían, aún más brillantemente, la plata y las piedras de algún adorno, que parecían una cadena y un broche, lo que sin duda era parte de su saqueo. No parecía que hubiera allí en modo

alguno algo inesperado acerca de lo que debía ocurrir, sino que todo era convencional, y exactamente igual a como se suponía que debía ser. Habló con un tono frío y vulgar, y sintió su propia voz cuando dijo:

-¿Qué está usted haciendo ahí?

-Como puede usted ver, en estos momentos no trepo al Matterhorn ni toco el trombón - gruñó el hombre con voz áspera y distante-. Creo que está bastante claro lo que estoy haciendo.

Luego, después de un silencio, resumió en un tono de advertencia:

-No vaya usted a decir que este broche que hay aquí es suyo, porque no lo es. No lo he sacado de esta caja, aunque lo he cogido a una familia de aquí cerca, esta tarde. Es una cosa preciosa, una especie de imitación del siglo XIV, con «Amor Vincit Omnia» escrito encima. Está muy bien eso de decir que el amor vence en todo, que la fuerza no es un remedio y todo lo demás que se dice; pero yo he forzado esta caja, y nunca he encontrado ninguna que pudiera abrir solamente con el amor que tenía dentro del pecho.

Había algo paralizador en la manera plácida con que este ladrón continuaba hablando, sin mirar siquiera a su alrededor, y ella estaba un poco asombrada de que conociera el significado de la inscripción latina, a pesar de lo sencilla que era. No podía ponerse a chillar, o correr, o detenerlo de alguna manera, y él, entretanto, siguió con el mismo tono tranquilo.

-Debe de ser un modelo del gran broche que llevó la priora de Chaucer, pues aquél tenía la misma leyenda encima. La priora es un inmortal retrato, en algunos trazos, de la más extraordinaria de las criaturas que se llama la mujer inglesa. Puede usted encontrarla en los hoteles y pensiones extranjeros. La priora era más agradable que muchas de éstas, pero tenía todas las características, ajetreándose a causa de sus perritos, mostrándose muy especial en sus maneras en la mesa, aprobando que se matara a los ratones, y zurciendo todas estas cosas en francés, pero hablándolo de tal manera que ningún francés la entendía.

Se volvió muy lentamente y la miró con fijeza.

-¡Oh, usted es una verdadera mujer inglesa! -exclamó, como si se asombrase-. ¿Sabe usted que cada vez hay menos?

Millicent Milton probablemente poseía, como la priora de Chaucer, las más graciosas virtudes de la mujer inglesa, pero podía admitirse honradamente que también poseía algunos de los vicios del tipo. Uno de los defectos de la mujer inglesa es una inconsciente especie de conciencia. Nada podía alterar el hecho de que, desde el momento en que el harapiento criminal empezó a hablar de literatura inglesa en el tono de su propia clase, su juicio hubiera cambiado y que tuviese como una confusa idea de que en realidad podía no ser un criminal verdadero. En abstracta lógica, se había visto obligada a admitir que era necesario no establecer ninguna diferencia. En teoría admitía que un estudiante de la Inglaterra medieval tenía otros quehaceres que forzar las cajas de otras personas. En principio tenía que confesar que un hombre no adquiere el derecho a robar broches de plata ni para demostrar un interés intelectual hacia los «Cuentos de Canterbury». Pero alguna incontrolable costumbre de su imaginación le hacía sentir que el caso era distinto. Su sentimiento sólo había tenido en cuenta las supuestas expresiones vulgares que emplea esta clase de gente para pensar que él no era exactamente un verdadero ladrón, y que era «completamente distinto», o que había allí «algún error». Lo que pensaba en

realidad (con grave detrimento de toda su educación y su clase) es que existían algunas personas, criminales o no, con las que podía relacionarse, y otras personas con las que no podía hacerlo, fuesen ladrones o albañiles.

El joven que la miraba fijamente era moreno, velludo y sin afeitar, pero su negligencia en el afeitado había pasado ya su más desagradable momento de transición y podía tomarse por una barba todavía poco perfecta. Su aspecto le recordaba a ciertos extranjeros originales y le daba algo de parecido con un organillero italiano. Había alguna otra cosa en su rostro que era algo anómala, y que no podía definir en el momento, pero se fijó en el hecho de que su boca estaba siempre torcida burlescamente, como si se propusiera burlarse, y sin embargo sus ojos hundidos y oscuros no solamente eran graves, sino que tenían algo de misteriosos. Si la grotesca barba hubiera cubierto completamente la cara como una máscara, sus ojos habrían podido pasar por los del fanático que lanza en el desierto un grito de guerra santa. Debía de estar profundamente indignado con la sociedad para haberse dedicado a esta vida al margen de la ley, o acaso había en su vida una tragedia de amor o algo por el estilo. Y ella necesitaba ya saber cuál era la historia real y cómo era la supuesta mujer.

Mientras Millicent se hacía estas confusas reflexiones, el notable ladrón continuó hablando y, fuera cual fuese su sentimiento, no parecía sentir embarazo al hablar.

-Es muy de alabar en usted que permanezca aquí de esta manera. He aquí otro rasgo, porque la mujer inglesa es valiente. Edith Cavell era un ejemplar de la raza. Ahora la raza es otra, y esta clase de broches pertenece generalmente a aquellas personas para quienes no fueron hechos. Esto sólo puede tener justificación por el robo, que hace desaparecer rápidamente las cosas de la circulación, sin andarse con rodeos. Si este broche fue llevado efectivamente, en su tiempo, por la priora de Chaucer, ¿no se imaginará usted que se lo he quitado yo a ella? Por el contrario, si encuentro realmente una persona tan agradable como la priora, puedo verme tentado de devolverlo a su verdadero camino, a expensas de mi provecho profesional. Pero, ¿por qué razón una cacatúa condesa fingida ha de tener una cosa como esta? Necesitamos más robos, más cajas forzadas, más caminos reales desvalijados para cambiar y volver a poner en orden las cosas de la sociedad...

En este importante punto del programa social fue interrumpido por unos sonidos entrecortados y unos resoplidos tan alarmantes como trompetazos. Y Millicent vio a su jefe, el viejo Nadoway, de pie en el marco de la puerta; es decir, vio una figura pequeñita y encogida, envuelta en un enorme batín de color púrpura. Hasta aquel momento ella no se había dado cuenta, asombrada como estaba de su propio silencio y de su tranquilidad, ni vio nada extraño en el hecho de haber estado escuchando al criminal frente a la caja como si hubiera estado hablando con él ante la mesa de té.

-¡Qué! ¿Un ladrón? -murmuró el señor Nadoway.

Casi en el mismo momento sonaron los pasos precipitados de un hombre que corría, y la gran figura del joven socio, John Nadoway, vestido con pantalón y camisa, irrumpió desalentada en la habitación, llevando un revólver en la mano. Pero casi instantáneamente bajó el arma, que había levantado, y dijo con la misma voz incrédula y curiosamente enfática:

-¡Maldición! ¡Un ladrón!

El reverendo Norman Nadoway no estaba muy lejos de su hermano. Venía respetablemente envuelto en una levita y estaba muy pálido y solemne. Pero tal vez lo más curioso de todo fue que él también se limitó a decir con la misma inexcrutable

intensidad:

-¡Un ladrón!

Millicent pensó que allí había algo singularmente absurdo en relación con esta triple admiración. Porque era tan evidente que el ladrón era un ladrón como que la caja era una caja. No podía imaginarse por qué los tres hombres hablaban como si el ladrón fuera un buitre hasta que repentinamente se hizo luz en su interior y vio que la sorpresa de los tres no se debía a que un ladrón les hiciera una visita particular, sino más bien porque su particular visitante fuera un ladrón.

-Sí -dijo el visitante mirándoles a todos con una sonrisa-, es completamente cierto que ahora soy un ladrón. Creo que la última vez que nos encontramos no era más que un escritor mendicante. De esta manera nos elevamos sobre nosotros mismos para realizar trabajos más altos. Fue por un delito insignificante y despreciable comparado con éste por lo que mi padre me echó de casa, ¿no es cierto?

-Alan -dijo Norman Nadoway muy seriamente-, ¿por qué vuelves aquí de esta manera?

-Porque, a decir verdad -contestó el otro-, he pensado que nuestro reputado papá pueda necesitar una pequeña ayuda moral.

-¿Qué demonios estás diciendo? -preguntó John Nadoway con irritación.

-Soy una verdadera ayuda moral -observó el extraño con orgullo-. ¿No lo creéis así? Sólo yo soy su verdadero hijo. Yo soy el único hombre que está fomentando los negocios. Soy un ejemplo de atavismo, un ejemplo de reversión.

-No comprendo nada de lo que estás diciendo -exclamó el viejo Nadoway con repentina furia.

-Jack y Norman lo comprenden -dijo el ladrón ásperamente-. Ellos comprenden lo que estoy diciendo. Saben lo que yo quiero decir cuando digo que soy el verdadero representante de Nadoway e Hijo. Éste es el hecho que han estado tratando de cubrir, pobres muchachos, durante los últimos cinco o seis años.

-Tú has nacido para desgracia mía -dijo el anciano, temblando de cólera-. Habrías arrastrado mi nombre por el fango si no te hubiera enviado a Australia y me hubiera desembarazado de ti. Y ahora vuelves como un ladrón vulgar.

-Y como el verdadero representante -contestó el hijo- de los procedimientos que emplea Nubs de Nadoway. Dices que estás avergonzado de mí. ¡Por Dios, querido papá! ¿No has descubierto todavía que tus otros dos hijos están avergonzados de ti? Mira sus caras.

Fue bastante demostrativo el que los otros dos hijos volvieran involuntariamente la cara, si bien lo hicieron demasiado tarde.

-Ellos están avergonzados de ti, pero yo no. Nosotros somos los más aventureros de la familia.

Norman Nadoway levantó una mano para protestar, pero el otro continuó con una suave y espontánea sátira:

-¿Os creéis que no lo sé? ¿Creéis que no se sabe? ¿No sé yo por qué Norman y Jack anuncian nuevos procedimientos industriales y nuevas ideas sociales y todo lo demás? Purificación del nombre de Nadoway, porque el nombre de Nadoway hiere todos los rincones de la tierra. Porque el negocio fue fundado sobre toda clase de estafas y sudores y agobios del pobre, y engaños a las viudas y los huérfanos. Y por encima de todo eso, se

fundó sobre el robo, el robo a los rivales y a los asociados y a quienquiera que se presentase. Exactamente como yo hago robando la caja.

-¿Crees que es decente -dijo enfurecido su hermano- que vuelvas aquí e insultes y ataques a tu padre en su misma casa?

-No ataco a mi padre -dijo Alan Nadoway-. Por el contrario, estoy defendiéndole. Soy aquí el único que puede defenderle, porque yo también soy un delincuente.

Y dejó escapar las siguientes palabras con una energía que hizo saltar a todos:

-Pero, ¿qué sabéis vosotros de esto? Vosotros vais a la escuela con su dinero, conseguís una participación en su negocio, vivís con el dinero que él gana y os avergonzáis de la manera como lo gana. Pero él no empezó así, como yo tampoco he empezado así. El pasó privaciones de todas clases, como yo he pasado privaciones en todos los sentidos. ¡Hay que probarlo para ver qué clase de porquería se come! No sabéis nada de esa clase de hombres que se convierten en delincuentes, de los engaños y de los aplazamientos y de la desesperación. Ni tampoco de las esperanzas que puede devolver un honesto trabajo ni de lo que ocurre hasta terminar en un trabajo deshonesto. No tenéis derecho a ser tan condenadamente superiores a los dos ladrones de la familia.

-Todo esto -dijo John Nadoway después de un silencio- no explica lo que estás haciendo aquí. Como probablemente sabes, en esta caja no hay nada casi nunca, y las cosas que has cogido no saldrán de ella. Yo no puedo comprender qué has querido hacer.

-Está bien -replicó Alan con su irónica sonrisa-, podéis examinar la caja y el resto de las propiedades después de que me haya ido, y acaso podáis hacer algún descubrimiento. Tal vez en conjunto, yo...

En medio de sus palabras se levantó, débil, pero penetrante e inconfundible, sobre los oídos de Millicent, un sonido que era a la vez alarmante y divertido, algo que ella había estado esperando inconscientemente durante largo rato. En la habitación de al lado acababa de despertarse su tía, y probablemente lo había hecho con todas las melodramáticas contingencias de una irrupción en medio de la oscuridad.

Las cinco personas se miraron unas a otras y comprendieron que después de aquel grito la extraordinaria situación de la familia no podía mantenerse por más tiempo. La única oportunidad era que el ladrón se rugase con la rapidez de cualquier otro ladrón. Dio media vuelta y se lanzó a través de las habitaciones de la izquierda, que eran casualmente las habitaciones de la señorita Milton y de la señora Mowbray, y, por lo tanto, llenaron los aires gritos y más gritos. Hasta que el chasquido del cristal de una ventana remota dio a entender lo restante: que el intruso se había abierto un camino para salir de la casa y desaparecer en la oscuridad.

No es necesario decir que Millicent tuvo que asumir de una manera seria la obligación de calmar a su tía en cuanto los gritos se convirtieron en agudas preguntas. Luego se fue a su habitación, en la que el agujero de la ventana rota aparecía como una estrella negra sobre el verde pizarra del cristal. Después, comprobó que exactamente en la dirección del desaparecido ladrón estaban extendidos, para que se vieran fácilmente, sobre su propio tocador, como las joyas de las coronas se extienden sobre terciopelo, la cadena de plata y el tachonado broche que había sido caprichosamente dedicado a la priora, y sobre el cual se leía en latín: «El amor todo lo vence».

### 3. - UNA REFORMA EXTRAÑA

Millicent Milton no pudo por menos de maravillarse bastante de su obsesionante deseo de ver siempre al ladrón. En ocasiones corrientes esto parecería improbable, pero en este caso nadie habría podido decir que aquel delincuente estaba ligado a la familia de una manera vulgar. Como ladrón, probablemente se habría desvanecido; como hermano no había indicio de que quisiera volver; pero como era un hermano algo desacreditado, no era extraño que lo hiciese, porque esos tipos siempre vuelven. Ella tanteó con preguntas a los otros dos hermanos, pero no pudo conseguir mucha luz sobre el asunto. Alan les había dicho burlonamente que examinasen la casa para encontrar las huellas de sus depredaciones, pero debía de haberlas realizado con gran reserva y selección, pues nadie parecía saber con seguridad lo que había cogido. Era uno de los muchos problemas de esta historia que ella no podía resolver, y no veía ninguna probabilidad especial de que alguna vez pudiera resolverlo, cuando mirando distraídamente lo vio tranquilamente subido en lo alto del muro del jardín y mirando hacia abajo, hacia el interior. El viento soplaba en sus cabellos negros, despeinándolos uno a uno y restituyéndolos a su lugar cuando volvía la cabeza.

-Otra manera de escalar una casa -dijo con la voz clara y peculiar de un conferenciante público- es subirse sobre el muro del jardín. Parece sencillo, y robar cosas lo es generalmente. Sólo que en este caso no estoy seguro de lo que robaría.

Y añadió tranquilamente:

-Me parece que empezaré por robar un poco de su tiempo, pero no se alarme usted. Le aseguro que tengo autorización.

Saltó desde el muro y cayó de pie sobre la hierba, junto a ella, pero sin interrumpir en modo alguno su conversación.

-Sí, es realmente cierto que estoy emplazado para comparecer ante un consejo de familia, con objeto de emprender una investigación sobre la posibilidad de rehabilitarme. Pero, gracias a Dios, no puedo ser rehabilitado por cualquiera fácilmente. Mientras tanto continúo en un estado de completa delincuencia me gustaría conversar con usted.

Ella no dijo nada, pero miró a la distante silueta de las palmeras algo grotescas que estaban plantadas como una frontera en el jardín, y sintió que volvía a ella la irracional sensación de que aquel sitio había sido siempre algo romántico, a despecho de las personas que vivían en él.

-Supongo que sabe usted -dijo Alan Nadoway- que mi padre estalló en un ataque de rabia espantosa contra mí cuando yo tenía tan solo dieciocho años, y me envió a Australia. Y ahora que hablamos de ello, veo que hay algo más que decir sobre el asunto. Yo había dado a uno de mis alegres compañeros un puñado de dinero que consideraba realmente de mi propiedad, pero que mi padre creía seriamente que pertenecía a la Sociedad. En realidad yo no sabía entonces mucho acerca del robo, comparado con los asiduos y concienzudos estudios que he hecho desde entonces. Pero lo que deseaba contarle a usted es lo que me ocurrió en mi viaje de regreso de Australia.

-¿No querría oírlo también su familia? -no pudo por menos de preguntar ella con un matiz de ironía experimental.

-Me atrevo a asegurar que sí -dijo él-, pero no estoy seguro de que comprendan la historia, aunque la oigan.



Luego, después de reflexionar en silencio, añadió:

-Verá usted, mi historia es demasiado sencilla para ser comprendida. Parece exactamente como una parábola; es decir, más bien parece una fábula que una realidad. Ahí está mi hermano Norman, que es un hombre sincero y muy serio además. Lee las parábolas en el Nuevo Testamento todos los domingos, pero difícilmente podrá creer en nada tan sencillo como una de esas parábolas, si es algo que ocurrió en la vida real.

-¿Quiere usted decir que es usted el hijo pródigo -preguntó ella-, y que él es el hermano mayor?

-Eso sería algo difícil si los australianos tuvieran que ser el cerdo -dijo Alan Nadoway-. Pero no quiero decir eso, ni mucho menos. Por una parte, eso rebajaría la magnanimidad de mi hermano Norman, y, por otra, acaso exageraría ligeramente la cordial y embelesada hospitalidad de mi padre.

Ella no pudo reprimir una sonrisa, pero, henchida como estaba de las más altas tradiciones secretariales, contuvo el comentario.

-No. Lo que yo quiero decir -continuó él- es que las historias contadas de una manera sencilla, por mera razón de la ilustración, siempre suenan como si no fueran ciertas. Ocurre exactamente lo mismo con los preceptos de economía política. Norman ha leído también mucha economía política, pero con frecuencia habrá leído aquellos libros de texto que empiezan con la declaración: «Había una vez un hombre en una isla». Algo que el estudiante o el chico de escuela se siente siempre inclinado a rectificar diciendo que nunca hubo un hombre en ninguna isla. Y, sin embargo, lo hubo.

Ella empezó a sentirse un poco intrigada.

-¿Cómo que lo hubo? -preguntó.

-Estuve yo -dijo Alan-. No se puede creer esta historia por la razón de que hay en ella una isla desierta. Es como si contara una historia en la que hubiera un dragón. Sería lo mismo, porque habría una moral en el dragón.

-¿Quiere usted decir -preguntó Millicent con algo de impaciencia- que ha estado usted en una isla desierta?

-Sí, y además algunas otras cosas curiosas. Pero lo extraordinario es que todo fue perfectamente hasta que llegué a una isla deshabitada. Bueno, perdí varios años, antes de dar con ella, en una parte bastante despoblada de una isla más o menos deshabitada. Me refiero, desde luego, a una isla que está señalada en el mapa como Australia. Intenté trabajar en alguna parte bastante remota de la manigua, hasta que una serie de descalabros me obligaron a volver, como mejor pude, hacia las ciudades. Volvía hacia la civilización, pero esto le parecería extraño si conociese las ciudades. Como golpe final de mala suerte, el animal que me transportaba cayó enfermo y murió en el desierto, y yo me quedé como si hubiera estado en un cuerno de la luna. Nadie en estas históricas regiones tiene una idea de cómo es aquella tierra, o una gran cantidad de personas tienen exactamente la misma idea que pudieran tener de la luna. Existían las mismas posibilidades de cruzar aquel infinito de tierra inútil remendada de zarzas que de convencer a un cometa que hubiera lanzado a uno al espacio de que le llevara de nuevo a su hogar. Caminé con esfuerzo y completamente insensible hasta que vi algo que me pareció un alto matorral azul que no era como las monótonas masas grisáceas de éstos. Después comprobé que era humo. Hay un buen proverbio, ¡vive Dios!, que dice que donde hay humo hay fuego. Es un gran proverbio, y alguien ha escrito también que donde

hay fuego hay un hombre, pero nadie sabe cuál de los dos es mayor milagro. Bueno, encontré a alguien, pero que en realidad no era nadie. Me atrevo a decir que habría encontrado en él toda clase de defectos si me hubiera tropezado con él en una ciudad o en el club. Pero entonces era como un mago; para mí tuvo un poder que no tenían los animales, los pájaros o los árboles: me dio unos alimentos cocidos y me puso en camino directo de una hacienda. En ésta, que era un puesto avanzado en el desierto, me ocurrió igual. No hicieron mucho por mí porque no podían, pero hicieron algo y no esperaron a que yo se lo pidiera. En resumen: llegué al fin a un puerto y conseguí un contrato de trabajo para pagar mi pasaje con el dueño de un barquichuelo. Aunque este hombre no era muy agradable y yo no estaba especialmente cómodo, no fue con propósito de suicidarme por lo que una ola me arrolló de pronto una noche y me arrastró lo bastante cerca, sin embargo, para ser visto y para lanzar el grito de «hombre al agua». El sucio barquichuelo, con su todavía más sucio capitán, costó cerca de cuatro horas tratando de recogerme, pero no pudo hacerlo, y fui casualmente recogido por una especie de canoa indígena, conducida a remo por un medio indígena lunático que vivía real y verdaderamente en una isla desierta. Le llamé de la misma manera que había estado llamando inútilmente al barco, y él me dio coñac y todo lo demás como la cosa más natural del mundo. Era todo un carácter, un hombre blanco o blanquecino que no llevaba más que unas gafas y adoraba a un dios de su exclusiva propiedad que había hecho con un viejo paraguas. No le pareció extraño que yo le pudiera ayudar, y me la dio a su manera. Luego llegó el día en que vimos un vapor muy lejos, que pasaba ante la isla, y yo llamé y llamé y ondeé largas sábanas y toallas y encendí luces e hice lo que se hace en estos casos. Y finalmente el buque alteró su ruta y tocó en la isla para llevarnos; todo fue demasiado seco y oficial, pero lo hicieron como un deber. Durante este tiempo, y especialmente en este último y largo viaje de regreso al hogar, estuve cantando en mi interior un canto tan viejo como el mundo: «Coelum non animan...» Por las aguas de Babilonia, o, en otras palabras: de todas las cosas, lo peor es el destierro. Después de haber escapado por un pelo a la muerte llegué al muelle de Liverpool, igual que un escolar regresa a la casa de su padre el primer día de las fiestas de Navidad. Me había olvidado de que no tenía dinero, y pedí a un hombre que me diera o prestara algo, por lo que fui inmediatamente detenido como mendigo y empecé mi carrera de delincuente durmiendo en la cárcel.

» Creo que ya comprende el punto económico de la parábola. Había estado en el fin del mundo y entre la hez del mundo; entre toda especie de galopines que tenían muy poco que dar y que estaban con frecuencia completamente mal dispuestos a dar. Había ondeado telas para llamar a los barcos que pasaban y llamado a gritos a los viajeros que cruzaban, y sin duda fui cordialmente maldecido por hacerlo. Pero nadie encontró raro que pidiese ayuda. Nadie pensó que fuera criminal que llamase a gritos a un vapor cuando me estaba ahogando, ni me arrastraron a un campamento cuando estaba agonizando. En todos aquellos mares salvajes lugares desolados, la gente cree que tiene que socorrer al que se ahoga y al que agoniza. No me castigaron nunca por estar sumido en la necesidad hasta que llegué a una ciudad civilizada. Nunca me llamaron delincuente por pedir ayuda hasta que regresé a mi propia casa.

» Bueno, si ha comprendido usted la moderna parábola del hijo pródigo, puede que comprenda por qué piensa que ha encontrado al cerdo cuando llega a su hogar; más cantidad de cerdo que de terneras engordadas. El resto de la historia consiste en una gran cantidad de ultrajes a la policía, violando y entrando en varias casas, y otras muchas cosas más. Mi familia cree que yo puedo ser domesticado o que mi posición puede

regularizarse, principalmente, imagino -y en el caso de alguno de ellos por lo menos-, porque personas como usted y como su tía conocen ya el secreto y es arriesgado y socialmente delicado. El caso es que vamos a reunimos aquí esta tarde y a formar un comité para devolverme la honorabilidad. Pero no creo que se den completamente cuenta del trabajo que se han tomado. No creo que ellos sepan exactamente lo que les sucede a las personas como yo, y ésta es la causa por la que deseo que usted lo comprenda antes de que empiecen a charlar, y por lo que le he contado a usted lo que llamo la parábola del destierro. Siempre recuerdo que durante todo el tiempo que estuve entre extraños, por no decir truhanes, tuve suerte.

Habían estado sentados sobre un banco durante la conversación, y Millicent se levantó cuando vio al grupo del padre y los hermanos vestidos de negro acercarse a ellos a través del prado.

Alan Nadoway permaneció sentado con una ostentosa languidez, y su expresión se hizo más severa cuando se dio cuenta de que el viejo Jacob Nadoway marchaba delante de los demás y que su rostro estaba oscuro como una chimenea a la luz del sol. Instantáneamente se veía que algo nuevo y desagradable había ocurrido.

-Acaso sea pueril informarte -dijo el padre con fuerte acritud- de que se ha cometido otro robo en la vecindad.

-¿Otro? -dijo Alan levantando sus párpados-. ¿Y cuál es ese otro?

-La señora Mowbray -dijo el padre severamente- fue anteayer a visitar a su amiga la señora Crayle. Ella estaba trastornada con lo que había ocurrido en nuestra propia casa, y parece que también ocurrió algo una hora antes en la casa de Crayle.

-¿Qué robaron a los Crayle? -preguntó el joven con paciente interés-. ¿Cómo supieron que había habido un ladrón?

-El ladrón fue sorprendido y huyó -dijo Jacob Nadoway-. Desgraciadamente se le cayó algo en su prisa por escapar.

-¡Desgraciadamente! -repitió Alan-. ¿Desgraciadamente para quién?

-Desgraciadamente para ti -dijo su padre.

Hubo un penoso silencio, y John Nadoway lo rompió de una manera disparatada, pero completamente alegre.

-Mira, Alan -dijo-, si hemos de ayudarte, tienes que acabar con esta clase de juegos. Nosotros podemos olvidarlo, como si se tratara de una broma, cuando nos lo hagas a nosotros, aunque asustes a la señorita Milton y a la señora Mowbray. Pero ¿cómo demonios vamos a poderte librar de la Policía si entras en las casas de la vecindad y dejas tu pitillera con una tarjeta de visita dentro?

-Descuidado, descuidado -replicó Alan en tono molesto, levantándose de su asiento con las manos en los bolsillos-. Deben ustedes tener en cuenta que estoy en los comienzos de mi carrera como ladrón.

-Estás en el final de tu carrera de ladrón -dijo el viejo Nadoway-, o, de otro modo, estarás en el inicio de tu carrera como convicto por cinco años en Dartmoor. Con la pitillera y la tarjeta, la señora Crayle puede acusarte, y lo hará si yo lo autorizo. Ha venido aquí sólo para ofrecerte una oportunidad, a ti, que has despreciado mil. Abandona el negocio de robar aquí, ahora mismo, y yo te encontraré una ocupación. Lo tomas o lo dejas.

-Tu padre y yo -indicó Norman Nadoway con su suelto y delicado acento- no siempre

estamos acertados en el tratamiento de los casos difíciles, pero en éste está evidentemente en lo justo. Yo no tengo hacia ti grandes simpatías en muchos aspectos, pero una cosa es olvidar que un hombre ha robado cuando podía estar muriéndose de hambre, y otra completamente distinta olvidar que prefiere irse a morir de hambre cuando sólo se puede dedicar a robar.

-Eso está bien dicho -asintió el estoico John con fraternal admiración-. Nosotros estamos dispuestos a reconocer a un hermano que ya no es un ladrón. La otra cosa que podríamos reconocer sería un ladrón que ya no fuese un hermano. ¿Eres exactamente nuestro hermano Alan, a quien nuestro padre está dispuesto a dar una ocupación, o eres un individuo de la calle que tenemos a mano para entregar a la policía? Lo que no puedes ser es ambas cosas a la vez.

Los ojos de Alan vagaron un momento por la casa familiar y por el jardín y se detuvieron un instante sobre Millicent con cierta expresión de ternura. Luego se sentó de nuevo en el banco con los codos sobre las rodillas y enterró la cabeza entre las manos, como si estuviera luchando en oración o por lo menos en una perplejidad de espíritu. Los otros tres hombres permanecieron de pie, esperando con embarazosa rigidez.

Al fin levantó de nuevo su cabeza, echando hacia atrás sus melenas negras, y todos vieron que su rostro pálido tenía una nueva expresión.

-Bueno -dijo el viejo Jacob como nueva súplica-. ¿Abandonarías ese maldito asunto de asaltar casas?

-Sí, padre -dijo gravemente Alan levantándose-. Ahora empiezo a ver las cosas seriamente, y comprendo que tienes derecho a que te lo prometa. Abandonaré el negocio de asaltar casas.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó su hermano Norman- No voy a moralizar ahora, pero ya verás que es una cosa distinta cualquier ocupación que tengas ahora. Y será una de esas ocupaciones en que un hombre no necesita ocultarse.

-Después de todo, es una repugnante ocupación ésa de robar -indicó John en un intento de jovialidad y de reconciliación general-. Debe de ser una pesadilla penetrar sin razón en una casa desconocida, algo así como quien trata de ponerse los pantalones del revés. Comprobarás que es mejor tener una ocupación, y conseguirás con ello la paz del espíritu.

-Sí -dijo Alan pensativamente-, todo lo que decís es verdad. Complica la vida enormemente tratar de conocer el paradero de los tesoros. No, voy a enderezar mi vida en una nueva dirección. Voy a reformarme y a seguir una línea de conducta distinta en adelante. Siempre he creído que robar bolsillos es una profesión más lucrativa en nuestros días. Un amigo mío se las arregla perfectamente con las personas que salen de las estaciones del «metro».

Sin duda se trata de gente mucho más pobre que las que poseen todas esas cajas y joyas, pero son más numerosas, y es maravilloso lo que se puede conseguir al cabo del día. Mi amigo viene a reunir unos quince chelines en monedas de seis peniques y calderilla a las salidas de los cinematógrafos, pero hay que tener unos dedos muy hábiles. Yo creo que aprenderé con facilidad su arte.

Hubo un silencio de asombro, y luego dijo Norman con su ponderada voz:

-Sería de mucha importancia para mí saber si se trata de una broma.

-¿Una broma? -replicó Alan con aspecto de estar algo alejado de aquel lugar-. Una broma... ¡Oh, no! No es una broma. Es una ocupación. Y una ocupación mejor que el trabajo que mi padre pudiera ofrecerme.

-Entonces prefieres terminar en presidio -dijo el anciano, y su voz retumbó en el jardín como un cañonazo-. Despéjanos este sitio en tres minutos o llamaré al policía que está en la calle.

Y con estas palabras le volvió la espalda y se alejó, seguido de sus otros dos hijos. Alan permaneció solo, de pie junto al banco, como una estatua.

El jardín, realmente, se había oscurecido algo, dando a las cosas el aspecto estatuario, con el lento avance del crepúsculo, y su exuberante florecimiento se velaba un poco con la oscuridad y con los húmedos vapores que empezaban a levantarse de las praderas cercanas, aunque sobre las cabezas el cielo era claro y empezaban a aparecer los puntos brillantes de las estrellas en la oscuridad grisácea. La mujer se movió muy rápidamente, dirigiéndose a través de un prado, donde el hombre permanecía de pie junto al banco. Su seriedad y su silencio le hacían parecer más consciente de su última incongruencia. El rostro de Millicent, que era habitualmente muy serio, aparecía fruncido en aquellos momentos con una mueca de burla.

-Bueno -dijo-. Buena la ha hecho usted.

-Si usted cree -contestó él- que he deshecho las perspectivas que tenía, le diré que no pensé nunca en tener ninguna.

-No, no creo eso -contestó ella-. Cuando digo que la ha hecho usted buena quiero decir que se ha extralimitado usted.

-¿Extralimitado en qué? -preguntó en tono duro.

-En mentir -replicó ella sonriendo decididamente-. O que ha disfrazado usted la cosa, si lo prefiere así. Yo no comprendo lo que todo esto significa, pero desde luego sé que no significa lo que usted dice. Yo he podido creer que era usted un ladrón y que robaba las casas de los ricos, pero cuando dice usted que va a ser un ratero que sustraerá seis peniques a la pobre gente que va a ver las películas, creo sencillamente que eso no es verdad, y que persigue algún objeto al decirlo. Es la última pincelada que estropea una obra de arte.

-¿Qué supone usted que soy yo? -preguntó Alan.

-¿No quiere usted explicármelo? -replicó la joven.

Después de un corto silencio, el hombre contestó con curiosa entonación:

-Haré una excepción con usted.

-Muy bien -repuso ella-, todos saben que el defecto de mi sexo es la curiosidad.

Alan ocultó su cabeza entre las manos, y después de una pausa dijo con un gruñido:

-«Amor Vincit Omnia».

Un momento después levantó de nuevo la cabeza y empezó a hablar, y Millicent, bajo las estrellas, escucho con sus brillantes ojos dilatados de asombro.

#### **4. - LOS PROBLEMAS DEL DETECTIVE PRICE**

El señor Peter Price, agente de investigaciones privadas, no era partidario de la apreciación histórica del tipo corriente de mujer inglesa, que tanto apasionaba al señor Geoffrey Chaucer y al señor Alan Nadoway. La mujer inglesa es una joya de muchas facetas, o una flor, si se introducen algunas variaciones botánicas. Y el señor Price había visto en varias ocasiones ese rostro que la diosa dirige sobre los criados extraños, los cocheros aparte, y otros manifiestos enemigos de la sociedad. En aquel momento descansaba de una entrevista celebrada con un verdadero ejemplar del tipo, una tal señora Milton Mowbray que le había hablado con ciertas y decisivas palabras durante cerca de tres cuartos de hora, sin decirle nada a lo cual él pudiera darle el menor sentido.

Pero de la conversación de la mujer pudo obtener algunos datos que completaron sus notas hasta llegar a un resultado algo positivo. Ella estaba segura de que había habido un robo en la casa del señor Nadoway, donde vivían ella y su sobrina, y que se lo ocultaban; así que no podía saber si había sido robada. Estaba segura de dicho robo, porque un objeto perteneciente al joven Nadoway había sido encontrado después de otro robo en una casa vecina. Esta otra casa era la de la señora Crayle, y el ladrón debía de haber ido allí desde la casa de Nadoway, llevándose consigo lo robado y perdiendo después un objeto en su fuga. Otra prueba del robo es que debió perder algo también en casa de Nadoway, pues estaba segura de que su sobrina había encontrado una especie de broche que nadie había visto antes. Ahora bien, su sobrina no quería hablar nada de aquel asunto, y todos los demás se ocultaban de ella, esto es, de la indignada señora Milton Mowbray.

-Parece que se trata de un ladrón algo descuidado -dijo el señor Price mirando al techo-. Y no se le puede llamar afortunado en la profesión. Primero roba a otra persona y deja lo robado en casa de los Nadoway. Luego roba algo al señor Nadoway y lo deja en la casa de la señora Crayle. ¿Robó también algo a esta señora? Y si lo robó, ¿en qué casa lo ha dejado?

El detective era un hombre bajo, grueso y calvo, cuyas facciones parecían herméticas, de manera que era imposible decir con seguridad si sonreía; de todos modos, la señora ni tenía carácter ni estaba en disposición de ánimo para buscar en su rostro huellas de ironía.

-Eso -dijo con aire de triunfo- es precisamente lo que yo digo. Nadie me habla. Todo es muy vago. La misma señora Crayle es poco clara. Dice que supone que ha sido un robo, porque si no, ¿qué motivos tendría un hombre para huir? Los Nadoway tampoco son muy claros. Les he dicho varias veces que no deben tener en cuenta mi sensibilidad, pues no voy a desmayarme aun en el caso de que haya sido robada. Porque realmente creo que tengo derecho a saber.

-Tal vez les ayudaría un poco -indicó el detective particular- si usted les dijera que ha sido robada. Verá usted; este asunto me parece bastante embrollado en varios sentidos, pero lo que me gustaría saber es lo que ha sido robado, y a quién. Nosotros convendríamos, en razón de los argumentos, en que hubo dos robos, y si era un solo ladrón. Es de presumir que era un ladrón, porque dejaba en las casas de otras personas objetos que usted cree que no le pertenecían. Pero ninguno de esos objetos, por lo que yo puedo comprender, eran propiedad de las personas que robaba. Y, desde luego, ninguno de ellos le pertenecía a usted.

-¿Cómo podré saberlo? -exclamó la dama con un arrebatador ademán de agnosticismo-. Nadie quiere decirme la verdad. Yo he...

-Mi querida señora -dijo el señor Price con lenta firmeza-. No puede usted obligar a nadie

a que le diga la verdad acerca de usted misma. ¿Ha perdido usted algo? ¿Le falta alguna cosa? Y hablando de lo mismo, ¿le falta alguna cosa a la señora Crayle?

-La señora Crayle no quiere decir si le falta algo o no -replicó la señora Mowbray con repentina acritud-. Es muy vaga en esto.

-Yo digo -dijo el señor Price moviendo la cabeza pensativamente- que la señora Crayle no quiere saber si ha perdido algo o no. Y me parece que usted misma se encuentra con idéntica dificultad.

Luego, antes de que pudiera darse cuenta de la afrenta y le replicara, dijo rápidamente:

-Siempre he creído que la señora Crayle era una mujer bastante capaz, una gran organizadora.

-¡Oh! Puede organizar reuniones y manifestaciones y muchas cosas disparatadas -dijo la dama victoriana desdeñosamente-; puede hablar acerca de la Liga contra el tabaco o discutir sobre determinadas drogas, pero nunca dice nada de lo que sucede en su propia casa.

-¿Pero se lo dirá a su marido? -insistió el señor Price-. Tengo entendido que era en su tiempo un hombre muy distinguido y, desde luego, de una familia muy antigua. Me dijeron que lord Crayle había sufrido mucho cuando la deuda rusa se perdió, y no creo que su esposa cobre un sueldo por atacar el tabaco. Tienen que ser bastante pobres, y seguramente sabrán si han perdido algo de valor.

Se quedó un momento en silencio, meditando, y luego preguntó a quemarropa:

-¿Qué es, exactamente, lo que encontraron cuando el ladrón huyó?

-Creo que fue solamente unos cigarros -dijo la señora Mowbray rápidamente-. Una caja grande llena, pero en ella había una tarjeta de los Nadoway, y creemos que el ladrón la había cogido en su casa.

-Perfectamente -contestó el detective-. Ahora dígame usted qué otras cosas ha robado en su casa. Estoy seguro de que comprenderá que si yo tengo que ayudarla debe excusármeme que asuma una actitud más o menos confidencial. Ya sé que su sobrina es la secretaria del señor Jacob Nadoway, y debo suponer que cuando ella ha tomado esta determinación, quiere decir que necesita trabajar para vivir.

-Yo me opuse a que ella trabajara para semejantes personas, pero cuando esos gobiernos socialistas nos dejaron sin dinero, ¿qué podíamos hacer?

-Comprendo, comprendo -dijo el detective, moviendo la cabeza de una manera casi soñadora.

Su mirada se detuvo de nuevo en el techo, y parecía estar siguiendo a miles de kilómetros una serie de pensamientos. Por último, añadió:

-Algunas veces nosotros miramos esas cosas como asuntos completamente despersonalizados. Nada de determinar las personalidades. Vamos a suponer que no hablamos de nadie en particular. Yo veo una muchacha que una vez conoció todo lo que se relacionaba con el lujo y con las cosas bonitas, y que ha aceptado una vida más oscura y más llana porque no podía hacer otra cosa, y que gana su sueldo como secretaria de un viejo mezquino, sin esperar nada que pueda implicar una ganancia inesperada. Y veo también otra cosa curiosa. Un hombre de rancio abolengo condenado a ser una persona vulgar, que se ha visto obligado a vivir una vida sencilla, en parte por pobreza y en parte porque tenía una esposa puritana que tenía la chifladura de ir contra sus antiguos lujos, y

especialmente contra el tabaco- ¿No le sugiere a usted nada todo esto?

-No, no me sugiere nada -dijo la señora Mowbray levantándose con su crujido de sedas-. Lo que veo es que no me satisface nada de lo que usted dice, y no le entiendo.

-Era, realmente, un ladrón muy distraído -indicó el detective-. Si hubiera sabido lo que pasaba, habría perdido los dos broches.

Diez minutos después la señora Mowbray había sacudido sus zapatos del polvo del sucio despacho del detective y se encaminaba a difundir sus preocupaciones por otros lugares. Mientras tanto, el señor Price se acercaba al teléfono con una sonrisa que parecía tratar de ocultarse a sí mismo. Llamó a un determinado amigo suyo que estaba colocado en el departamento oficial de la policía y conversó con él detenidamente. Versó en su mayor parte sobre la preponderancia de los robos insignificantes, especialmente raterías, que se señalaban en algunos de los distritos más pobres de Londres. Y de nuevo, algo extrañamente, el señor Price añadió notas de su conversación telefónica a sus notas de la conversación sostenida con la aristocrática señora Milton Mowbray.

Luego, una vez más, se reclinó en su silla y permaneció mirando fijamente el techo, hundido en un profundo pensamiento y con una expresión casi napoleónica, pues, después de todo, Napoleón era también bajo de estatura y grueso en sus últimos años.

La verdad era que el señor Peter Price esperaba otra visita. No estaban las dos visitas ligadas entre sí, aunque a la señora Mowbray le habría sorprendido mucho si hubiera visto una figura tan familiar como la de John Nadoway Hijo, entrar en el despacho del detective no mucho después de haberlo abandonado ella. Muchos años antes, el socio joven se había visto en trances difíciles para cubrir algunas de las primeras hazañas del socio de más edad. Mucho después, el viejo Nadoway se enriqueció, y el joven Nadoway se decidió lentamente a hacerse también respetable, y algunos antiguos escándalos llegaron a traducirse en los negocios como una serie de chantajes y disgustos que fue difícil sofocar. El joven John Nadoway había recurrido a la agencia privada y a la experiencia del señor Price, quien había pagado o asustado a los descontentos con tanto éxito que de nuevo la reputación de los Nadoway quedó totalmente asegurada. Por esta razón el joven Nadoway acudía una vez más al señor Price cuando tenía que hacer frente a un escándalo familiar en una escala más espantosa y gigantesca.

Porque Alan, que ya no actuaba en el anonimato y como ladrón nocturno, sino haciendo público su nombre más francamente, incluso dejando su tarjeta de visita, había declarado que era su intención robar bolsillos para ganarse la vida en las inmediaciones de Lambeth, y que si aparecía en las noticias policíacas no sería bajo un apodo. En la curiosa comunicación que había enviado a sus hermanos declaraba gravemente que mientras no hubiera algo moralmente perjudicial para los rateros no podía tranquilizar su conciencia (admitía que acaso ésta era demasiado sensible) engañando a un bondadoso policía dándole un nombre falso. Había tratado tres veces, declaraba poéticamente, de llamarse Nogglewop, y cada vez su voz languideció de emoción.

Tres o cuatro días después de haber recibido su carta sobrevino la catástrofe. El nombre de Nadoway, el resultado de tantos esfuerzos, aparecía escrito en los titulares de todos los periódicos de la tarde de una manera muy diferente de aquella en que aparecía desde hacía mucho tiempo en los titulares de los anuncios. Alan Nadoway, que se decía el hijo mayor de sir Jacob Nadoway (pues éste era ya el título de su padre), comparecía ante la policía acusado de robar bolsillos frecuentemente.

La situación era más sensacionalmente escandalosa y exasperante a causa de que el



ladrón no sólo robaba a los pobres de la manera más cínica y despiadada, sino que elegía a los pobres del mismo distrito donde su hermano, el reverendo Norman Nadoway, hacía poco que había llegado a ser un párroco caritativo y popular por la cantidad de buenas obras que realizaba.

-Parece increíble -dijo John Nadoway con fuerte énfasis- que un hombre pueda ser tan perverso.

-Sí -añadió Peter Price-, parece increíble.

Luego se levantó con las manos en los bolsillos, miró por una ventana e hizo notar:

-Usted comprende, puesto que ha llegado a pensarlo así, que ésa es la palabra más exacta: parece increíble.

-Y, sin embargo, ha ocurrido así -dijo John.

Peter Price permaneció silencioso tanto tiempo que John saltó de pronto, como puede hacerlo un hombre que oye ruido.

-¿Qué diablos le parece esto a usted? -preguntó-. ¿No es completamente cierto que ha ocurrido?

Peter movió la cabeza y respondió:

-Si usted afirma que el hecho ha ocurrido, sí, yo estoy completamente seguro, pero si usted me pregunta si ha sucedido, ya no puedo asegurárselo. Hasta ahora sólo empiezo a tener una sospecha muy poco concreta. Mire, yo no quiero hacer nacer ni esperanzas ni sospechas todavía, pero si me permite que vea al abogado que va a defender a su hermano, me parece que podré sugerirle algo a usted.

John Nadoway abandonó el despacho del detective con paso lento y expresión perpleja, que le duró todo el camino hasta su casa, donde llegó aquella tarde guiando el automóvil con su habitual competencia, y donde permaneció sin abandonar aquella inusitada perplejidad y tristeza. Todo había surgido tan embrollado y tan lamentablemente que se encontraba impelido contra los extremos de su vida de una manera para la que carecían de experiencia los hombres de su clase. Podía haber dicho con toda sencillez que no era un pensador, y no se habría encontrado nada extraño en que un hombre caminase de la vida a la muerte sin detenerse en ningún lado a pensar. Pero todas las cosas en la conducta de aquel poco práctico detective particular eran condenadamente misteriosas. Hasta los oscuros árboles de delante de la casa de su padre parecían erguirse como sombras serpentescas, como enormes signos de interrogación. Las estrellas parecían esas otras estrellas que se llaman asteriscos, y que se ponen en los pasajes suprimidos de los acertijos o de los monogramas. Y la única ventana iluminada en la masa oscura de la casa era como un ojo que miraba de soslayo. Lo único que comprendía demasiado bien era que una nube de sombra y de ruina se cernía sobre la casa como una tormenta antes de estallar. Era la misma clase de ruina que él había tratado de conjurar durante toda su vida.

En la sombra del mirador, con una especie de silenciosa conmoción, se acercó a Millicent, que contemplaba sentada en una mecedora la oscuridad del jardín.

Cuando vio y sintió la presencia de la robusta figura del hombre de negocios oscureciendo el débil resplandor que llegaba sobre el prado, una especie de nube pasó por sus ojos, en los que no había dolor, aunque sí un poco de ternura. Sintió que una especie de melancólica amistad salía de ella en ondas simpáticas hacia aquel hombre fuerte,

próspero e infeliz, como hacia una persona que fuera muda o ciega. No pudo analizar este enternecimiento, que era también algo doloroso, hasta que recordó que ella estuvo a punto de enamorarse de él cuando era un muchacho que jugaba en aquel jardín. No supo por qué sentía de un modo penetrante y casi trágico no estar enamorada de él en aquellos momentos, no poder nunca, nunca, enamorarse de aquel hombre bueno, que poseía la bondad de todos los hombres buenos que piensan que decir la verdad es tan obligatorio como lavarse los dientes. Amarle sería como amar a una persona que no tuviera más que dos dimensiones.

Y sentía que se había abierto en ella misma un abismo como una nueva dimensión, lleno de estrellas invertidas y de los invertidos infinitos de Einstein. Con dificultad podía ver en este abismo más allá de sí misma, y con dificultad encontraba la positiva innovación; pero, en cambio, veía claramente la negación insistente: que no estaba enamorada de John Nadoway.

Todo lo que podía darle era su fría compasión, que iba hacia él, sin reservas, como hacia un hermano.

-Siento mucho -dijo- todo lo que ahora debe de estar sufriendo, que le parecerá una pesadilla.

-Gracias -contestó él, no sin emoción-. Sin duda estamos atravesando un tiempo de prueba, y la simpatía de los viejos amigos no nos lastima.

-Yo sé lo bueno que ha sido usted siempre -dijo ella- y lo duramente que ha tenido que trabajar para evitar todo lo que fuera descrédito. Y esto que ocurre debe de parecerle vergonzoso.

-Me temo que no sólo deba parecer así -replicó-, pues un Nadoway robando bolsillos es casi lo peor que se puede imaginar.

-Pero ocurre -indicó ella moviendo la cabeza extrañamente- que a través de lo peor que uno puede imaginarse viene lo mejor que no se puede imaginar.

-Me parece que no he entendido lo que quiere decir -dijo el socio más joven.

-Digo que se puede ir a través de lo peor hacia lo mejor, como se puede ir al Este a través del Oeste -contestó la joven-. Y hay realmente un sitio en el mundo, al otro lado del mundo, donde el Este y el Oeste son uno solo. ¿No le parece a usted que hay algo tan terriblemente bueno que deba parecer malo? Mirar al cielo pone como un borrón en la retina. Y después de todo -añadió casi en un suspiro-, el sol se oscureció una vez porque un hombre era demasiado bueno para vivir sobre la tierra.

El socio joven reanudó su trabajosa marcha con un nuevo motivo que añadir a sus angustias: que entre los habitantes de la casa había una muchacha lunática.

## **5. - EL LADRÓN A PRUEBA**

Hubo una extraordinaria agitación y gran cantidad de aplazamientos para la vista de la causa de Alan Nadoway, extraño si se tiene en cuenta que sólo se trataba de la causa de un vulgar ratero. Al principio se dijo por todas partes, y al parecer con fundamento, que el detenido iba a declararse culpable. Luego vinieron toda clase de conmociones en el

círculo al que pertenecía socialmente y una serie de privilegiadas entrevistas entre el detenido y los miembros de su familia. Pero hasta que su padre, el viejo Jacob Nadoway, no envió a su secretaria particular a la cárcel a celebrar aparentemente largas entrevistas sin precedente no se conoció la noticia de que él iba a alegar que no era culpable. Luego hubo la misma historia de disputas y rumores acerca de la elección del abogado defensor, y finalmente se anunció que el detenido insistía en defenderse él mismo.

La causa contra él se vio ante un juez y un jurado, y el fiscal abrió la vista con tonos de austera excusa. El detenido era, desgraciadamente, el hijo de una poderosa y distinguida familia, el borrón sobre los blasones de una noble, generosa y filantrópica casa. Todos estaban enterados de las grandes reformas hechas en favor de los empleados, reformas que siempre estuvieron unidas al nombre del hermano mayor, el señor John Nadoway. Este hombre desgraciado, Alan Nadoway, fue siempre un punto negro, una carga y una desgracia para su familia. Fue acusado, y tal vez convicto, de intento de robo en las casas de su familia y de sus amigos.

Aquí interrumpió el juez, diciendo:

-Es una acusación improcedente. No encuentro nada que se refiera a esos atracos en el sumario por el cual está siendo juzgado el detenido.

Éste dijo con voz alegre:

-No importa, señor juez.

El fiscal presentó sus excusas y prosiguió.

De todos modos, no podría haber la más pequeña duda acerca de la acusación de pequeños hurtos ante los testigos que se proponía hacer comparecer ante el tribunal.

El agente Brinle prestó juramento e hizo su declaración con un murmullo largo y monótono.

-Actuando por informes recibidos, seguí al detenido desde la casa del reverendo Norman Nadoway hacia el Yperion Cinema Theatre, a unos cien metros de distancia, y vi que metía su mano en el bolsillo del abrigo de un nombre que estaba de pie debajo de un farol, y después de aconsejar a este hombre que mirara lo que tenía en sus bolsillos, seguí al detenido, que se había acercado a la multitud que estaba fuera del teatro, y entonces un hombre de aquellos se volvió y acusó al detenido de haberle quitado algo del bolsillo, y le dijo que se fuera de allí corriendo; pero llegué yo y evité la huida, y le pregunté si acusaba a este hombre, y él contestó que sí, y entonces el detenido dijo que acusaba al otro de haberle acometido, y mientras yo preguntaba a ese hombre, el detenido corrió y fue a meter la mano en el bolsillo del chaquet de un hombre que estaba en la cola. Yo dije a este hombre que examinara sus bolsillos, y me llevé detenido al acusado.

-¿Quiere usted hacer alguna pregunta al testigo? -preguntó el juez.

-Estoy seguro de que su señoría me perdonará en estas circunstancias -dijo el detenido-, si no estoy familiarizado con las costumbres de este tribunal; pero, ¿puedo en este momento preguntar si la acusación va a llamar a esas tres personas a quienes se supone que yo he robado?

-No tengo ningún inconveniente en declarar-afirmó el fiscal- que vamos a hacer comparecer a Harry Hamble, corredor de apuestas en las carreras, el hombre de quien se ha dicho que había amenazado al detenido, y a Isidor Green, el último de los robados por el acusado antes de su detención.

-¿Y qué pasa con el primero de los tres? -preguntó el detenido-. ¿Por qué no ha sido llamado?

-Es una realidad, señor juez -dijo el abogado- que la policía ha sido incapaz de descubrirlo.

-¿Puedo preguntar al testigo -dijo Alan Nadoway- cómo se ha producido este estado de cosas?

-El hecho es -indicó el agente- que mientras yo le volví la espalda unos instantes, él se marchó.

-¿Quiere usted decir -preguntó Nadoway- que habló con un hombre que era víctima de un robo y que podía recobrar sus pertenencias, y que huyó instantáneamente, sin dejar su nombre, como si fuera un ladrón?

-No lo comprendo, pero así fue -dijo el policía.

-Con la venia de su señoría -intervino el detenido-, todavía hay otro punto. Mientras aparecen dos nombres como testigos, uno solo, el señor Hamble, figura como querellante. Parece como si hubiera algo raro acerca del tercer testigo. ¿Lo cree usted así, agente?

-Tengo que decir que hay algo vago -admitió con un ligero gesto-. El testigo es uno de esos músicos cuyos conocimientos económicos son originales. Le dije que mirara si le faltaba algo, y lo contó más de seis veces. Algunas veces contó seis chelines y ocho peniques, y otras tres chelines y cuatro peniques, y hasta llegó a contar cuatro chelines. Nosotros pensamos entonces que no estaba completamente en su...

-Esto es muy irregular -cortó el juez-. Ya sé que el testigo Isidor Green prestará declaración más tarde. Pero creo que la acusación haría mejor si empezara por llamar sin demora a los testigos.

El señor Harry Hamble llevaba una corbata muy deportiva y mostraba la expresión de grave jovialidad que es habitual en aquellas personas que hacen valer su respetabilidad aun en el bar. No era incapaz, sin embargo, de cordiales manifestaciones, y afirmó que había golpeado en la cabeza al individuo que trató de robarle. En respuesta a las preguntas de la acusación, refirió la historia en términos parecidos a como lo había hecho el agente, no sin exagerar un poco su belicosidad. En respuesta a las preguntas del detenido, admitió que él se había trasladado inmediatamente al Pigand Whistle<sup>3</sup> de la esquina.

El acusador saltó con teatral indignación y preguntó el significado de esta insinuación.

-Imagino -dijo el juez un tanto severamente- que el detenido quiere decir que el testigo no sabía después con exactitud lo que había perdido.

-Sí -dijo Alan Nadoway, y había algo curioso y atrayente en la vibración de su profunda voz-. Me propongo decir precisamente que el testigo no sabía con exactitud lo que había perdido. ¿Fue usted al Pigand Whistle y estuvo bebiendo unas rondas, como acostumbra?

-Señor juez -dijo el abogado acusador-, debo protestar enérgicamente, porque el detenido se propone difamar la conducta del testigo.

-¡Difamar su conducta! ¡Al contrario: estoy glorificándola! -exclamó Nadoway calurosamente-. Estoy exaltando y casi divinizando su conducta. Estoy haciendo resaltar que ejercía en noble escala la antigua virtud de la hospitalidad. Si digo que da usted

---

<sup>3</sup> Pigand Whistle, nombre de un conocido establecimiento de comidas y bebidas.

buenas comidas, ¿difamo con ello su conducta? Si invita a usted a comer a otros seis abogados y comen ustedes muy bien, ¿va usted a ocultarlo como si fuera un crimen? ¿Estará usted avergonzado de su generosa hospitalidad, señor Hamble?

-¡Oh, no, señor! -dijo el señor Hamble.

-Desde luego que no -dijo el señor Hamble casi con modestia-. Seguro que no, señor.

-Usted siempre, así lo creo yo -continuó el detenido-, siente amistad por el ser humano, y en particular por los compañeros que elige y, si pudiera, los invitaría siempre a beber unas cuantas rondas.

-Creo que sí, señor -dijo el virtuoso corredor.

-Y si no lo hace siempre así -continuó Alan afablemente- será porque no siempre está en condiciones económicas de hacerlo. ¿Por qué lo hizo usted así en aquella ocasión?

-Bueno -admitió el señor Hamble, confuso-, supongo que debía de estar algo bien de dinero aquella tarde.

-¿Inmediatamente después de ser robado? -dijo Nadoway-. Muchas gracias. Eso es todo cuanto deseaba preguntarle.

El señor Isidor Green, maestro del violín, con largo y filamentoso cabello y un abrigo descolorido y verdoso, era, en efecto, tan difuso como lo había presentado la policía. Durante la declaración principal acabó por decir que recordaba ciertamente que le parecía haber sentido que sus bolsillos eran registrados; pero durante las corteses y simpáticas preguntas de Nadoway estuvo extraordinariamente nebuloso. Parecía que con la ayuda de dos o tres amigos de un superlativo talento matemático había logrado por fin el firme convencimiento de que después de ser robado aún poseía tres chelines y siete peniques.

-Mi pensamiento está completamente concentrado en mi obra artística -dijo con no poca dignidad-. Es posible que mi esposa lo supiera.

-¡Admirable ¡idea, señor Green! -indicó Nadoway vivamente-. Tengo el gusto de citar a su esposa como testigo de la defensa.

Todos le miraron con asombro, pero era indudable que Nadoway estaba serio, y con una gravedad matizada de cortesía procedió a llamar a sus propios testigos, que eran nada menos que las dos esposas de los dos testigos de la acusación.

La esposa del violinista habló, salvo en un punto, en apoyo del testigo anterior. Era una mujer fuerte y de buena presencia, probablemente la mujer indicada para comparecer después del poco matemático señor Green. Dijo con agradable voz que ella sabía todo acerca del dinero de Isidor y lo que ocurría con él; que era un buen marido, que no tenía aptitudes extravagantes y que seguramente la tarde del robo llevaba en su bolsillo dos chelines y ocho peniques.

-En ese caso, señora Green -dijo Alan-, parece que las aptitudes de su marido para encontrar amigos matemáticos son tan excéntricas como su aptitud con las matemáticas. Él y sus amigos estuvieron de acuerdo en que tenía tres chelines y siete peniques.

-Es un genio -disculpó ella con algo de orgullo.

La señora de Harry Hamble era de un tipo completamente distinto, y en comparación con el señor Harry Hamble, también un poco depresivo. Tenía las facciones anchas y la boca avinagrada, tan corriente en las mujeres cuyos maridos encuentran refugio en los Pigand Whistle. Preguntada por Nadoway si la fecha en cuestión tenía para ella algún recuerdo,

contestó ásperamente:

-Nunca me dice las cosas. Debe de haber tenido un aumento de sueldo del que no me ha informado.

-Comprendo -dijo Nadoway-. ¿Usted cree que invitó a beber a varios amigos aquella tarde?

-¡Que invitó! -exclamó la afectuosa mujer con voz seca-. ¡Que invitó a beber! ¡Que los condenó a beber, más bien! Él tomó todo lo que pudo, si no le costó nada, pero no pagó a nadie.

-¿Cómo lo supo usted? -preguntó el detenido.

-Porque me trajo su jornal de costumbre y un poco más -dijo la señora Hamble como si aquello fuera un agravio.

-Esto es un poco embarullado -indicó el juez.

-Me parece que puedo explicarlo -dijo Alan Nadoway- si su señoría me permite que ocupe mi puesto en el banquillo por unos minutos antes de hacer mi defensa.

No había ninguna dificultad, puesto que el detenido tenía la doble personalidad de acusado y defensor.

Alan prestó juramento y se quedó contemplando al abogado acusador con melancólico gesto.

-¿Niega usted -preguntó el abogado- haber sido detenido por el guardia cuando tenía la mano dentro de los bolsillos de esas personas?

-No -dijo Nadoway agitando tristemente la cabeza-. ¡Oh, no!

-Eso es muy extraordinario -dijo el acusador-. Me parece que está usted abogando por la no culpabilidad.

-Sí -replicó Nadoway tristemente-. ¡Oh, sí!

-¿Qué significa todo esto? -preguntó el juez con repentino enfado.

-Señor -dijo Alan Nadoway-. Puedo aclararlo todo en cinco palabras. Pero en este tribunal no basta con aclarar las cosas, es preciso probarlas. Y, sin embargo, es bastante sencillo. Yo metí las manos en sus bolsillos, pero puse dinero en ellos en lugar de quitarlo. Y si ustedes se fijan, verán que eso lo explica todo.

-Pero, ¿por qué demonios hacía usted una cosa tan disparatada? -preguntó el juez.

-¡Ah! -dijo Nadoway-. Temo que sea muy largo de explicar. Y acaso no sea éste el mejor sitio para explicarlo.

La explicación del problema práctico fue completamente establecida en todos sus detalles en el discurso final que el detenido pronunció en su defensa. Señaló como evidente solución del primer problema la desaparición repentina de la primera víctima. El desconocido economista era una persona mucho más perspicaz que el festivo señor Hamble o el artístico señor Green. Una ojeada a sus bolsillos le había hecho ver que tenía algún dinero más del suyo propio. Una posible familiaridad con la policía le sugirió la fuerte duda de si se le permitiría conservarlo o no, y entonces se desvaneció con la habilidad de un mago o de un hada. El señor Hamble, en un estado confuso de alegría, casi se sorprendió de encontrar que de sus bolsillos cada vez salía más dinero, y, para eterno crédito suyo, lo había dedicado a convidar a sus amigos. Y después de todo esto

todavía le quedó un poco más de su salario habitual, bastante para hacer nacer siniestras dudas en la imaginación de su esposa. Por último, y por increíble que pudiera parecer, el señor Green y sus amigos habían llegado verdaderamente a un correcto cálculo del número de monedas que había en el bolsillo. Y si existía un exceso con lo que calculaba su esposa, era por la sencilla razón de que le habían añadido algunas monedas desde que salió de su casa cuidadosamente cepillado y abotonado aquella mañana. Todo, en efecto, abogaba por la extraña afirmación del detenido de que había metido la mano en unos bolsillos, pero no los había vaciado.

En medio de un profundo silencio, el juez no pudo hacer más que aconsejar al Jurado que absolviera, y el Jurado absolvió. Pero el señor Alan Nadoway salió disparado como una flecha de la sala del tribunal, eludiendo a los periodistas y amigos, y especialmente a su familia. Por una cosa: porque había visto dos hombres de caras contraídas y gafas que le miraban como si fueran psicólogos.

## 6. - LA PURIFICACIÓN DEL HOMBRE

El juicio y la absolución de Alan Nadoway por el tribunal fue solamente un epílogo del drama real. Él, para jugar limpio, habría dicho que aquello era sólo una arlequinada. La verdadera escena decisiva y la caída del telón serían en el gran escenario de «Los prados» que Millicent, curiosamente, había considerado siempre como una especie de escenario, severo y casi extravagante, con las melladas siluetas de las platas exóticas como mandíbulas de tiburones y la baja hilera de arqueadas ventanas, semejantes a ojos de monstruos. Con todas estas cosas grotescas tenía mezclado en su imaginación algo casi operístico y, sin embargo, genuino, algo del sentido real o de la pasión que hubo en el Victoriano siglo XIX, a despecho de lo que se ha dicho de los remilgos y restricciones de aquella época.

El hombre que estaba delante de ella, con su curiosa y extraña media barba, tenía un aspecto indescriptible que pertenecía a Alfred de Musset o a Chopin. Ella no supo cómo armonizar aquella mezcla de fantásticos pensamientos, pero comprendió que algo sonaba dentro de ella como una vieja tonada. Dijo exactamente estas palabras:

-No puedo soportar el silencio, porque es injusto. Es injusto para usted.

Y él contestó:

-Porque es injusto para mí es por lo que es justo. Ésta es la historia entera, aunque me parece que usted va a calificarla de historia extraña.

-No me parece que hable enigmáticamente -continuó Millicent Milton con rapidez-, pero necesito que comprenda usted algo más. Que es injusto también conmigo.

Después de un silencio dijo él en voz baja:

-Sí, eso es lo que me ha inducido y eso es lo que me ha obligado a renunciar a mi idea. Me he encontrado frente a algo más grande que el plan completo que había hecho para mi vida. Bueno. Me parece que voy a tener que contarle mi historia.

-Creo -dijo ella- que ya me la ha contado usted.

-Sí -repuso Alan-. Es cierto que le he contado ya mi historia. Todo era rigurosamente

cierto, pero todas las cosas importantes se quedaron fuera.

-En ese caso -dijo Millicent-, me gustaría oírlo, con todas las cosas importantes dentro.

-La dificultad está -indicó él- en que las cosas importantes no pueden ser descritas. Todas las palabras son inexactas cuando se trata de describir esas cosas, porque son más grandes que los naufragos y las islas desiertas. Sin embargo, todas ellas están dentro de mi cabeza. Cuando me estaba ahogando en el Pacífico creí tener una visión. Me elevé por tercera vez en la cumbre de una gran ola, y entonces es cuando tuve la visión. Creo que lo que vi era la religión.

Alguna cosa se había parado y casi endurecido en los involuntarios movimientos mentales de la mujer inglesa. Sintió débiles antagonismos hacia algunas asociaciones, y no comprendía hacia cuáles. Y como reverenciaba, si bien algo vagamente, la tradición de la alta iglesia, sólo comprendía a medias el prejuicio que se había suscitado en ella. Los hombres que venían de las colonias o de los lugares remotos de la tierra y decían que habían conseguido la religión, casi siempre querían decir que habían «encontrado a Jesús» o que habían estado en una reunión protestante en alguna parte; pero la cosa, en conjunto, parecía socialmente incongruente con la cultura de ellos y la de ella. Al final, no era Alan como Alfred de Musset.

Con la misteriosa clarividencia del místico pareció comprender la duda pasajera de la muchacha, y dijo con animación:

-¡Oh! No quiero decir que me haya encontrado con un misionero bautista. Hay dos clases de misioneros: el recto y el injusto, y ambos son injustos. Son injustos con relación a las cosas que yo pienso. Los misioneros estúpidos dicen que los salvajes se arrastran en el barro delante de ídolos de barro, y que irán todos al infierno por idólatras, menos los que se vuelvan abstencionistas y lleven sombrero hongo. Los misioneros inteligentes dicen que los salvajes tienen grandes posibilidades y muchas veces un alto código moral, lo que es completamente cierto; pero no es ése el quid. Lo que ellos no ven es que con mucha frecuencia los salvajes han conseguido mantenerse fuera de la religión, y que gran cantidad de personas con un elevado código moral no saben lo que significa la religión. Correrían gritando aterrorizados si lograsen echar una ojeada a la religión. Es una cosa horrenda. Aprendí algo acerca de esto con el lunático con quien viví en la isla desierta. Ya le dije a usted que prácticamente se había vuelto loco, igual que se había vuelto indígena; pero había algo que aprender de él que no podía aprenderse en las éticas sociales o en los predicadores populares. El pobre individuo había colgado cerca de la orilla un paraguas antiguo y raro que tenía casualmente esculpido en el puño un rostro grotesco, y cuando empezaba a desvariar, lo que le ocurría con mucha frecuencia, contemplaba en su delirio el paraguas como un dios, el dios que le había salvado; golpeaba una especie de relicario y se humillaba ante él y le ofrecía sacrificios. Este es el quid... Los sacrificios.

Continuó más lentamente aún y muy pensativo:

-No quiero decir exactamente que los caníbales tengan razón con sus sacrificios humanos y todo lo demás. Están equivocados -si se fija usted en ello-, están realmente equivocados, porque la gente no quiere ser comida. Pero si yo quiero ser sacrificado, ¿quién puede detenerme? Nadie, ni Dios mismo, me detendrá si yo quiero sufrir injusticia. Prohibirme sufrir injusticias sería la mayor de todas ellas.

-Habla usted algo enigmáticamente -dijo ella-, pero empiezo a tener una idea de lo que quiere usted decir. Me parece que no quiere decir que vio desde la cima de la ola la visión



del paraguas divino.

-¿Y cree usted -preguntó Alan- que lo que yo vi era un cuadro de ángeles tocando arpas, como aparecen en la Biblia? Lo que yo vi, si es que puedo decir que verdaderamente he visto algo, fue a mi padre sentado a la cabecera de la mesa en alguna gran comida o en una reunión de directores, y tal vez a todos ellos bebiendo champaña a su salud, mientras él estaba gravemente sentado sonriendo, con su vaso de agua delante, porque es un hombre extraordinariamente abstencionista. ¡Oh, Dios mío!

-Bueno -dijo Millicent, a cuyo rostro volvió de nuevo la sonrisa-, eso parece, ciertamente, algo muy distinto de los cielos y las arpas.

-Y entretanto -continuó Alan- yo estaba perdido como un alga marina suelta y hundiéndome como una piedra que va a perderse en el limo del fondo del mar.

-Era cruel -dijo Millicent con un temblor en la voz. Y, con gran sorpresa suya, contestó él con una carcajada:

-¿Piensa usted que quiero decir que les envidiaba? Sería una manera curiosa de creer en la realidad de la religión. Ocurrió otra cosa muy distinta. Desde la cima de la ola miré hacia abajo y le vi con consternación y piedad. Desde lo alto de la ola recé, en un momento apasionado, para que mi miserable muerte pudiera librarle de este infierno. Horrible hospitalidad, horrible cortesía, horribles cumplidos y agradecimientos, fama y publicidad y popularidad de la vieja firma comercial, los viejos y firmes negocios tradicionales y el sol del éxito en lo más alto de los cielos reluciendo sobre un espantoso sepulcro blanqueado de hipocresía humana. Y supe que dentro estaba lleno de huesos de hombres, de hombres que habían muerto de sed, de hambre o desesperación, en cárceles y hospicios y asilos, porque aquella diosa había arruinado un centenar de negocios para construir uno. Horrible latrocinio, horrible tiranía, horrible triunfo. Y lo más horrible de todo, para sumarlo a esos horrores, es que amaba a mi padre. Había sido bueno para mí cuando yo era pequeño y cuando él era pobre y humilde, y como un muchacho empecé a rendir un culto extremado a sus éxitos. El primer anuncio grande en colores era obra mía, que pintarrajeaba en los libros de escuela como los demás muchachos. Era un cuento de hadas, pero, ¡ay!, de esos cuentos de hadas que uno no puede seguir creyendo. Así estaba yo, sintiendo que sentía y sabiendo que sabía. Tiene usted que amar como yo he amado y odiar como yo he odiado antes de ser la cosa remota que se llama religión, y cuyo otro nombre es el sacrificio humano.

-Pero, seguramente -dijo Millicent-, las cosas van ahora mucho mejor en los negocios.

-Sí -aceptó-, las cosas están mejor, y esto es lo que las hace peores. Esto es lo peor de todo.

Hizo una pausa un momento y continuó en tono más bajo:

-Jack y Norman son buenos muchachos, tan buenos como pueden ser -dijo-. Y han hecho las cosas lo mejor que saben; pero, ¿por qué? Para cubrirlo todo. Para poner una nueva capa de cal en el blanqueado sepulcro. Las cosas serán olvidadas, desaparecerán de la conversación, se pensarán mejor -más caritativamente-, y todo pasará a ser una vieja historia. Pero no hay nada que hacer con que las cosas «sean» en el mundo donde las cosas son y siempre son: en el mundo de los cielos y el infierno. Nadie se ha disculpado. Nadie se ha confesado. Nadie ha hecho penitencia. Y en aquel momento, desde lo alto de la ola, yo dije a Dios que podía hacer penitencia... ¡Oh! ¿No me comprende usted? ¿No comprende usted qué superficiales son todos esos modernismos cuando dicen que no hay

nada semejante a la compensación o la expiación, cuando ésta es una cosa por la que toda la tierra está enferma ante los pecados del mundo? Todo el universo era injusto mientras la mentira de mi padre florecía como el verde laurel. No había respetabilidad que pudiera redimirle. Había religión, expiación, sacrificio, sufrimiento. Alguien debía ser extremadamente bueno para compensar lo que era tan malo. Alguien debía ser necesariamente bueno, hundir con su peso los platillos de la balanza del juicio. El era cruel y conseguía crédito con ello. Otro tenía que ser bueno y desacreditarse. ¿Comprende usted?

-Sí, empiezo a comprenderle -dijo ella-. Pienso que es usted algo increíble.

-Yo juré en aquel momento -dijo Alan- que a mí me llamarían todo lo que debían llamarle a él. Yo tendría el nombre de ladrón porque él lo merecía. Yo sería despreciado y repudiado, y tal vez iría a presidio, porque yo había elegido esta manera de «ser» de mi padre. Sí, yo le heredaba. Yo tenía su yo.

Dijo estas últimas palabras con un tono que la arrancó de su quietud de estatua, y fue hacia él con un movimiento inconsciente, exclamando:

-Es usted el hombre más maravilloso y extraño del mundo, por haber hecho la cosa más maravillosamente estúpida.

Él la cogió según se acercaba, con una repentina y triunfadora opresión de sus manos, y luego contestó:

-Es usted la mujer más maravillosa y extraña del mundo, por haberme detenido en mi camino.

-Y esto también parece terrible -dijo ella-. No quiero sentir que destrozó una cosa magníficamente insensata, y ser tal vez injusta. Pero no crea usted que de otra manera iba a alcanzar un imposible.

Él movió la cabeza gravemente y continuó mirándola.

-Esta vez ya sabe usted toda la historia. Empecé como un ladrón de la especie de los Reyes Magos, metiéndome en las casas y dejando regalos en las cajas y en los armarios. Tenía lástima del viejo Crayle, cuya pedante esposa, que Dios confunda, no le dejaba fumar, y yo le eché unos cuantos cigarros. Pero no estoy seguro todavía de que ellos no hayan hecho más mal que bien. Luego pensé que solamente tenía lástima de usted. Habría tenido lástima de quienquiera que hubiera sido secretario en nuestra familia.

Ella sonrió con una nota baja y trémula.

-Y a mí me echó usted un broche de plata y una cadena para darme ánimos.

-Pero en este caso -dijo él-, el broche agarró y retuvo.

-Y también arañó un poco a mi tía -repuso ella-. Y además creó eternas complicaciones, ¿no? Sin contar todo ese jaleo con el bolsillo de los pobres, que les habrá causado, igual que a usted, graves inquietudes.

-Los pobres siempre están inquietos -dijo tristemente-. Esas personas a quienes usted llama así conocen a la policía. Era perfectamente sincero cuando le dije a usted que me irritó que no estuviera permitido mendigar, y por eso me puse en movimiento dándoles limosnas antes de que empezaran a mendigar. Pero también es verdad que tal vez no podía ser mantenida durante mucho tiempo. Y esto ha sido para mí otra lección muy buena, pues ahora comprendo algo de la vida humana y de la historia que antes no comprendía. Porque las personas que tienen esas visiones solitarias y hacen promesas

solemnes, que necesitan expiar y rogar por este mundo perverso, no pueden hacerlo de cualquier manera y en cualquier lugar. Han de vivir con arreglo a normas especiales. Tienen que encerrarse en monasterios u otros lugares semejantes y, desde luego, aislados del resto del mundo. De aquí en adelante, cuando vea esas grandes cárceles de rezos y de soledad o eche una ojeada a sus fríos corredores y a sus desnudas celdas, lo comprenderé. Comprenderé que dentro de esas normas y de esa rutina está la salvaje libertad del albedrío del hombre, todo un torbellino de libertad.

-Me espanta usted de nuevo, Alan -indicó ella-, como si usted mismo fuera algo extraño y solitario, como si también usted...

El movió la cabeza con total comprensión.

-No -dijo-; he encontrado fuera todo cuanto necesito. Muchas personas se equivocan acerca de ellas mismas cuando son jóvenes. Pero un hombre o es de esta clase o es de la otra, y yo soy de la otra clase. ¿Se acuerda usted de cuando nos encontramos por primera vez y le hablé de Chaucer y de la cadena con «Amor Vincit»?

Y sin quitar sus ojos ni sus manos de donde descansaban, repitió las primeras palabras de Teseo en el «Cuento del Caballero» acerca del sacramento del matrimonio, y así como él mismo dijo aquellas palabras, como si fueran un lenguaje vívido, yo quiero escribirlas aquí, para poner en un conflicto a los comentadores literarios:

*... El primer móvil de la Causa superior,  
Cuando fue el primero en hacer la cadena de amor,  
Era un gran efecto y un alto propósito.*

Y luego se inclinó rápidamente hacia ella, y ella comprendió entonces por qué le había parecido siempre que el jardín guardaba un secreto y estaba esperando una sorpresa.

## EL TRAIADOR LEAL

### 1. - LA AMENAZA DE «LA PALABRA»

Sería lo mejor, para el lector y para el escritor, no marearse en determinar la región que fue escena de este extraordinario suceso. Y puede que fuera lo mejor dejarlo sin aclarar después de confesar sinceramente que no ocurrió en los Balcanes, donde tantos novelistas han dado motivos con sus atrevimientos a constantes reclamaciones desde que el señor Anthony Hope efectuó su *coup d'état* en Ruritania. Las monarquías balcánicas son convenientes, porque los reyes son asesinados y los gobiernos despóticos derribados con suma rapidez y harta frecuencia, y la corona puede ir a parar a cualquier aventurero, bueno o malo. Pero entretanto, en los mismos Estados balcánicos, las granjas continúan perteneciendo a la misma familia y la parcela de tierra, el pomar o el viñedo descienden de padres a hijos, pues la ruda igualdad del propietario aldeano jamás ha sido trastornada con complicadas operaciones financieras. En una palabra: en las monarquías balcánicas hay alguna seguridad y continuidad para las familias, excepto para las familias reinantes. Pero con la monarquía de que se trata aquí, ¡cuánta diferencia! Fuera el que fuese el nombre que nosotros le diéramos era, en definitiva, una sociedad altamente civilizada y bien ordenada, en la que la familia real vivía tranquila y segura bajo la protección de la policía y las garantías constitucionales; en la que todos los servicios públicos estaban dirigidos con una regularidad que se aproximaba a la monotonía, y en la que nadie había sido jamás arruinado o destronado, a no ser el carnicero, el panadero, el fabricante de candeleros o los distintos tipos de comerciantes y ciudadanos vulgares que pueden cruzarse en las operaciones comerciales en gran escala. La región podría situarse en uno de esos pequeños estados germánicos que han sido industrializados por depender de minas y factorías, o en una de las antiguas dependencias del Imperio austriaco. Una pequeña revolución palatina había ocurrido en un Estado industrial, y después de algunos meses de una complicada guerra civil había terminado con la victoria de uno de los seis generales revolucionarios que luchaban entre sí. El vencedor fue un tal general Case, un soldado apto que había venido con las tropas coloniales de guarnición en las cercanías y que según la chismografía Focal tenía sangre de negro, hecho que consolaba considerablemente a aquellos que habían sido derrotados por él. Para el territorio a que nos referimos, y al que llamaremos Pavonia, tenía sólo la importancia de un ejemplo desgraciadamente afortunado.

La crisis pública surgió en Pavonia con la aparición de una agitación algo misteriosa acerca de «la Palabra». Desde aquel día empezaron las discusiones respecto a la naturaleza del movimiento. Algunos de los agentes del Gobierno y de sus informadores juraron que el ignorante populacho creía que con el descubrimiento de una nueva palabra todo se explicaría en el mundo. Apareció entonces un panfleto en el que el escritor arguía con sana ingenuidad que, así como toda la moderna publicidad y popularidad consistían en concentrar un libro en un párrafo o un capítulo en una frase, de la misma manera toda la verdad acerca del presente problema se concentraría en una palabra. Multitud de descontentos impacientes se concertaron para esperar «la Palabra», y se hicieron relatos apocalípticos de las escenas del cambio del mundo que ocurrirían cuando «la Palabra» fuera pronunciada. «La Palabra» contendría en sí misma, así se aseguraba gravemente, un

plan completo de operaciones y una explicación de la organizada estrategia de la revolución. Algunos decían que toda la idea había tenido su origen en un poeta bohemio que firmaba sus poemas con el nombre de «Sebastián», y que había compuesto, efectivamente, una invocación lírica llena de alusiones a «la Palabra». Muchas personas repetían los siguientes versos:

*Como la serpiente de Aarón, que comía serpientes y otras cosas;  
Como Dios solo, que es el más grande de los dioses;  
Como las estrellas que palidecen ante el sencillo sol,  
Las palabras son muchas, pero «la Palabra» es una.*

Pero ningún funcionario vio jamás al poeta revolucionario que lanzó aquellas frivolidades entre el Gobierno y el público, hasta que fue identificado un día en la calle por la persona menos indicada para encontrarle.

La princesa Aurelia Augusta Agustina, etc., etc. (que entre sus muchos nombres cristianos tenía el nombre de Mary, por el cual era llamada por conveniencia de su familia), era la sobrina del monarca reinante, y como acababa de abandonar el colegio en aquellos tiempos, no había apreciado hasta entonces la diferencia entre reinar y gobernar. Era una joven vigorosa, con el pelo rojo y la nariz romana, que hasta entonces había aprendido más sobre las realezas en la Historia que en la política, y que consideró su rango con cierta simplicidad e imaginó (igual que si hubiera estado en los Balcanes) que lo mismo podían ser célebres asesinando que obedeciendo. Estaba muy intrigada por el hecho de que nadie pudiera decirle qué cosa era «la Palabra» y con que muy pocos de entre los suyos supieran siquiera las discusiones que esto originaba. Por eso, una tarde volvió a su casa diciendo, con un aire de superioridad insuperable, que había visto al sedicioso trovador, al responsable aparente de un oscuro ritmo revolucionario y del misterioso movimiento revolucionario.

Su automóvil bajaba lentamente por una tranquila calle, pues buscaba una curiosa tienda que conoció en su niñez, y que en aquellos momentos no podía localizar. Precisamente más allá de esta tienda había un café que tenía varios veladores colocados en la acera, como es costumbre en el continente, y ante uno de ellos estaba sentada, delante de un licor verde, una persona de aspecto extraño, con el pelo muy largo y un corbatín verdaderamente exagerado. El hombre podía ser un excéntrico contemporáneo o una creación de Balzac; podía ser igualmente un estudiante de arte moderno, con las ideas muy futuristas, pero con las patillas de lo más victorianas. Su larga cabellera era de un castaño rojizo oscuro verdaderamente increíble, que parecía más bien de un sombrero carmesí; su barba partida era del mismo color natural, y se extendía sobre la ancha corbata, que era de un llamativo color verde. El color de la corbata variaba, sin embargo, a diario. Algunas veces era de verde brillante, cuando el espíritu de la primavera inspiraba sus cantos; otras veces era de color purpúreo, cuando estaba lamentando la gran tragedia de sus amores; otras veces era completamente negra, cuando decidía que ya había llegado la hora de destruir el Universo. Explicaba a sus amigos que se guiaba por corazonadas y por el aspecto que mostraba el cielo por la mañana; pero ni las primeras ni el segundo le recomendaban nunca una corbata que no contrastara grandemente con su barba. Aquel hombre no era otro que el poeta «Sebastián», cuyos versos tenían tanta

importancia en el movimiento revolucionario.

La princesa, desde luego, lo desconocía, y pasó cerca de él sin hacer ningún comentario, si se exceptúa una desaprobación respecto a su corbata. Pero no sucedió así cuando le volvió a ver horas después, a la hora en que la vida comercial e industrial ha cesado. Cuando la princesa volvió a pasar de regreso por la silenciosa calle, ya no estaba tranquila ni mucho menos. Sobre todo, en las cercanías del café donde el hombre extraño había estado bebiendo un licor verde. El automóvil avanzaba ahora lentamente, a causa de las dificultades para abrirse camino a través de una multitud compacta. Porque el hombre del pelo largo y de la corbata absurda estaba en aquel instante subido a la mesa del café y declamaba algo que parecían ser fragmentos alternados de prosa y verso con algún género moderno intermedio, difícil de definir, y la princesa llegó precisamente a tiempo de oír el final de la ya familiar rima o leyenda rimada:

*Como Dios solo, que es el más grande de los dioses;  
Como las estrellas que palidecen ante el sencillo sol,  
Las palabras son muchas, pero «la Palabra» es una.*

-Pero «la Palabra» no saldrá de mis labios ni de los cuatro guardianes, que ya la conocen, hasta que esté realizada la primera parte del trabajo. Cuando los impotentes se hayan levantado contra el poderoso, cuando el pobre se haya elevado sobre el rico, cuando el débil se haya alzado y demuestre ser más poderoso que el fuerte, cuando...

En este momento, él y su auditorio advirtieron de pronto el serio y elegante vehículo que iba avanzando su proa como un barco entre el oleaje del gentío y del semblante algo altivo que aparecía dentro de él, precisamente detrás de la cara de palo del chófer. Muchos de los presentes reconocieron a la dama, y hubo una repentina agitación y detención, como de embarazo. Pero el poeta, que continuaba de pie sobre la mesa, adoptó una nueva actitud de sublime atrevimiento y gritó en voz alta:

-Pero, ¡qué difícil es para la fealdad levantarse contra la belleza! ¡Y nosotros somos un montón de feos!

Y la princesa hizo un movimiento de altanera rabia.

## **2. - LA PROCESIÓN DE LOS CONJURADOS**

Ya hemos explicado que Pavonia estaba gobernada con los esclarecidos principios modernos. Esto quiere decir que el rey era popular e irresponsable; el primer ministro, elegido por el pueblo, era impopular y modestamente poderoso; el jefe de la policía secreta era mucho más poderoso, y el pacífico e inteligente banquero, a quien todos ellos debían dinero, era el más poderoso de todos. Pero los cuatro eran moderados en sus respectivos papeles; ninguno había llevado aún las cosas a una ruptura, y los cuatro tenían la costumbre de discutir, reunidos en Consejo privado, los crecientes problemas del Estado.

El rey, que llevaba el nombre histórico de Clovis III, era un hombre delgado y algo

melancólico, de amarillos bigotes y unos ojos imperiales algo hundidos, y bastante bien educado para disimular su cansancio de manera que no fuese atribuido a falta de atención de las personas de su séquito. El primer ministro, bajo y robusto, y muy ágil para su robustez, aunque envanecido por su origen burgués, parecía más bien un político francés. Llevaba lentes y una corta barba, y particularmente hablaba con cautela y a las grandes multitudes con un tono confidencial de voz. Se llamaba Valence, y había sido considerado como un radical hasta que el nuevo movimiento revolucionario le había revelado más bien como un obstinado capitalista. El jefe de policía era un soldado bilioso llamado Grimm, cuyo rostro amarillento hablaba de las fiebres de muchos países, pero cuyos apretados labios decían muy poco. Era la única persona entre los presentes que parecía ser la más atrevida en una hora de peligro para la nación, y cuando se reunían siempre era el más pesimista de los cuatro. El último era una delgada y refinada figurilla de pelo gris lacio, con una nariz ganchuda algo grande para sus pequeñas facciones. Vestía de gris oscuro, de manera que las líneas de sus miembros parecían continuar las de su pelo, y solamente cuando ajustaba cuidadosamente ante sus ojos los anteojos de carey parecía despertar de pronto y volver a la vida, como si fuera un monstruo que cerrase y abriese los ojos. Este hombre era Isidor Simón, el banquero, que nunca había aceptado ningún título, aunque se le habían ofrecido muchos.

El motivo de su reunión especial era que el primitivo y hasta entonces algo amorfo movimiento llamado la Hermandad de «la Palabra» recibió de pronto apoyo de una clase verdaderamente inesperada. El poeta «Sebastián» era sólo un pobre bohemio despreocupado, de oscuro origen y, al parecer, de ilegítimo nacimiento. Su mismo sobrenombre era dudoso, y, por lo tanto, resultaba muy difícil a los periódicos burlarse de su afectación y menospreciar su influencia. Pero cuando, como ocurría ahora, un hombre como el profesor Phocus se había declarado amigo y compañero del poeta, todos comprendían que la situación social había cambiado. Phocus era distinto. Pertenece al mundo de la ciencia, de los institutos y de las comisiones. Poseía un nombre, y aunque no era una personalidad muy conocida a causa de su manera de ser, más bien inclinada a la reclusión, su curiosa figura, con un alto y estrecho sombrero de copa que más bien parecía una pipa que un sombrero, y las gafas verdes que llevaba para proteger sus ojos de la luz solar, eran objetos bastante familiares en ciertos lugares, especialmente en el gran Museo Nacional. Por eso, cuando se dijo en caracteres impresos que el profesor Phocus había encontrado en los prehistóricos jeroglíficos de Pavonia profecías relativas a «la Palabra», sólo parecieron posibles dos explicaciones, y ambas igualmente catastróficas. O el gran Phocus se había vuelto loco o había algo de cierto en sus palabras.

Durante varios días el banquero había logrado apaciguar los temores del Consejo por el que podía parecer un argumento profesional, pero que en aquellos días era un argumento práctico. Un poeta popular puede ordenar a las multitudes que canten sus canciones en la calle y un erudito de reputación europea puede inducir a todos los caballeros del mundo a que lean su libro. Pero el salario de los hombres eruditos que dan a los turistas un curso sobre los jeroglíficos es algo menos de cinco guineas por semana, y el sueldo de un poeta es una cantidad desconocida, que con frecuencia es menor que el sueldo de un profesor. No se puede hacer una revolución moderna ni nada moderno sin dinero. Era difícil, viendo cómo se las arreglaba el poeta y el profesor para pagar las hojillas que circulaban de tarde en tarde o la impresión de un poema acerca de «la Palabra», imaginarse cómo iban a hacer ellos solos para conseguir municiones o pertrechos, o para pagar soldados o cualquier otra de las cosas que son necesarias para los fines de una guerra civil. El señor Simón, consejero económico, había aconsejado al rey que despreciara el movimiento

hasta que sus sostenes fueran un poco más solventes financieramente. Pero a este consejo el jefe de policía había aportado noticias que parecían alterarlo todo.

-Sin duda -dijo con lentitud-, yo he visto al poeta ir con frecuencia a casa de un prestamista.

-Supongo que ése es el recurso natural de los poetas -dijo el primer ministro; pero algo malogró la risa con que habría acompañado su broma en un mitin público, pues el rostro del rey estaba pálido y pensativo, y el del banquero indiferente. En el rostro de Grimm no se notó ningún cambio, y continuó con el mismo tono:

-No hay duda de que gran cantidad de personas van a las casas de préstamos, y especialmente a la de este prestamista. Es el pequeño Loeb, que se llama a sí mismo Lobb, y vive en la esquina del Mercado Viejo, en la parte más pobre de la ciudad. Es un judío, pero no tan aborrecido como muchos judíos de su clase y otros millares de personas que se dedican al mismo negocio que él. El resultado de nuestras investigaciones señala a este hombre como increíblemente rico, y esto porque vive como un pobre. La creencia general es que se trata de un avaro.

-No es un avaro -dijo Simón-. Y si es millonario, ya está contestada mi pregunta.

-¿Le conoce usted? -preguntó el rey, hablando por primera vez-. ¿Por qué dice que no es un avaro?

-Porque ningún judío es jamás un avaro -contestó el banquero-. La avaricia no es un vicio judío: es un vicio de patán; un vicio de personas que necesitan protegerse con bienes a perpetuidad. El ansia es el vicio judío; ansia de lujo, ansia de vulgaridad, ansia de jugar, ansia de tirar el dinero de las otras personas y el suyo propio en un harén, o en un teatro, o en un gran hotel, o en la prostitución, o, posiblemente, en una gran revolución. Pero no lo amontonan. Ésa es la locura de los hombres cuerdos, de los hombres que tienen una patria.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó el rey con leve curiosidad-. ¿Cómo se le ha ocurrido hacer un estudio sobre los judíos?

-Pues, sencillamente, porque yo lo soy -repuso el banquero.

Hubo un corto silencio, y luego el rey continuó con una tranquilizadora sonrisa:

-Entonces, usted cree que puede estar malgastando sus millones en financiar una revolución.

-Lo mismo puede hacer eso que un supercinema o algo por el estilo -afirmó Simón-. Y esto explica los panfletos y las canciones impresas, y puede explicar todavía otras cosas más.

-La cosa más difícil de explicar -observó el rey pensativamente- parece ser dónde se encuentran esos nombres en estos momentos y en un momento dado. El profesor Phocus es bastante regular en sus cursos en el Museo, pero dudo que ninguno de nosotros conozca sus señas particulares. Mi sobrina me ha dicho que ella ha visto a «Sebastián», el poeta, perorando en las calles, pero yo no le he visto nunca, y me parece que nadie tiene una idea de dónde vive. Y de lo que puedo deducir, aunque vayan muchas personas a la casa de préstamos de Lobb, bastantes de ellas ni siquiera le ven. Me han dicho que había muerto; pero eso, sin duda, puede ser parte del complot.

-Precisamente sobre este punto -dijo gravemente el jefe de policía- tengo que exponer a Su Majestad una pieza muy importante de ampliación de informes. Después de una



cantidad de prolijas y algo difíciles investigaciones, he descubierto que Lobb, el prestamista, compró hace cerca de dos años, y a nombre de otro, una casa pequeña, pero confortable, en Peacock Crescent. He puesto algunos de mis hombres de vigilancia allí, y, de acuerdo con sus informes, tengo todas las razones para suponer que se utiliza esa casa, no regularmente, sino intermitentemente, como lugar de reunión para tres o cuatro personas que llegan con mucho misterio, en general después de oscurecer. Comen allí cómodamente, pero con mucho secreto, y no vuelven a visitarla hasta la siguiente comida, a la misma hora. Parece que no tienen un cuerpo de criados fijo y que la casa está casi siempre cerrada y desierta, pero un criado de aquellas personas sale, por lo general, una hora antes de la comida y compra vinos y provisiones, y es de presumir que permanece allí mientras comen. Los comerciantes de la vecindad informan que este criado hace compras para unas tres o cuatro personas, pero aseguran no saber nada más. El detective que he puesto para vigilar la casa, uno de mis mejores hombres, dice que los huéspedes llegan siempre alrededor del crepúsculo, y que aunque van muy tapados con capas o abrigos, puede reconocer a tres de ellos.

-Mire -dijo el banquero después de un grave silencio-. Cuantas menos personas estén enteradas de esto, mejor será. Creo que convendría que uno o dos de nosotros fueran personalmente y se apostaran en esa calle particular la próxima vez que se reúnan. No tengo inconveniente en ir yo mismo si usted me quiere proteger con su presencia, coronel Grimm. Conozco de vista al prestamista y al profesor, y me atrevo a decir que reconoceremos al poeta.

El rey Clovis, con voz seca y algo disgustada, dio los detalles del color purpúreo del cabello del poeta y de su corbata verde pavo real, informes que había recibido de su sobrina.

-También puede servirnos eso de guía -dijo el banquero gravemente.

Y ésta era la razón por la cual el más poderoso financiero de Pavonia y el oficial encargado de todo el sistema policíaco de la nación patearon con impaciencia durante varias horas, un poco apartados del círculo de luz que lanzaba el último farol en el silencioso y desierto Crescent.

Peacock Crescent<sup>4</sup> era llamado así no porque sus pálidas y clásicas fachadas hubieran estado jamás adornadas con algún pavo real, sino más bien como homenaje al pájaro que era la divisa real de Pavonia y posiblemente el origen de su nombre, y que estaba representada en un bajorrelieve, con la cola extendida, sobre un medallón, al final del semicírculo de casas. Alrededor de todo el semicírculo había una hilera de columnas clásicas, iguales a las que hay en muchas terrazas de Bath o del viejo Brighton, cuya clásica curva parecía más fría y marmórea a la luz de la luna, que se levantaba sobre el opuesto grupo de árboles, y a los que vigilaban les parecía que cada ruido que hacían tenía un eco en aquella especie de hueca concha de plata.

Su espera era ya bastante larga. Habían visto, desde la hora del crepúsculo en adelante, los habituales preliminares ya descritos por la policía, y que marcaban el curioso despertar de la casa. El criado, con su seria librea, salió a la hora de costumbre, y volvió con el cesto lleno de botellas de vino y otras provisiones; la repentina iluminación del interior de la casa, o mejor, de una habitación que estaba, al parecer, reservada para el banquete; el echar las cortinas de la ventana para que la fiesta fuera más privada; pero ninguno de los comensales había llegado todavía. Una última investigación realizada en

---

<sup>4</sup> *Peacok* en inglés es pavo real.

los locales de los comerciantes de las cercanías había comprobado que el criado hacía preparativos para cuatro; este número de comensales se le había escapado involuntariamente en el curso de sus cortos encargos. Los dos distinguidos espías que estaban en la calle no se hallaban, indudablemente, tan solos como parecía. Otros hombres del servicio secreto estaban cerca del alcance de la voz, y el jefe de policía podía sin mucha dificultad poner en movimiento toda la maquinaria de sus agentes. Exactamente enfrente del núcleo de casas existía uno de esos trozos de maleza ornamental, pintorescos y sin sentido, con una barandilla alrededor, que se encuentran en muchas plazas de la ciudad y en apartadas terrazas. Este grupo de arbustos proyectaba una gran sombra, y en una esquina de la barandilla acechaba un funcionario de traje claro provisto de una motocicleta y preparado para ponerse en marcha y realizar el servicio que se le encargase. De pronto, en medio de un completo silencio, una pequeña silueta pareció destacarse de la gran sombra y deslizarse, cruzando la calle tan ligeramente como una hoja seca. Indudablemente, tenía algo en su aspecto que recordaba a ésta, pues aunque la figura no era anormalmente pequeña, iba encorvada, como si estuviese encogida o marchita; llevaba la cabeza tan hundida en sus elevados hombros y en un raído impermeable que solamente algunos mechones de pelo ondeaban en el aire, pelos que lo mismo podían ser de barba que de patillas, o quizá, con una sugestión algo romántica y engañosa, de cejas; las piernas eran más bien largas, pero se movían de una manera encorvada, como las de las langostas. Su paso por la calle fue tan rápido y sorprendente que la puerta de la casa se abrió ante él y se cerró, después de darle paso, antes de que los que vigilaban se hubieran repuesto de su primera sorpresa. Entonces Simón miró a Grimm y le dijo con una débil sonrisa:

-La prisa de la hospitalidad. Éste debe ser el propietario de la casa.

-Sí, me parece que es el prestamista.

-Ésta es la revolución -observó el banquero-. Al fin y al cabo, ésta es la base real de cualquier revolución. No se puede hacer nada sin dinero. Hablan de un levantamiento del pobre, pero no podrán levantarse en tanto que lo sean. Porque esos cuatro hombres no habrían encontrado un lugar como éste para reunirse de no haberles proporcionado Lobb la casa.

-No seré yo el último en afirmar que el dinero es útil -contestó Grimm-, pero con dinero solamente no se puede hacer ni una revolución ni un reino.

-Mi querido Grimm -dijo Simón-. Ya sé yo que usted es un militar y un caballero y que no puede dejar de serlo; pero, verdaderamente, se está usted volviendo romántico.

-¿Le parezco romántico? -preguntó el bilioso militar-. Ningún soldado es jamás romántico, ni siquiera en lo que se refiere a la milicia. Pero esto que digo no tiene sentido. No hay milicia sin soldados, y el dinero no hace soldados. Puede usted dar al populacho una montaña de municiones, y no servirá de nada el empleo que de ella hagan.

-Mire, le diré... Cuidado. Hay alguien más ahí.

Su interlocutor ya había oído un suave sonido metálico, de cuyo significado no pudo darse cuenta inmediatamente, y en el mismo instante otra sombra cruzó por aquella escena de pantomima de sombras. Esta sombra era delgada y exhibía un sombrero negro muy alto, como un alargado tubo de chimenea, y la luna se reflejó un momento sobre las verdes gafas del profesor Phocus, del Museo Nacional. También él desapareció rápidamente dentro de la hospitalaria casa.

-Éste es el profesor -dijo Simón-. Y como es tan sabio, acaso les dé a ellos explicaciones sobre municiones.

-Sí -repuso Grimm-, he visto quién era... Pero lo que me preocupa es otra cosa. ¿Ha oído usted una especie de ruido como de hierro y un chasquido metálico precisamente antes de que apareciera? Debe de haber sido la puerta de la cerca de ese jardín. Me parece que ambos han debido llegar por ese jardincillo oscuro. ¿Qué pueden haber estado haciendo ahí?

-Acaso tengan su nido en los árboles; parecen unos pájaros bastante misteriosos -contestó el banquero.

-Bueno, la barandilla no es alta -dijo por fin el jefe de policía-. Pueden haberla saltado sencillamente para entrar, con objeto de despistar; pero es extraño que el hombre que tengo allí apostado no los haya visto.

Transcurrió un largo intervalo, y los dos compañeros pasearon arriba y abajo para matar el tiempo, volviendo de nuevo a su discusión.

-Lo que quiero decir -dijo Grimm- es que es un necio desatino creer en la eficacia del material sin la moral. El dinero no lucha: son los hombres los que luchan. Si llega el momento y los hombres no quieren luchar, ni el dinero les obligará a hacerlo. Y alguien tiene que enseñarles ahora. ¿Dónde van sus ejércitos revolucionarios a hacer ejercicio? Les enseña el señor «Sebastián» a recitar poemas? ¿Los adiestra el señor Lobb a llenar papeletas de empeño?

-Bueno -dijo Simón haciéndole señas de que le atendiera-, ahí está el señor «Sebastián». Lo mejor que puede usted hacer es preguntárselo.

Esta vez era indudable que el recién llegado abrió la puerta del jardincillo y atravesó la calle en dirección a la casa. Porque «Sebastián», el de la barba purpúrea y la corbata de color verde, caminaba con aire fanfarrón, aunque era aparentemente un conspirador que estaba solo bajo la luz de la luna. La puerta del jardín se cerró detrás de él con un golpe que resonó, y la misma puerta de la casa pareció abrirse y cerrarse de nuevo con mayor ostentación.

-A todos esos los conocemos nosotros -dijo Simón pensativamente.

-El hombre dijo que eran cuatro -contestó Grimm.

Los intervalos entre aquellas súbitas apariciones parecían cada vez más largos y fastidiosos, y como el último se prolongaba especialmente, el banquero, que tenía menos paciencia profesional que el policía, empezó a mostrarse cada vez más escéptico acerca del fantasma desconocido y a manifestar una franca buena voluntad hacia su lecho. Pero Grimm permaneció firme en su teoría del consejo cuadrilateral, y después de un largo intervalo, tan largo que casi veían ya amanecer por el Este, oyeron que la puertecilla se movía una vez más y vieron una figura alta que se acercaba a la casa. Estaba cubierta con una capa o manto de color gris que parecía plateado a la luz de la luna, y que en un momento que se abrió dejó ver un destello y casi una llamarada de plateado más brillante, de algo que parecía ser una especie de uniforme blanco y deslumbrador, con estrellas y broches. En aquel momento el hombre volvió la cara hacia la luna, y su cara fue como un último chispazo, aunque era más oscura que sus resplandecientes atavíos. Bajo la luz de la luna parecía casi azul, o por lo menos tenía uno de los variados tonos que van del gris al violeta, y que son tan corrientes en la piel de los africanos. Y Grimm vio que aquel hombre era el general Case, el dictador del otro lado de la frontera.

### 3. - LA PRINCESA SE INTERPONE

En cuanto el coronel Grimm, de la policía de Pavonia, vio aquel rostro oscuro, que la luz de la luna convertía en una careta azul, comprendió que toda la maquinaria del Estado debía actuar inmediatamente como una trampa en la que cayera aquel hombre. Quería apoderarse de los otros tres compañeros de conspiración, y dio gracias a su buena estrella, que le deparaba la oportunidad de cogerlos a todos juntos en una misma habitación; pero la presencia de aquel cuarto individuo hacía el intento más importante y comprometido. Antes de que su compañero hubiera podido hablar o hacer el menor movimiento, Grimm envió a su motorista calle abajo, como una piedra lanzada con honda, y supo que la policía y los soldados rodeaban y cerraban todas las bocacalles.

Porque Grimm tenía una deuda especial que arreglar con el gran general Case. Meses atrás había sospechado que había movimientos en la frontera y que el gobierno revolucionario extranjero estaba en connivencia con las clases descontentas de Pavonia. Había insistido repetidamente en reclamaciones e informaciones por medio del primer ministro y otros representantes acreditados de los intereses de Pavonia, y la respuesta había sido siempre satisfactoria y siempre idéntica. El general Case daba su palabra de honor de que no había tenido la menor intención de mezclarse en los asuntos internos de Pavonia. El general Case era un soldado, y no un político. Estaba ya entrado en años y tenía el propósito de retirarse de la presidencia y de todos los negocios públicos. Se encontraba seriamente enfermo, y de hecho ya se había retirado. Todas aquellas afirmaciones diplomáticas fueron enviadas una tras otra, calmando en sumo grado la indiferente amabilidad del rey, impresionando favorablemente la exigente altivez del primer ministro y dejando solamente una duda muy vaga y confusa en la menos confiada imaginación del jefe de policía. Y ésta era la consecuencia y el secreto de lo que realmente ocurría. Éste era el anciano y acaso moribundo africano que se había retirado a la vida privada. El general Case estaba peligrosamente enfermo, pero bastante bien para poder ir a comer fuera de casa. Y por una curiosa coincidencia, estaba comiendo con los tres hombres que habían jurado destruir el Gobierno con quien él aseguraba estar en paz. El jefe de policía rechinó los dientes y miró airadamente calle abajo, a las dos o tres filas de gendarmes que ya avanzaban por ella.

Según todas las apariencias, había poco tiempo que perder. La presencia del jefe militar extranjero podía significar muchas cosas. Podía significar toneladas de dinamita bajo el piso de la calle donde estaban; podía significar también montañas de municiones en cada oscuro rincón de la ciudad accesible a los jefes del populacho. Pero, en el peor de los casos, había una cosa que todavía podía salvarlos. Y esa cosa era la instantánea, repentina y simultánea detención de los cuatro hombres dentro de aquella casa, pues con ella quedaría la revolución sin jefes. Grimm esperó a que la pequeña tropa de hombres armados hubiese formado delante de la casa, y entonces subió con cautela los escalones de la entrada.

Pasó un momento sin que nadie respondiera. Después golpeó de nuevo sobre la puerta, diciendo con potente voz que iba en nombre del rey y amenazando con que la puerta sería forzada inmediatamente. Por fin ésta fue abierta por el pálido criado de la librea, que indudablemente había recibido órdenes de retrasar la entrada de la policía con cualquier

excusa estúpida. Porque con una casi inconcebible ausencia de ironía declaró que su amo y sus acompañantes estaban ocupados y no podían recibir visitas. Pero Grimm no le prestó ninguna atención, y dijo a su subordinado, que estaba detrás de él:

-Detenga a este individuo; podemos llevárnoslo con los demás.

Luego se metió por el oscuro pasillo y abrió de par en par la puerta del comedor.

No había la menor duda de que era el comedor, porque presentaba el convincente espectáculo de una no terminada o recién terminada comida.

En una mesita que había junto a la mesa estaban colocados cigarros y cigarrillos de la mejor calidad, como deliberadamente puestos al alcance de la mano, y en todo se veían señales de un fastuoso banquete, que evidentemente fue muy refinado, sin ser del todo convencional; las señales estaban allí, pero no estaban los comensales. Sus sillas se hallaban de pie junto a la mesa, como si sus ocupantes se hubieran levantado de una manera natural, y sin precipitación. Pero una de ellas estaba apoyada contra la mesa, como si este huésped no se hubiera separado tan fácilmente de su comida, aunque él, igual que los demás, se había desvanecido de pronto, silenciosa y completamente, del mismo modo que la luz desapareció con el primer golpe dado sobre la puerta.

-Hay que trabajar muy deprisa -dijo el jefe de policía-, aunque supongo que han huido por alguna otra salida. Mande unos hombres al sótano, y vea si Han está vigilando la casa por detrás. No pueden estar muy lejos todavía: este café está aún caliente, y me parece que en estos momentos se disponían a echar azúcar.

-¿Cree usted que estaban aquí todos? -preguntó Simón un poco confuso.

-Es indudable que estaban -repuso Grimm-. No es necesario tener mucho de detective para señalar el puesto de cada uno de los cuatro. Sus platos son como sus retratos. Puede usted creer que los ve a todos ahí sentados. Fíjese en esa botella de leche; no supondrá usted que el poeta loco o el general negro beben leche. Pero es la manera de vivir del profesor Phocus, si es que puede llamarse a eso una manera de vivir. Es uno de esos abstemios viejos dispépticos que no hablan de casi nada más que de la salud y cada día están más enfermos a fuerza de hablar de ello. Se atraca con toda clase de alimentos caprichosos, y debe de ser una persona muy triste para comer con ella. Por eso los demás se han fortificado muy bien contra la tristeza. Nuestro romántico «Sebastián», que da a todas las cosas el color carmesí y púrpura de su cabello, ¿no será el que ha bebido este Borgoña? Pero esa cabeza firme del viejo salvaje Case se ve mucho mejor. El Coñac, para los héroes, como dice el doctor Johnson. El último es el más típico de todos. Es característico de este pequeño judío beber champaña, pero poco, porque es muy caro, y tomar después café negro como digestivo adecuado. ¡Ah! ¡Él comprende las cosas saludables mejor que esos maniáticos de la salud! Pero hay algo terrorífico en esos judíos cultos con su arte delicado y precavido de gozar. Algunos dicen que es porque no creen en una vida futura.

Mientras hablaba de esta manera, aparentemente al azar, estaba registrando a fondo la habitación, mientras sus subordinados registraban la casa, y aunque su tono era ligero, su ceño estaba fruncido.

El registro de la habitación podía ser superficial, pero hasta donde habían llegado no podía ser menos esperanzador. No había cortinas, ni armarios, ni librerías; y, desde luego, ninguna otra puerta, y era difícil suponer que, ante los ojos de todos los gendarmes, cuatro hombres hubieran podido escaparse por la ventana. Grimm efectuó un examen

preliminar del suelo, que parecía completamente sólido, una especie de hormigón de un color desvaído e incierto y de un modelo anticuado. Sin duda, los cuatro hombres podían haber salido por la puerta de la habitación antes de que el criado abriese la puerta de la casa, pero aun así, no era fácil decir adonde habían ido. Porque era indudable que el registro de la casa había resultado aún más estéril que el de la habitación, y todos estaban muy sorprendidos de que hubiera tan poco que registrar en una casa. No existía sótano. Solamente había una estrecha puerta trasera y, además, otra habitación pequeña, como portería, detrás del comedor, y cuyas abiertas ventanas daban a la calle; había una ancha y reducida alcoba en el piso superior, y eso era todo. Grimm estaba algo sorprendido de esta exigua comodidad comparándola con la aristocrática majestad de la fachada. Esto parecía estrechar en cierto sentido el Crescent, como si fuera algo falso, lo mismo que los mausoleos de las frías comedias clásicas. Acaso también la luna le daba un poco de aspecto sepulcral, pero Grimm no podía dejarse engañar por la ilusión de que la calle había sido preparada como una parte de la conspiración o comedia, y que era como un palacio de cartón en una pantomima. Su sentido común le decía que el engaño era de una clase más antigua y más natural, y le llevaba a comprender esa cosa tan natural en algunos hombres de conformarse con viviendas pequeñas con tal de que parezcan elegantes. Aquella hilera de ostentosas y estrechas casas, con columnas y ventanas arqueadas, probablemente era tan sólo una hilera de hombres que querían aparecer más ricos de lo que eran. Sin embargo, había algo extraño en todo aquello, teniendo en cuenta que estaba considerado como el cuartel general de una vasta conspiración y el lugar en que se reunían los cuatro tribunos de la revolución. En aquella casa no había muchas habitaciones para almacenar dinamita o para depositar municiones. Pero otra incongruente fantasía pasó rápidamente por su imaginación: que aquellos hombres podían estar provistos de una especie de gas químico enteramente nuevo que hiciera que los sólidos cuerpos humanos se desvanecieran como el humo o se volvieran transparentes como el cristal.

Un examen científico que les ocupara días y semanas no les llevaría más adelante que aquellas observaciones de los primeros minutos. Si había alguna hendidura en el piso de cemento, no seguía una línea ni dirección que ellos pudieran descubrir. Si alguien había escapado, a menos que se hubiera ido a las entrañas de la tierra, tenía que haberlo hecho ante un centenar de ojos que miraban fijamente y ante la asombrada luna. La gigantesca trampa se había cerrado con la más científica presión y perfección, pero estaba vacía. Y el jefe de policía y el financiero que había hecho de detective se volvieron con esta triste noticia a informar al primer ministro y al rey.

A pesar de la rapidez con que el coronel Grimm abandonó la casa en cuanto se convenció de que no estaban los fugitivos, se quedó clavado de sorpresa en la esquina de la próxima calle por una cosa que le hirió como una explosión. Todo el blanco muro estaba cubierto de carteles nuevos, tan nuevos que parecían haber sido colocados después de la incursión de la policía en la casa, y que al parecer fueron puestos allí como un último gesto de insolencia de los rebeldes fugitivos. Puso un dedo en el muro empapelado y comprobó que el engrudo estaba húmedo aún.

Pero lo que más le asombró fue lo que proclamaban estos anuncios. Estaban en su mayor parte garrapateados con pintura o tinta roja, que se había corrido por el papel, acaso para dar una melodramática sugestión de sangre. Todos ellos empezaban con la palabra «ahora» en letras gigantes, seguida de esta afirmación: «La Palabra será dicha esta noche». Los breves párrafos que seguían manifestaban que debían estar todos preparados

para derribar al Gobierno, que había fracasado en su último desesperado esfuerzo para capturar a los hombres que mañana serían los gobernadores de la ciudad. Y era notable que el pueblo fuera conminado especialmente a «mirar a las fronteras», pues esto no solamente implicaba que la misteriosa «Palabra» iba a ser dicha, sino que insinuaba que la iban a pronunciar los gruesos y atronadores labios del siniestro africano.

Subieron por la Popular Avenue hasta el palacio georgiano de ladrillo rojo, y se encontraron al rey de Pavonia en otra habitación, vestido con otro traje y con otro estado de ánimo distinto. Ya no estaba vestido de uniforme, sino con un traje de calle gris claro, manifiestamente populachero. El rey Clovis era una paradoja en muchos aspectos; odiaba la etiqueta, y, sin embargo, era muy etiquetero en ocasiones solemnes; no obstante la paradoja, podemos decir que odiaba las ocasiones solemnes, porque le obligaban a serlo. Pero en esta apariencia más cómoda, con el té servido sobre una mesa, estaba en el seno de su familia, si es que la presencia de una sobrina sentada en un sofá que miraba fijamente por una ventana podía constituir el seno de la familia en el sentido tradicional de la frase. La princesa, a la que los libros de referencia llamaban Aurelia y a quien su tío llamaba Mary, estaba algo preocupada y silenciosa, y el rey no trataba de romper su silencio. El primer ministro no estaba presente, porque su presencia comunicaba siempre una anónima sensación de bullicio que no complacía al rey.

El jefe de policía contó la historia de su dramático chasco, y el rey le escuchó con leve asombro, pero sin demostrar irritación.

-Supongo -dijo- que si ese viejo judío ha comprado realmente la casa para ellos, debe de haber puesto en ella alguna trampa.

-Así lo había supuesto yo, señor -asintió Grimm-. Pero no hemos podido dar todavía con la más leve huella de esa trampa. Y no deja de preocuparme el saber por dónde han podido marcharse esos cuatro bribones. Sus proclamas explican claramente que están preparando un gran movimiento.

-Y si no puede usted atraparlos -dijo Simón-, ¿no puede detener a otro cualquiera? El partido seguramente tendrá algunos otros jefes.

El jefe de Policía movió negativamente la cabeza.

-Eso es lo más extraño de todo -dijo-. Éste es el movimiento más extraño de los que he oído hablar, por la manera como está disciplinado y organizado y, sobre todo, silenciado. Pueden estar complicados centenares de hombres; pero, por lo que se oye hablar, o más bien por lo que se niegan a hablar, se podría creer que no hay ningún implicado. Se llama la Hermandad de «la Palabra», pero a mí me parece que es la Hermandad del Silencio. Todos ellos miran de frente a la casa y sonríen, dicen unas palabras acerca del tiempo y no hay manera de cogerlos con cualquier pregunta intencionada. Esto es lo que la policía sabe del asunto. La multitud, por decirlo así, es más invisible que los conspiradores. Solamente han desfilado por delante de nosotros esos cuatro famosos conjurados. Sus reuniones privadas son relativamente públicas, pero lo que piensa el populacho es aún más privado y se desvanece al menor toque. No podemos acusar a nadie más que a esos cuatro hombres, y las únicas personas a las que podemos acusar son las únicas a quienes no podemos detener.

-Entonces no tenemos actualmente a nadie en nuestro poder -dijo Simón.

Grimm hizo un gesto torvo.

-Hemos detenido al estúpido lacayo que nos abrió la puerta cuando íbamos a la caza del

general Case -dijo-. No es una captura muy gloriosa.

-De todos modos debemos dar gracias por las cosas pequeñas -dijo el rey-. ¿Qué dice ese estúpido lacayo?

-No dice nada. Y es posible que no sepa nada. Mi opinión es que es más que posible que ese hombre sea demasiado estúpido para saber nada; es un zoquete, elegido probablemente por sus piernas largas, pues, como dice la gente, los lacayos se eligen por sus pantorrillas. También puede tener una idea vaga de ser leal a su amo.

La princesa volvió la cabeza por primera vez, y dijo:

-¿Le ha sugerido alguien la idea brillante de ser leal a su rey?

-Me temo -dijo Clovis de una manera inquietamente nerviosa- que haya pasado ya el tiempo de los caballerosos y cortesanos galantes, Mary. No se pueden resolver los problemas políticos pidiendo a la gente que sea leal al rey.

-¿Y por qué dicen que son leales a otro cualquiera menos a su rey? -preguntó la damita con acaloramiento-. Cuando hay una huelga o algo semejante de los trabajadores del jabón, sus periódicos les aconsejan que sean leales a los jaboneros, que son patronos acusados de pagar pequeños jornales. Los periodistas les dicen que sean leales a su partido o a sus jefes y qué sé yo cuántas cosas más. Pero si yo hablo de un jefe, que no lo es de partido, de quien se puede suponer que representa a toda la nación y a todas las personas patrióticas, me dicen ustedes entonces que soy anticuada o que soy muy joven, lo que al parecer es lo mismo.

Su Majestad el rey de Pavonia miró fijamente a su sobrina con una especie de vaga alarma. Pero ella continuó:

-¿Por qué tiene que ser el rey el único caballero particular de Pavonia? Todos los demás son caballeros extremadamente públicos o parodias públicas de caballeros. ¿Por qué ha de poder cualquier caballero hablar al populacho y nosotros no? ¿Saben ustedes lo que yo sentí realmente cuando vi a ese poeta de las patillas purpúreas haciendo posturas sobre una mesa en medio de la calle? Desde luego, al verle, tuve la sensación de algo horriblemente artificial; era como una especie de pintada y dorada muñeca, o una momia que se moviera. Pero lo que más me molestó fue que su corbata de color verde, que flotaba alrededor de sus mejillas, me hizo recordar la vieja bandera de color pavo real de los pavonianos, y lo que se dice de que los pavos reales iban con sus abanicos abiertos delante del rey en las batallas. ¿Qué autoridad tiene él para poder llevar semejantes colores, que nosotros no podemos llevar? Nosotros hemos conseguido ser aburridos y corteses y morir de buen grado detrás de las cortinas corridas de palacio. Pero los conspiradores pueden ser retumbantes y los republicanos majestuosos.

Esta es la razón por la que recurren al pueblo: porque hacen exactamente lo que los reyes acostumbran a hacer cuando los reyes tenían sentido. Sus periódicos y sus políticos hablan del terrible crecimiento de la propaganda roja y se maravillan de que pueda ser popular. Y lo es, sin duda, porque es roja. Los reyes y los cardenales, y los pares, y los jueces, acostumbraban a ser rojos cuando no nos avergonzaba tener un poco de color en nuestras vidas.

-Tal vez -dijo el rey- nos hemos apartado un poco del asunto. Había una cosa que mencionábamos hace un momento acerca del interrogatorio del lacayo, y...

-Tengo el propósito de detenerme sobre ese punto -dijo la princesa firmemente- y ocuparme también del lacayo, impidiendo que algún tonto deje que se vaya. ¿No ven



ustedes que eso es precisamente lo que quiero decir? Todas las cosas disparatadas que dicen contra el patriotismo y el militarismo han hecho que este pobre hombre vulgar se haya humillado hasta caer en la servidumbre de un bribón aventurero. Se metió en una librea para ser leal a un conspirador, porque nosotros hemos temido ponerle dentro de un uniforme y pedirle que fuese leal a su rey.

-Personalmente -dijo Grimm-, tengo mucha simpatía por la opinión de Su Alteza Real, pero me temo que sea demasiado tarde para hacer esto ahora.

-¿Cómo lo sabe usted? -preguntó la dama con ardor-. ¿Ha expuesto usted acaso a este hombre el verdadero asunto? ¿Le ha preguntado usted siquiera lo que sentía acerca de su lealtad, de su patria y del rey, de quien oía hablar cuando era niño? No; más bien le habrá molestado usted como un abogado, hablándole acerca de detalles de tiempo y lugar que ningún ser humano sano recuerda nunca, y no me asombraría de que él se haya limitado a parecer un tonto de pueblo. Desearía hablar con él yo misma.

-Mi querida Mary... -empezó a decir su tío, completamente confundido. Al mismo tiempo sorprendió una señal en su rostro, que brilló como un relámpago, y su voz pareció morir lejos. El señor Simón, el banquero, también había empezado a hablar, después de toser diplomáticamente, y estaba diciendo:

-Si Su Alteza Real me permite que hable de esta manera, le diré que nos conviene guardar el sentido de la proporción. El lacayo es solamente un individuo vulgar y, por lo que creo, completamente inculto; es, como Su Alteza Real dice, un hombre del pueblo, solamente un hombre en medio de un pueblo muy grande. Como un experimento de sociología, puede ser muy interesante ensayar en él esas teorías, pero es sólo un ejemplar del material social que nos rodea. En cambio, seguramente no perderíamos el tiempo concentrando nuestra atención sobre la grande y peligrosa fama de las personas que perseguimos. El profesor es un hombre de reputación mundial; el general es un héroe militar que está al frente de unos ejércitos. Y paramos a discutir sobre la ignorancia de un accidental lacayo...

Según hablaba se dio cuenta de que estaba paseando entre la puerta y la avanzada princesa y de que las palabras secaban su garganta. Al igual que el rey, había visto el rostro de algo intolerable e inocente y que no pertenecía a su mundo: la entereza de esa convicción de juventud, que aún no puede creer en la complejidad de la vida. Y retrocedieron ante ella cuando la princesa pidió una audiencia con un lacayo, como si hubiera en ella algo de la gran aldeana de Donrremy cuando pidió audiencia a su rey.

#### **4. - UNA SINRAZÓN DE MUJER**

Cuando la gran incursión de la policía en Peacock Crescent tuvo un final «pour rire» con la violenta apertura de habitaciones vacías y el arresto de un aturdido lacayo, el empleado fue arrastrado con varios otros objetos del ajuar que podían servir de pista, y todo con la confusión con que se mudan sillas y mesas en un carromato. Y, ciertamente, no había nada en él que manifestase una gran diferencia respecto a aquellos enseres. Era del tipo y la forma como deben ser los honrados e imponentes lacayos. Su rostro tenía esa especie de sólida buena apariencia, de madera y cera al mismo tiempo, que tan bien iba con el poder del viejo régimen de lacayos. No presentaba nada notable, a no ser que mientras

sus claros ojos azules expresaban alguna mayor fatuidad de la que requería su profesión, la deprimida regularidad de sus rasgos estaba algo suavizada por la dilatación de su mentón, lo que sugería una especie de oscura terquedad. Y, sin duda, la policía, que le había preguntado una y otra vez, llegó a la conclusión de que se encontraban ante un caso de obstinación y estupidez.

Desde luego, había sido intimidado y molestado y amenazado con toda clase de motivos completamente ilegales, de conformidad con los métodos que la policía de todas las naciones modernas y civilizadas aplica en principio a todos los criados, cocheros, vendedores y otras personas a las que por su pobreza supone que carecen de toda competencia en asuntos criminales.

Sin embargo, el criado, en su concepto de prisionero, se había acostumbrado ya tristemente a ver abrirse la puerta de su celda para dar paso a algún funcionario uniformado que llegaba con un libro de notas y el dedo índice amenazador, tratando de deducir más hechos de la esterilidad de su conversación. Estaba absolutamente preparado ya a que ocurriera aquello una y otra vez, pero no estaba preparado para ver abrirse la misma puerta y que entrara en su prisión como si fuera la cosa más natural del mundo, no un policía de uniforme, sino una hermosa dama llena de joyas que lucía un flamante y elegante traje de color. Apenas percibió el amenazador y estúpido rostro de un policía en la oscuridad, detrás de la joven; pero ésta parecía completamente decidida a que el policía se quedase en la sombra, pues cerró la puerta detrás de ella.

Desde luego, reconoció a la dama, pues la había visto en los periódicos ilustrados y paseando por la ciudad en su automóvil. En respuesta a su primera pregunta, intentó deslizar alguna expresión de respeto, pero ella hizo un movimiento con la mano con tan clara familiaridad que le dejó aún más cortado.

-No dejemos que nos preocupen estas cosas -dijo ella-. Ambos somos súbditos del rey y ciudadanos pavonianos. Porque estoy segura de que usted debe de ser realmente un patriota, y quiero saber la razón de que no se haya portado como tal.

-No quiero que haya ningún error, Alteza. Yo no me jacto de ser un buen patriota, y esas personas han sido siempre buenas conmigo.

-¿Por qué? ¿Qué hicieron con usted? -preguntó ella-. Supongo que darle alguna gratificación de cuando en cuando y pagarle una especie de salario, que probablemente sería demasiado pequeño. ¿Qué es todo eso comparado con lo que la patria hace por todos nosotros? No puede usted comer pan sin comer trigo de Pavonia, no puede usted beber agua sin beber de los ríos de su propia tierra, no se puede andar por las calles en libertad y seguridad sin descansar sobre las leyes que defienden a los ciudadanos de la nación.

-Verá usted -dijo él, sin sonreír-. Precisamente ahora no me encuentro andando libremente por la calle.

-Ya lo sé -replicó ella con obstinación-; pero es por culpa suya, ¿no es cierto? Estoy segura de que usted sabe algo de lo que esos hombres están haciendo, algo de lo que se cierne sobre todos nosotros como una nube de tormenta, y no quiere usted decir una palabra que nos salve porque se encuentra aherrojado.

Continuó él mirándola de una manera inexpresiva, y repitió como un autómatas:

-Aquellos hombres fueron siempre buenos conmigo.

La princesa agitó una mano con un gesto de exasperación y dijo algo irracionalmente:

-No creo que hicieran nada absolutamente. Y me figuro que, en realidad, le tratarían de mala manera.

Él pareció meditar con su torpeza habitual, y luego dijo tartamudeando:

-Verá usted; esas cosas se saben un poco por comparación. En la única escuela donde pudieron mandarme de chico, casi nunca había comida; mi familia nunca tenía dinero, y yo estaba por la noche, frecuentemente, muerto de hambre, y además de eso, muerto de frío. Verá usted; está muy bien eso de hablar del Estado, del patriotismo y de todo lo demás. Supongo que cuando estaba helado en medio del arroyo habría caído de rodillas ante la gran estatua de Pavonia vencedora en Fountain Square, y que habría dicho: «Pavonia, dame de comer». Creo que la gran estatua habría bajado inmediatamente de su pedestal y me habría llevado una bandeja de pasteles calientes o un montón de bocadillos de jamón. Y si empezase a nevar cuando yo apenas tuviese un harapo para cubrirme, creo que la bandera de Pavonia que ondea en lo alto del palacio se desprendería de su asta y bajaría a envolverme como una manta. Por lo menos, me parece que muchas personas piensan así, pero usted debe tener la experiencia de saber que las cosas no ocurren de esa manera.

Su rostro permaneció torvo e inmóvil, pero su voz tomó una entonación nueva e indescriptible.

-Pero yo encontré alimento en Peacock Crescent. Aquellos hombres revolucionarios, que, según dice usted, estaban destruyendo a toda la ciudad, por lo menos evitaron que yo fuera destruido. Supongamos, si usted quiere, que ellos me trataron como a un perro, pero yo era un perro perdido y un perro muerto de hambre, y ellos me dieron de comer y me albergaron como lo que era. Usted sabe que un perro comprende si le atienden o si le abandonan. ¿Va a ser un criado menos que un perro para no poder comprender estas cosas?

Había algo en el sonido de su voz, al pronunciar la frase de las Escrituras, que la sobrecogió y la hizo mirarle fijamente, con una nueva curiosidad.

-¿Cómo se llama usted?

-Me llamo John Conrad -contestó él con aparente placer-. No tengo ahora familia de la que pueda hablar, pero hubo un tiempo que estuvimos en el mundo algo mejor de como estamos ahora. Y aseguro a Su Alteza Real que no hay en ello ningún misterio. El descender es bastante común en estos tiempos, más corriente que elevarse, lo que es más difícil.

-Si es usted realmente un hombre educado y un caballero, tiene que estar aún más avergonzado de trabajar con esa cuadrilla de destructores. Está muy bien compararse con un perro, pero no es razonable. Un perro sólo tiene un amo, y, naturalmente, es fiel a la sola obligación que se le pide. Un perro no tiene una patria, ni una causa, ni una religión, ni en general, ningún sentido del derecho. ¿Puede usted, como hombre educado, decir que es usted un perro, y con esta excusa llenar toda la ciudad de perros perversos?

Él la miró con dolorosa intensidad. De una manera extraña, la asombrosa y sobrecogedora indiferencia social que existía entre ellos había realmente desaparecido con la vehemencia de la incompatibilidad intelectual, exactamente como ella habría querido borrarla con un gesto cuando hizo su extraña entrada en la prisión.

-Está más allá de toda la posible bondad el que usted se moleste en hablarme como lo hace -dijo-. Usted, al fin, es más generosa conmigo que los nombres, que solamente me

dieron alimento. Y reconozco que usted ha hecho más de lo que ellos hubieran hecho jamás con un hombre como yo. Pero no concedo lo mismo a la pobre vieja Pavonia con sus pavos reales, sus palacios y sus tribunales, y yo no cederé una sola pulgada de mis escrúpulos en su favor.

-Si quiere usted ver así las cosas -contestó ella con rapidez-, hágalo por mí.

-Seguramente no lo haría por los demás -dijo él-. Y ya ve usted, aquí es donde empieza la dificultad. Obedecerla a usted será un placer, pero no creo lo más mínimo de eso que dice usted que es una obligación. ¿Y qué clase de perro es ése que no hará las cosas por deber, sino que las hará por placer?

-¡Oh, aborrezco esa expresión obstinada que tiene usted! -exclamó la joven con curiosa e indómita petulancia-. Yo no presto atención a los perros, pero aborrezco a los perros de presa, porque siempre son feos.

Y cambiando de pronto su tono, añadió:

-No veo por qué razón va a permanecer usted consumiéndose en esta cárcel, y todo por unos necios prejuicios. Legalmente están obligados a condenarle a muchos años de cárcel por traición, si es que no hacen con usted otra cosa peor, por proteger a esos demonios que quieren volarnos mañana a todos.

-Está bien -dijo él con voz aguda-. Eso quiere decir que tengo que hacerme a la idea de ser castigado por traición a causa de que no quiero ser traidor.

Hubo en su corto epigrama alguna cosa que pareció sonar casi a desprecio, y el dominio que hasta entonces había tenido ella dejó paso de pronto a un vivo relámpago de cólera.

-Muy bien -exclamó ella, volviéndose furiosamente hacia la puerta-, puede usted seguir aquí hasta pudrirse por traición, ya que no quiere escuchar razonamientos. No nos importa nada a nosotros, excepto el que su necia y huraña terquedad pueda hacernos a todos añicos en veinticuatro horas. Dios sabe, y creo que usted también lo sabe, lo que esos brutos blasfemos van a hacer con todos nosotros. Y tal vez Dios cuide de lo que usted no cuida. A usted no le importa nada ni nadie más que su propia idea y su brutal orgullo. No tengo más que decirle.

Y abrió rápidamente la puerta, dejando ver por un momento la cara de torta del policía que estaba fuera; luego desapareció a través de la abertura, y la puerta rechinó de nuevo y el detenido se quedó solo en su celda.

Se sentó sobre el lecho de tablas y hundió la cabeza entre las manos, permaneciendo rígido en esta posición pensativa durante largo rato. Luego se levantó suspirando y se acercó a la puerta una vez más, porque había oído fuera los pesados movimientos a los que ya estaba acostumbrado, y supo que algún otro visitante, que esta vez no sería una hermosa dama, llegaba a molestarle una vez más. Pero en esta ocasión la entrevista oficial fue algo más larga que de costumbre y de un carácter algo distinto.

Unas horas más tarde, cuando la princesa rechazaba y el rey aceptaba un vaso de vermut italiano de una bandeja que les presentaba un lacayo de un carácter algo menos inquieto, el primer ministro, que estaba sentado enfrente en aquella habitación particular del palacio, observó por casualidad:

-Me parece que, a pesar de todo, van a ser derrotados. Hace una hora estaba yo muy nervioso porque temía que lograsen hacer alguna barbaridad de las que están preparando, ya que sus últimas proclamas eran como el ruido del amartillamiento de un rifle antes de

que llegue el disparo; pero desde que ese necio lacayo va a decirnos dónde están escondidos, espero que nos apoderaremos inmediatamente de ellos. Grimm dice...

La princesa Aurelia Augusta, o por otro nombre Mary, se levantó de su asiento como si hubiese recibido un insulto.

-¿Qué significa eso? -exclamó-. El lacayo no ha hablado. Se niega rotundamente a ello.

-Su Alteza Real me perdonará -dijo el primer ministro inflexiblemente-. Tengo noticias directas del jefe de policía. El lacayo ha confesado, ciertamente, los hechos.

-¡Eso no es verdad! -dijo con obstinación Su Alteza Real-. No lo creeré ni por un momento.

Parecía completamente indignada por aquello, y no hay duda de que los que creen que existe alguna capacidad de sorpresa en la psicología femenina se sorprenderían de saber que en la segunda entrevista que tuvo con el prisionero en la cárcel estuvo muy dura y despectiva con él porque había decidido traicionar todo aquello que ella le había dicho antes que traicionara.

-De manera que éste es el fin de todas sus heroicidades y obstinaciones y lealtades -le dijo-. Va usted a salvarse entregando a esas pobres y engañadas criaturas que están escondidas.

El levantó la cabeza de una manera algo asustada y la miró fijamente con sus claros pero brillantes ojos azules, que tenían algo como el vértigo del vacío y que lo causaban al espectador.

-Bueno -dijo-. No creo que vaya usted a mirarlos de veras con mucha simpatía.

-Los miro con gran simpatía por lo que han hecho con usted -añadió de una manera algo rencorosa-. Sin duda, no estoy de acuerdo con ellos, pero sí lamento mucho que estén perseguidos y tengan confianza en la persona que les oculta. Me parece como si fuese usted quien les hubiera inducido a hacer el mal.

La última frase era acaso una ocurrencia un poco fantástica, y ella la dijo con esa sana intuición femenina que las inteligencias masculinas sólo tienen en momentos de disgusto y cuando piensan poco escrupulosamente.

Pero nunca tuvo mayor asombro en su vida que cuando le oyó decir sonriente:

-Sí, tal vez tiene usted razón. Yo he sido quien les ha inducido a hacer el mal.

Y como ella le miraba con asombrosa curiosidad, añadió:

-Pero acuérdesese de lo que le digo: si les hago daño, se lo hago por usted.

Y un momento después estalló con una nueva atronadora voz que nunca había oído antes ni en él ni en ningún hombre:

-¿Supone usted que yo no sé que todo es completamente injusto? ¿Por qué tendrá usted ese poder sobre todas las cosas? ¿Por qué será usted la única cosa incontrovertible, el rostro ante el cual no se puede mentir, como el de Dios en el día del Juicio? Podemos oponer la ignorancia contra la ciencia y la impotencia contra la fuerza, pero, ¿por qué vamos a levantar la fealdad contra la belleza? ¿Por qué?...

Había dado un paso hacia delante, y, lo que era mucho más extraño, ella se había puesto también en movimiento hacia delante, como una respuesta. Y le miraba fijamente al rostro, como si hubiera pasado por él el resplandor de un relámpago.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó-. ¡No puede ser!

Porque en aquel instante había supuesto una cosa asombrosa, y el resto de la entrevista fue demasiado maravilloso para ser creído.

## 5. - LAS CONDICIONES DE UN TRAIADOR

Un pensamiento único, como una nube cargada de truenos, se cernía sobre Pavonia, sobre su palacio y su capital; esa especie de reconcentración que por lo común domina solamente en algún pueblo ignorante donde un profeta o un fanático ha predicho la llegada del fin del mundo. Las últimas proclamas habían hecho su efecto. Aun los más descuidados estaban ya convencidos de que en cualquier momento podrían llegar, con alguna señal que no conocían o con algún gesto que no podían impedir, una enorme invasión por todas las fronteras o una horrible explosión en pleno corazón de la ciudad. La invasión extranjera era acaso la más insensata de las dos suposiciones, pero era la que más les preocupaba, porque extendía sobre aquel misterioso movimiento una sombra o un sabor de cosa extranjera. Se admitía que la reputación del profesor Phocus era aún mayor en otras naciones que en la suya propia; los hombres empezaban a preguntar con alguna irritación de dónde había venido el acaudalado prestamista, y con una vacilación algo más ligera, cómo había hecho su fortuna. Pero nadie dudaba que aquellos hombres habían construido un aparato que estaba preparado para actuar con monstruosa energía. Y en medio de toda esta agitada inseguridad llegó la noticia de que el lacayo detenido quería hablar. Había firmado ya un documento que decía lo siguiente:

«Yo puedo decir "la Palabra" y detener la obra de los cuatro destructores para siempre y entregarlos en sus manos. Pero tengo que señalar mis condiciones».

Cualesquiera que hubieran podido ser los históricos antecedentes de la familia de Jonn Conrad, no hay duda de que compareció ante el Comité de Estado, que era también una audiencia con el rey, con una dignidad que no existe generalmente en la afectación del lacayo. Se acercó a la mesita alrededor de la cual estaban sentados los cuatro jefes que gobernaban Pavonia con un adecuado gesto de respeto, pero sin la más mínima apariencia de embarazo o servilismo. Se inclinó ante el rey y aceptó la silla que éste le indicó mientras le decía:

-Espero que no necesitaré añadir mi palabra para ningún acuerdo que se haya concertado, pero estoy dispuesto a darla para evitar cualquier mala inteligencia. Está perfectamente entendido que usted consiente, solamente bajo ciertas condiciones, en revelar lo que sabe, y yo cuidaré, desde luego, de que esas condiciones sean cumplidas. Es razonable, en atención a que usted se considera sacrificado, que reciba una compensación realmente generosa.

-¿Puedo preguntar respetuosamente? -preguntó Conrad- qué entienden ustedes por compensación?

-Su Majestad -intervino el coronel Grimm- no creo que quisiera andarse por las ramas. Tenemos poco tiempo que perder si esos conspiradores están realmente próximos a hacer saltar una mina. Y me parece que no puede negarse que el detenido debe ser quien señale la compensación. Yo he tratado de arrancarle la verdad por otros procedimientos... En otras palabras, por la intimidación.

El primer ministro tosió y dijo un poco secamente:

-Esto más bien es algo vago, pero si el señor Conrad quiere darnos alguna idea de lo que él considera un acuerdo razonable...

-Yo necesito -indicó Conrad- nada menos que diez mil años.

-Realmente -dijo el primer ministro con su manera de ser algo aturdida-, esa cosa me parece completamente extravagante. Puede usted hacer cualquier cosa que necesite, dada su clase de vida, en mucho menos tiempo.

-Está usted equivocado -repuso Conrad tranquilamente-. Mi clase de vida es mucho más exigente de lo que usted supone. No veo cómo podré alcanzar la posición de un gran duque de Pavonia en menos tiempo.

-¡De un gran...! -empezó a decir el señor Valence.

-Efectivamente -continuó Conrad con tono tranquilo-. Sería una gran falta de respeto hacia Su Majestad que consintiera que su sobrina se casara con quien no tuviera el rango de un gran duque de Pavonia.

El resto de la reunión miró al tranquilo lacayo de la misma manera que el rey y su corte hubieran podido mirar a Perseo cuando los convirtió en piedra.

-No pido ningún importante empleo político en el gobierno del Estado -continuó el lacayo pensativamente-. Aunque es bastante razonable esperar que un gran duque de Pavonia casado con una princesa real tenga una cierta influencia sobre la policía de la nación. Yo insistiría, seguramente, sobre un número de reformas esenciales, dirigidas especialmente a dar a los pobres de esta ciudad un trato más justo. Majestad y señores, si están ustedes amenazados en estos momentos por una tormenta que no saben dónde va a estallar, o por la demolición de toda la nación por una invasión extranjera y una revolución interna, deben ustedes estarme muy agradecidos. Yo les entregaré a esos jefes revolucionarios de que tanto hablan. Yo les ayudaré a capturar al doctor Phocus, a «Sebastián» y a Lobb, y, si es posible, también al general Case. Entregaré a mis compañeros, pero no entregaré mis convicciones. Y cuando llegue a ocupar la alta posición nacional con que ustedes me honrarán en breve, puedo asegurarles que no habrá revolución, y sí una reforma completa.

El primer ministro se levantó con una agitación que no podía dominar, porque los reformistas de profesión no quieren ni oír hablar de reformas completas.

-Esa insinuación es intolerable -exclamó-. Todo eso es fantástico. No se le debe escuchar ni un momento.

-Ésas son mis condiciones -dijo Conrad seriamente-. Estoy totalmente preparado para volver a mi encierro si ustedes no quieren aceptarlas. Puedo decir que la dama que nos ocupa las ha aceptado ya. Pero estoy dispuesto a que ustedes las rechacen y volveré y esperaré en mi prisión, y ustedes seguirán sentados aquí en su palacio esperando algo que no saben lo que es.

Hubo un largo silencio, y luego el coronel Grimm dijo suavemente:

-¡Oh, diez millones de diablos aullando en el infierno!

El crepúsculo se extendía lentamente por la gran habitación tapizada, en la que el oro viejo estaba lo bastante borrado para haber perdido el brillo de vanagloria y tomar, en cambio, la grandeza de una hermosa llama, o, más bien, de un reflejo. En los grandes tapices colgados de las paredes, que estaban llenos de gigantes, que hacían más pequeño

el grupo de hombres modernos que estaban a sus pies, se veía la hermosa figura de Clovis I dirigiéndose a su última gran victoria, mientras los pavos reales extendían sus colas delante de él y los grandes duques de Pavonia levantaban a sus espaldas un bosque de espadas. No había nada en aquella habitación que no recordase el irremplazable final de una civilización: bustos de los poetas pavonianos que habían escrito en lengua pavoniana llenaban las hornacinas y los rincones; el brillo de las librerías hablaba de una literatura nacional que no se perdería fácilmente ni habría posibilidad de reemplazarla, y aquí y allí, un cuadro, como una ventana, permitía echar una ojeada al distante pero amado paisaje de la tierra natal. El mismo perro tendido junto al fuego se había criado en sus montañas, y no había allí ningún hombre tan despreciable -ninguno, ni siquiera los políticos- que no supiese que por todas aquellas cosas vivía, y que no estuviera dispuesto a morir por ellas. Y sobre todas ellas creían oír algo como el lento tic-tac de una bomba, y esperaban el chasquido que debía venir antes de la ensordecedora muerte.

Al fin, en este silencio como de siglos, Clovis III habló por Pavonia y por todo su pueblo como si fuera en los antiguos tiempos.

-El tiempo es corto -dijo-, y no hay otro camino, a mi parecer, que aceptar sus condiciones. A cambio de ellas, creo entender que usted propone seriamente y promete detener las actividades del hombre llamado «Sebastián», del profesor Phocus, de Case y Lobb como enemigos de este Estado y entregárnoslos a nosotros para tratarlos como queramos.

-Lo prometo -dijo John Conrad.

Y el rey se levantó de pronto, como quien termina una audiencia.

La mayor parte del grupo que había formado el Consejo se levantó, no obstante, en un estado curioso de perplejidad e inquietud. Y por una razón bastante extraña, tal estado de perplejidad no tenía su origen en los principios del caso, con ser realmente extravagantes y absurdos. Las partes increíbles de esta historia parecían haberles llenado a todos de una especie de calma, de tal manera que no podían ya imaginárselas increíbles. No se trataba del lacayo detenido en un hotel de Peacock Crescent que se convertía en el gran duque de Pavonia y se casaba con una princesa de Pavonia. No les preocupaba el contraste entre su figura y su destino; antes bien, lo que les preocupaba era precisamente lo contrario. Después de haberse sentado a la misma mesa con el misterioso señor Conrad, ninguno de ellos sintió por más tiempo ninguna particular incongruencia entre él y sus altas aspiraciones. Se movía con el indescriptible reposo de aquellos que no han perdido nunca su propio respeto social, y sus maneras se acomodaban mejor a una corte que las del áspero funcionario de policía o las del algo prosaico político. Había dado su palabra igual que la había dado el rey, como si fuera una palabra de algún valor. Ahí estaba precisamente el sedimento de perplejidad que llenaba la imaginación de la mayor parte del grupo y la misma clase de duda que había turbado más hondamente la mente de la princesa. No era que el hombre aquel no pareciese un gran duque, sino que no parecía un delator. Por convencionales que pudieran ser sus ideas acerca de los deberes de un ciudadano, no podían comprender que un hombre de aquella especie no tuviese las más elementales virtudes del conspirador o, con una frase más popular, el honor que se supone existe entre los ladrones. El coronel Grimm era un policía, pero era también un soldado y había en él elementos que no se adaptaban fácilmente a un caballero -especialmente siendo, como era, un caballero- que se convertía en testigo de un rey. Según miraba el serio rostro y la figura más bien graciosa del ex lacayo, él, que se tenía por un juzgador de hombres, pensó que más fácilmente se imaginaría a Conrad como un



ser que hiciese volar con dinamita la ciudad entera que como un hombre que traicionase a sus cómplices.

Sin embargo, aquel hombre había dado su palabra, y Grimm comprendió con seguridad que la cumpliría, y exhaló un profundo suspiro de alivio al pensar que probablemente verían el final del poder de Case y Phocus y «Sebastián» sobre las personas de este mundo. Y aunque el digno coronel estaba completamente equivocado en casi todos sus cálculos en este asunto, tenía, en efecto, en este punto toda la razón.

Se unió a John Conrad fuera del palacio y le dijo con brevedad militar:

-Bueno, supongo que será mejor que el próximo paso lo dé usted.

El próximo paso les llevó juntos a lo largo de la avenida de los Álamos, hacia una de las salidas del palacio; a través de Fountain Square, donde se levantaba (ahora algo simbólicamente) la estatua de Pavonia victoriosa; por una cantidad de calles urbanizadas que partían de la plaza, y finalmente, a la familiar y majestuosa curva de Peacock Crescent. Por una rara coincidencia, era de nuevo una noche de luna clara y la pálida fachada de aquella terraza le daba una vez más cierta frialdad de misterio, una apariencia de máscara de mármol. Pero no fue a la hilera de las casas o a la puerta de la casa conocida donde fue conducido el coronel Grimm con su guía. Fue a través de la calle, hacia el grupo de arbustos rodeado por una barandilla, y pasando por la puerta de esta cerca caminaron sobre la alta y blanda hierba y bajo la sombra de los robustos arbolillos. En un sitio en que la hierba era más corta y más lisa, debajo exactamente de la sombra de uno de ellos, Conrad se agachó y maniobró en el suelo, como quien escribe con un dedo en la tierra.

-Tal vez no sabe usted -dijo sin levantar su cabeza- que la mayor parte de las proclamas y las frases en esta revolución eran bromas, lo que casi puede llamarse bromas poéticas, y desde luego bromas especiales. Hay una especie de trampa o puerta que se levanta en este sitio y que nadie encontró nunca, porque generalmente estas aberturas son groseramente redondas o cuadradas, oblongas o triangulares o de alguna forma semejante. Pero no se puede levantar ésta hasta haber trazado todas las curvas de una silueta en extremo complicada. Debiera ser una silueta familiar a todos, pero no lo es.

Según hablaba levantó cierta sección del suelo que parecía ser en realidad un tablero sobre el cual creciera la hierba, como un ancho y aplastado gorro cubierto con verdes plumas. Pero cuando puso esta tapa a contraluz, el coronel pudo darse cuenta de que tenía un silueta muy trabajada, dentada y uniforme, como si tuviera cabos y bahías.

-Debe usted conocer esto -dijo- y haberlo estudiado con bastante frecuencia en el atlas, especialmente en el atlas militar. Es el mapa de Pavonia. Y esto excusa, si usted quiere, nuestra broma, pues es a lo que nos referíamos cuando decíamos que debíamos mirar por la seguridad de nuestras fronteras.

Antes de que el jefe de Policía respondiese, su informador había desaparecido bruscamente con una especie de zambullida. La tierra parecía habérselo tragado, pero Grimm oyó su voz tranquilizadora saliendo del agujero, que decía alegremente:

-Entre usted. Hay una escalera muy cómoda. Sígame y verá usted el final de los hombres que teme.

El coronel Grimm permaneció de pie un momento, como una estatua bajo la luz de la luna. Luego se introdujo en el negro pozo que había ante él. Y al hacerlo así, sin duda merecía una estatua, no solamente a la luz de la luna, sino a la luz del sol y a la vista de

los hombres, como la estatua de Pavonia vencedora. Porque rara vez había hecho una cosa más valiente en una vida y en una profesión que necesitaban no poco valor. Estaba desarmado, estaba solo, tenía realmente muy pocas razones, si lo analizaba, para seguir a aquel misterioso charlatán o aventurero, o para suponer que aquel hombre iba a cumplir su promesa. Pero aunque él cumpliera su promesa, ¿cuál era ésta, después de todo? Que a través de esa oscura entrada el solitario funcionario sería conducido dentro de la guarida del león, ante la presencia del invencible Case y de su anárquico triunvirato, y ante Dios sabe qué aparato de violencia militar, todo ello establecido aparentemente en un imperio subterráneo. Sería una metáfora bastante acertada decir que estaba como bajando al infierno. Y aunque Grimm no era muy dado a sentimientos, apenas podía evitar sentir algo triste y simbólico en el hecho de que la abertura que había encima de su cabeza se volviera cada vez más pequeña con la distancia y trazara en la oscuridad el contorno de su propia patria. La última luz del día parecía bajar a él con la sombra de Pavonia. Se acentuaba la oscuridad. Era casi como si cayera a través del espacio y Pavonia fuese una estrella lejana. Y, en efecto, cuando reflexionaba después sobre el extraordinario viaje de aquella noche, le obsesionaba una especie de contradicción en el tiempo,

y especialmente en el espacio, con la sensación de que había hecho un viaje de miles de kilómetros y atravesado continentes, y hasta mundos, combinando todo ello con la lógica certidumbre de que había estado realmente operando sobre una pequeña extensión de terreno cercana a lugares que conocía, o (como se decía a sí mismo algo amargamente) que debía haber conocido. Sin duda, este resultado era en gran parte debido a su fatiga y a la perplejidad con que hacía frente al misterio final, pero se puede admitir perfectamente si comprendemos el deslumbrador y casi narcotizador espíritu de disciplina con que había tomado esta última fase del asunto. Había dejado algo detrás de él en el aire libre del jardinillo, y más tarde pensó algunas veces que aquello que había dejado era la facultad de sonreír.

Desapareció la luz que, como una estrella distante, estaba sobre su cabeza, y siguió bajando la escalera peldaño a peldaño, imaginándose muy vagamente la clase de peligros que podía encontrar abajo; pero en todo lo que pensó no había nada tan extraordinario como lo que encontró.

## **6. - LA DECLAMACIÓN DE «LA PALABRA»**

El coronel Grimm, de la policía de Pavonia, podía ser descrito exactamente como un hombre terco que con dificultad se apartaba de la realidad. Todo lo que conseguía recordar de esta noche era como una pesadilla. Indudablemente, tenía las indescriptibles cualidades de un sueño: sus repeticiones e incongruencias, los trozos de pasadas experiencias que aparecían como repentinos cuadros en medio del caos de deformidades y cosas extrañas, la sensación de tener dos mentes, una sana y la otra enferma. Así le ocurrió cuando su viaje subterráneo, que empezó al hundirse en el pozo del jardín y le devolvió dentro de lo que podía llamarse la escena normal. Es cierto que volvió a ver el brillo de la luna, pero le dio la sensación de la aparición del padre de Hamlet. No podía evitar la sensación de que estaba viendo el brillo del otro lado de la luna, que había salido por el otro lado del mundo. No estaba seguro de que no hubiese encontrado una salida bajo un cielo extraño, con estrellas y lunas de su propiedad, en el que, sin embargo,

presentía objetos de una burlona familiaridad. Su primera revelación, o más bien amenaza de cosas todavía no reveladas, le llegó cuando, después de caminar a tientas por un túnel horizontal, empezó a ascender por lo que parecía ser una escalera correspondiente con la chimenea del otro lado. Cuando estaba a la mitad de este túnel vertical, el hombre que iba delante se volvió hacia él y dijo con voz baja y ronca:

-Deténgase un momento ahí. Quiero echar un vistazo; ellos no se alarmarán al verme a mí.

Permaneció colgando de la escalera y mirando hacia arriba, al pálido disco de luz que, como si fuera la misma luna, mostraba la salida del pozo. Encendió su lámpara eléctrica y estuvo a punto de caer de la escalera, porque la abertura estaba ocupada por un pálido rostro con gafas verdes, que instantáneamente reconoció como el del profesor Phocus, que decía:

-No podrá usted apoderarse de nosotros tan fácilmente. No tenemos más que pronunciar «la Palabra» y el mundo será destruido.

Luego, la grotesca tapadera se separó del agujero y el disco de débil luz reapareció, y después de unos minutos de aturdida espera oyó la voz de su guía murmurando sobre la orilla:

-Se ha ido -dijo Conrad-. Puede usted subir ahora.

Cuando salió se encontró una vez más bajo la luz de la luna, y al parecer en alguno de los patios traseros de Peacock Crescent.

-Puede usted entrar en la casa dentro de un minuto -dijo Conrad con la misma voz baja-. Yo voy a echar un vistazo para ver si está todo como es debido, aunque estoy seguro de que todos están encajonados ahí. Puede usted llevar a sus hombres consigo.

Se lanzó como una saeta a través de la puerta de una casa que Grimm pensó que era la casa vecina a la que fue teatro de la invasión policíaca, y durante algún tiempo los policías y sus jefes esperaron pacientemente fuera. Empezaban precisamente a considerar la conveniencia de seguir a su solitario guía dentro del antro de los criminales cuando contuvieron la respiración y se quedaron mirando silenciosos hacia la parte superior.

Una de las persianas se abrió y apareció en la ventana el inconfundible rostro y la figura que la princesa había visto sobre la mesa de un café. El poeta «Sebastián» estaba allí, mirando fijamente a la luna de la manera como se supone que miran los poetas. Parecía más rojo que de costumbre, con su flamante bigote rojo y sus patillas y una corbata de una forma todavía más romántica y colorada. Luego dirigió sus brazos hacia la luna con un gesto teatral y pareció que empezaba a cantar, o por lo menos a declamar como si cantara. Era imposible imaginar algo más aparatoso, en el sentido en que esta palabra es casi un sinónimo de imbecilidad. Pero las palabras que estaba pronunciando eran familiares:

*Como la serpiente de Aarón, que comía serpientes y otras cosas;*

*Como Dios solo, que es el más grande de los dioses;*

*Como las estrellas que palidecen ante del sencillo sol...*

*Las palabras son muchas, pero «la Palabra» es una.*

Luego dejó caer repentinamente la persiana y se desvaneció, y la habitación se quedó a oscuras detrás de él.

Un momento después se dieron cuenta de que su amigo el conspirador se había acercado de nuevo a ellos con el mayor silencio y murmuraba:

-Pueden entrar ya y detenerlos a todos.

Grimm, delante de sus impasibles policías, subió unos escalones y recorrió unos pasillos que le condujeron a una habitación ancha y vacía. Era una habitación algo extraña que tenía una mesa en el centro y cuatro cuadernos de papel emborronado de tinta, como si estuviera preparado para la reunión de un Comité. Pero lo más curioso de todo es que en cada una de las cuatro paredes de la habitación había una puerta con antiguos llamadores de latón, como si fueran las cuatro puertas de entrada de cuatro casas distintas. Cada una de ellas tenía un rótulo en letras grandes. En una ponía: «Profesor Phocus»; en otra, «General Case»; en la tercera, «Señor Lobb», y en la cuarta, sencillamente, «Sebastián».

-Aquí es donde viven -dijo John Conrad-, y yo le he prometido a usted que no se escapan. Pero antes de que los busquemos en sus separados domicilios, quiero hablar con usted de «la Palabra».

-Supongo -dijo el funcionario ásperamente- que nos va a ser permitido oír también «la Palabra», aunque alguien acaba de decirme que también destruiría el mundo.

-No creo que destruya el mundo -indicó gravemente Conrad-. Espero más bien que lo arreglará.

-Entonces -dijo Grimm-, puedo pensar que cuando conozcamos «la Palabra» vamos a encontrarnos con que también es una broma.

-En un sentido sí es una broma -contestó el otro-. Cuando usted la conozca verá que en un sentido es una broma. Pero lo más gracioso es que ya la conoce usted.

-Estoy seguro de que no sé lo que usted quiere decir al hablar de esta manera -dijo Grimm.

-Que ha oído usted «la Palabra» veinte veces -dijo Conrad-. Que la ha oído hace diez minutos. Hemos dicho a voces y a gritos «la Palabra» en todas las ocasiones, y es tan clara como un armario en una pared. Todo el secreto de esta conspiración está realmente en una palabra, pero nunca hemos mantenido esa palabra en secreto.

Grimm le miraba fijamente con ojos centelleantes bajo sus cejas fruncidas, y algo como una sospecha iba marcándose en su rostro. Conrad repitió muy seriamente, con lenta y poderosa entonación, las palabras:

*Como las estrellas, que palidecen ante el sencillo sol...*

Grimm dio un salto, al tiempo que lanzaba un juramento, y se dirigió repentinamente hacia la puerta rotulada «Sebastián».

-Sí, eso es -dijo Conrad con una sonrisa-. El problema está en la palabra que subraye, o, si lo prefiere usted, que la palabra empiece con una letra mayúscula.

-Las palabras son muchas -indicó Grimm.

-Sí -contestó su interlocutor-, pero la palabra es «una».

El coronel Grimm abrió de pronto la puerta de las habitaciones del poeta y se encontró con que era la puerta de un armario. Era un armario corriente, estrecho, con varias perchas, de las que colgaban una peluca roja, una roja barba postiza, una corbata de los colores del pavo real y todas las cosas externas del popular poeta.

-Toda la historia de la gran revolución -continuó John Conrad con el tono tranquilo de un conferenciante-, todo el método por el cual fue posible difundirlo y amenazar al gran Estado de Pavonia, está y estuvo siempre recopilado en una sencilla palabra, en una palabra que yo repetía constantemente, pero una palabra que nunca se adivinó. Es la palabra «una».

Caminó desde la mesa hacia la puerta de enfrente para abrirla. Era la puerta sobre la que estaba escrito el nombre del profesor, y al abrirla dejó ver otro armario con una percha que sostenía un sombrero estrecho y alto, un impermeable gastado y una máscara cruzada por unas gafas verdes.

-Éstas son las lujosas habitaciones del célebre profesor Phocus -dijo-. ¿Necesito explicar a usted que nunca existió el profesor Phocus, excepto yo mismo, que profesé como profesor? En lo que se refiere a Lobb y a Case, corrí un riesgo más grande, porque eran, o habían sido, personas reales. Pero es curioso ver cómo sus astutos policías se equivocaron sencillamente por creer lo que usted les dijo. Usted les dijo que el pueblo de Pavonia debía de estar minado completamente por una maravillosa conspiración por el solo hecho de que las gentes negaban que existiera tal conspiración. Todos estaban de acuerdo en esto, y usted creía que ahí estaba la afirmación de la conspiración. Era cierto que ellos no sabían nada, por la razón de que no había nada que saber. Lo mismo ocurría con sus relaciones internacionales. El viejo general Case le dijo a usted una y otra vez que estaba viejo, que estaba enfermo y retirado. Y así es. Está tan completamente retirado que no ha oído aún lo que se dice de que se pasea por las calles de la capital de Pavonia con uniforme claro. Pero usted no quiso creerle, porque no quiere creer nada.

La misma princesa dijo que el poeta parecía pintado y postizo con sus patillas purpúreas. Y esto podía haberle descubierto toda la historia si hubiera usted escuchado a la primera. Luego dijeron todos, y hasta el mismo rey, que el viejo Lobb, el prestamista, había muerto, y así es. Murió unos años antes de que yo empezara a personificarlo con esos insignificantes atavíos.

Y abrió otro armario, exhibiendo su interior.

-Éste es el principio de todo el asunto. El viejo Lobb había comprado esta casa privadamente, pero por razones muy privadas y no exactamente por lo que cree el vulgo. Yo era realmente su criado, habiendo descendido a esta especie de servicio, y la única cosa que heredé de este viejo bribón, la única cosa que no inventé yo, fue el pasadizo subterráneo que había construido él para su uso. Como digo, no había en esto ninguna idea política, pues solamente lo usaron algunas mujeres extrañas. No era un caballero muy agradable. Bueno, no sé si usted entrará en la profundidad de mis sentimientos; pero, aunque yo era un muerto de hambre y casi un pordiosero, tres años al servicio de este sensual usurero me dejaron con un estado de ánimo revolucionario. Me parecía que el mundo, visto desde esta cloaca especial por este particular pordiosero, era más bien un sitio desagradable. Y por eso decidí hacer una revolución. O mejor dicho, decidí ser una revolución. Era realmente muy fácil si uno lo hacía lentamente y con un poco de tacto y de imaginación. Construí los tipos de cuatro distintos hombres públicos, dos de los cuales eran por completo imaginarios. Nunca vio usted a dos de ellos al mismo tiempo, ni oírá

usted que alguien los haya visto. Cuando se les suponía reunidos para su periódica cena yo me ponía los disfraces uno tras otro y salía por el pasadizo subterráneo a representar su papel, de manera que parecían venir uno detrás de otro deliberadamente. En cuanto a los demás, no tiene usted noción de lo fácil que es engañar a una culta y educada ciudad moderna acostumbrada a los periódicos y otros elementos culturales. Únicamente era necesaria una persona que tuviera una vasta y vaga reputación mas o menos extranjera. Cuando el profesor Phocus escribió eruditas canas en los periódicos con la mitad del alfabeto detrás de su nombre, nadie quiso admitir que nunca había oído hablar del famoso profesor Phocus. Cuando «Sebastián» dijo que era el poeta más grande de la Europa moderna, todos sintieron que él debía saberlo. Y si se consiguen tres o cuatro hombres de esta clase en nuestros días, ya está hecho todo. Nunca hubo un tiempo en la Historia en que lo poco contase como tanto, y lo mucho por tan poco. Cuando los periódicos dicen: «La opinión de Europa ha aceptado ya la teoría de Gollywog», quieren decir que unos cuantos profesores en Alemania la han aceptado. Desde el momento en que tuve mi millonario y mi hombre de ciencia comprendí que estaba seguro; pero el poeta era un adorno agradable, y supuse que la amenaza del general extranjero llevaría a todos ustedes al paroxismo. Dicho sea de paso -añadió apologeticamente-, no le he mostrado a usted aún las habitaciones del general Case, pero es sólo el uniforme. El resto consiste, principalmente, en dorados.

-Déjelo -dijo con cortesía el coronel Grimm-. Le relevo a usted de que exhiba los dorados. Y ahora, ¿qué va a ocurrir?

El conspirador parecía estar sumido en una especie de sueño. Al fin dijo:

-Sabía que todas las revoluciones habían fracasado por la traición o la desunión de los revolucionarios, y decidí que los demás no me traicionarían, pero no barrunté que yo podía traicionar a los demás. Porque, a fin de cuentas, esta revolución ha terminado también con una traición. Coronel Grimm, le entrego a usted mis confederados. El gran poeta «Sebastián» es detenido y colgado, Case también lo es, y Phocus y Lobb. Puede usted verlos colgando... de las perchas. Pero su humilde servidor, John Conrad, tiene el perdón del rey.

Grimm, una vez más, se enderezó, lanzando un taco resonante, que estalló y se convirtió en una sonrisa. Luego dijo:

-John Conrad, es usted el demonio, pero no me maravillaré si llega usted lejos. Clovis III puede haberse olvidado de que aún es rey, pero en alguna parte de su vieja memoria recuerda que aún es caballero. Siga usted su camino, gran duque de Pavonia. Después de todo, ha hecho usted lo que dijo, y a su modo mantuvo su palabra.

-Sí -dijo Conrad con una nueva seriedad-. Es la única cosa digna de llamarse «la Palabra».

\* \* \*

Ya se ha explicado que Pavonia poseía un Gobierno moderno y culto, y teniendo en cuenta este hecho, parecerá un abuso de la credulidad del lector decir que mantuvo su palabra al excéntrico lacayo. Los políticos y los financieros pusieron algunas dificultades, comprendiendo que el cumplimiento de las promesas no debe convertirse en una costumbre. Pero, por una vez, el rey se mantuvo firme, no sin un débil y lejano clamor de

protesta por parte de las espuelas y espadas tradicionales. Dijo que era un punto exclusivamente de honor personal, pero corrió el rumor de que su sobrina había tenido gran participación en ello.